

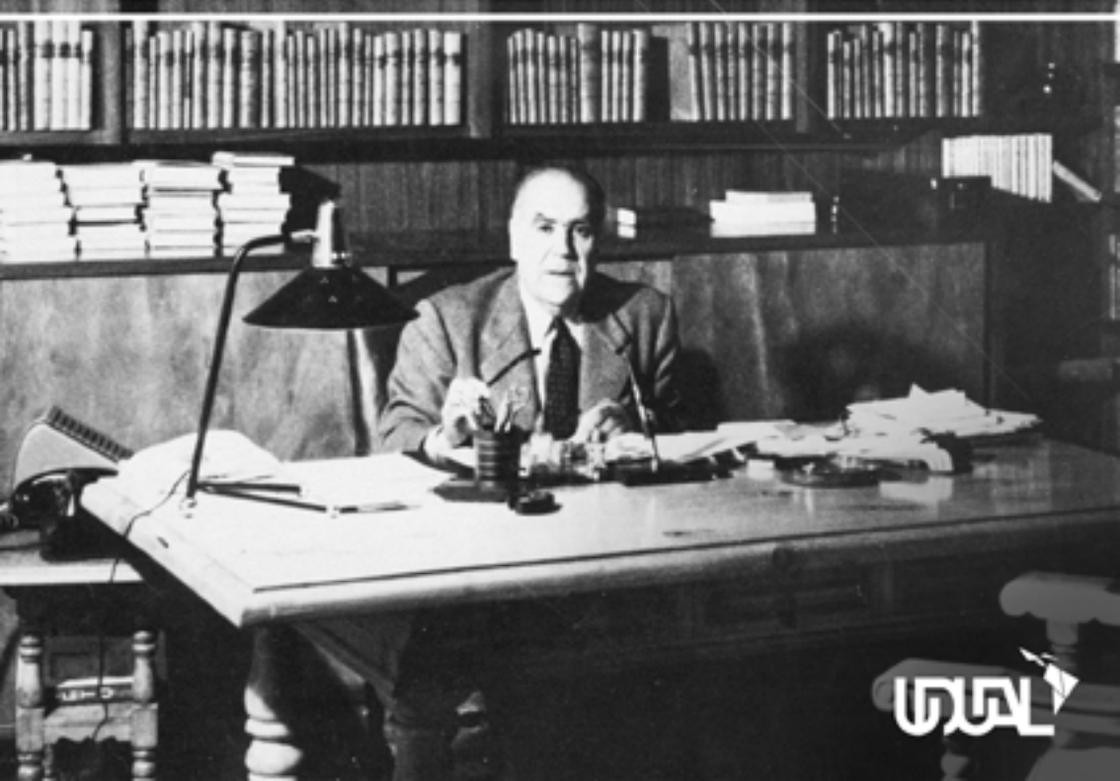
16

*Cuadernos de*  
Universidades



**Arnaldo Orfila,  
una revolución editorial latinoamericana**

Víctor Erwin Nova Ramírez





16

*Cuadernos de*  
**Universidades**

Víctor Erwin Nova Ramírez

**Arnaldo Orfila,  
una revolución editorial  
latinoamericana**



Nova Ramírez, Víctor Erwin  
Arnaldo Orfila, una revolución editorial latinoamericana  
En Cuadernos de Universidades. – No. 16 (2022).  
Ciudad de México: Unión de Universidades de América  
Latina y el Caribe, 2022.  
ISBN de la colección: 978-607-8066-35-3

150 pp.  
Ficha catalográfica del título de la serie:  
Cuadernos de Universidades  
México: UDUAL, 2022

Primera edición: 2022

D.R. Unión de Universidades de América Latina y el Caribe, A.C.  
Centro Cultural Tlatelolco  
Ricardo Flores Magón No. 1 - piso 9  
Col. Nonoalco Tlatelolco  
Alcaldía Cuauhtémoc  
Ciudad de México

ISBN de la colección: 978-607-8066-35-3  
ISBN volumen: 978-607-8066-81-0  
Coordinación editorial: Praxedis Razo  
Corrección de estilo: Carlos Miranda  
Diseño y diagramación: Beatriz Selene Sánchez Bailón y Carlos  
Alberto Sánchez Mendoza  
Portada y contraportada: Antonio López Sandoval  
Interiores: Varios archivos, acreditados al final.

## Contenido

Arnaldo Orfila, antena al viento	7
Introducción	19
La doble raíz del latinoamericanismo: entre la Reforma Universitaria y el vasconcelismo	23
La revolución latinoamericana del pensamiento crítico moderno (1934-1965)	35
La casa de la cultura mexicana en Argentina	40
El director interino del FCE	44
Eudeba: un libro a precio de un kilo de pan	50
El origen intelectual de Siglo XXI	52
De <i>Los hijos de Sánchez</i> a los hijos de Kafka	58

Siglo XXI Editores, la revolución latinoamericana del pensamiento crítico contemporáneo	67
La noche del Club Suizo	67
Todo surgió en un viejo Ford 47	75
Los primeros 21 de Siglo XXI	79
Del clímax de la edición independiente a la catástrofe del exilio	87
Los ochenta, hacia el ocaso y el colapso de las categorías	98
Orfila y Laurette ante su última apuesta por Siglo XXI	112
Posdata	119
Entrevistas realizadas por el autor	125
Archivos consultados	129
Referencias	131
Anexo	135

## Arnaldo Orfila, antena al viento

*Tatiana Coll*

Una buena noticia será siempre la publicación de libros y textos que escudriñen el quehacer de las editoriales, de los editores, del público lector, del impacto social de los libros. Mucho más en estos tiempos en que el mercado ha impuesto reglas y consumos ajenos a la intención primaria de crear libros como una actividad centralmente humanista que divulga grandes ideas que debieran reforzar, como diría Siqueiros, la gran marcha de la humanidad.

Conocí a Erwin Nova cuando andaba haciendo las múltiples entrevistas que integró en su tesis de doctorado de Estudios Latinoamericanos, de la Universidad Nacional Autónoma México. Antes me habían hecho algunas entrevistas. Primero fue Gustavo Sorá, un joven argentino muy apasionado por seguir los pasos de don Arnaldo Orfila y que, después de un tiempo grande de maduración, publicó un magnífico libro que se titula *Editar desde la izquierda en América Latina, la agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, bajo el sello de Siglo XXI Argentina, en 2017.

Después tuve un encuentro con Guadalupe Neubauer, si mal no recuerdo su nombre, alumna de Pablo Yankelevich, también autor de un conocido ensayo sobre Orfila, que hacía su tesis sobre una perspectiva intelectual en América Latina. Después llegó Erwin, y con más tiempo e interés pude mostrarle una parte del archivo que tengo de Orfila: escritos, fotografías, sus condecoraciones,

pasaportes y muchos objetos que marcan una clara trayectoria de don Arnaldo desde aquellos años juveniles en la Universidad Nacional de La Plata, en el Grito de Córdoba y sobre todo sus viajes a México y Cuba que, si bien distantes en el tiempo, están enlazados en su sentido transformador revolucionario que tantas cosas definieron en su conformación como un latinoamericanista irredento.

El descubrimiento de un archivo policiaco inédito sobre el editor es un gran mérito, además de una lectura interesante desde un ángulo totalmente diferente. Una parte importante de anécdotas y reflexiones desconocidas relatadas por muchos cercanos al trabajo cotidiano del gran editor y que Erwin Nova retoma en este nuevo texto, seguramente nos presenta un Arnaldo Orfila más cercano a sus rasgos personales y alejados de esa impresión que muchos se han formado de él y que Mariana Frenk relató en el acto conmemorativo del centenario de Orfila, realizado en el Palacio de Bellas Artes:

Paul Westheim que ya conocía a Orfila, me presentó con él diciendo que quería que yo fuera la traductora de su libro *Arte antiguo de México*, habrá sido más o menos en el 49, yo ya había traducido varios artículos de Westheim y creía que todo el mundo lo sabía, entonces me quedé anonadada cuando me dijo, no sin cierta amabilidad: “¿Y usted va a poder traducir a Paul Westheim? Usted sabe que es cuestión de un estilo especial”. Durante un tiempo me quedó un miedo visceral a Orfila, pero pronto vi que era, en realidad, una persona bondadosa y comprensiva y nos hicimos muy amigos y sobre todo de Laurette a la que quiero y admiro muchísimo (Archipiélago, UNAM, 11/07/97).

Publicar un libro que incluye una cantidad de relatos, anécdotas y entrevistas sobre Orfila, en esos momentos en que Siglo XXI ha atravesado por uno de los momentos más difíciles y oscuros de toda su historia, es muy importante. Muchos de los accionistas

de Siglo XXI llegamos a pensar que se cerraba totalmente el ciclo histórico de la editorial. La decisión del director Jaime Labastida de vender las acciones que fue acumulando, no de una manera del todo clara, que representan el 58% del total, a un “grupo empresarial” registrado dos meses antes y totalmente desconocido en México, y que llevó a hacer presentir incluso que su capital provenía de un oscuro origen, tuvo en vilo al mundo editorial.

Aun en el caso de ser limpio el capital, las intenciones relacionadas con la adquisición de la editorial por la vía mayoritaria de las acciones hacían vislumbrar un futuro como editora de libros de superación personal y demás manuales de mercado. Frente a esta decisión impulsada más por la avaricia que por procurar sostener la editorial, una vez más una gran cantidad de autores-accionistas nos rebelamos con un grito de protesta y la prensa cultural hizo eco de nuestra total inconformidad<sup>1</sup>. Por segunda vez en la historia de Orfila, las voces representativas de una tradición cultural de izquierda, del pensamiento crítico, del acervo intelectual de una América Latina entendida como Nuestra América desde José Martí, se hicieron presentes en la defensa de esos valores y principios germinales que definieron su trayectoria y pensamiento, presentes en el libro de Novoa, y del cual intentaré hacer un breve esbozo a través de escritos y palabras del propio Orfila.

1 La denuncia se inició con dos grandes artículos que publiqué en *La Jornada*: “Arnaldo Orfila: un hombre de tres siglos” el 21 de febrero de 2021; y “Arnaldo Orfila y el fin de Siglo XXI” el 27 de febrero de 2021, con esta voz de alarma se incorporaron a la denuncia importantes accionistas-escritores y consejeros, como Gustavo Esteva, Iván Restrepo, Elena Poniatowska, José Blanco, Pablo González Casanova, David Barkin, Xussara Teixeira, Claudia Bodek, y muchos otros, así como periodistas culturales, Humberto Mussachio y Gabriel Zaid. Finalmente el 17 de junio de 2021 pudimos anunciar en el artículo “Siglo XXI, el largo camino del retorno a sus orígenes”, la noticia de que las acciones de Labastida serían vendidas al Grupo INSUD, una gran empresa múltiple argentina, con toda una rama cultural y editorial, con el proyecto claro de vincularse a la tradición de Orfila y que su director sería Carlos Díaz de Siglo XXI Argentina.

“A un gran amigo y ‘difundidor’ de la cultura, de un amigo y ‘difusor’ de la guerrilla”. Esta es la dedicatoria que Ernesto *Che* Guevara anotó en su libro *La guerra de guerrillas* para su amigo argentino, en aquel entonces director del Fondo de Cultura Económica, Arnaldo Orfila Reynal, recién editado en abril de 1960 a poco más de un año de la gran victoria de la Revolución Cubana.

Con este juego de palabras entendemos que el *Che* tuvo una muy certera comprensión de quién era su gran amigo. Para *el Che*, Orfila era un guerrillero de la cultura, así como él era un escritor de la guerrilla. Para *el Che* guerrillero, como para Orfila el editor, este papel de difundidores y de difusores corresponde esencialmente a su central compromiso de reformadores sociales, que asumen ambos con fructífera pasión: uno a través de organizar la “difundición” sistemática de las ideas y principios, y otro a través de defender estas ideas y principios con las armas, pero también de difundirlas.

Esta es la comprensión que tuvo siempre Orfila de esa singular trinchera que él supo levantar y sostener a lo largo de su vida: la trinchera de las ideas, desde la cual no cejó ni una sola vez en su empeño de arrojar libros como piedras y balas, que contribuyeran a construir una América justa y libre. Para este hombre, forjador de dos de las más reconocidas editoriales de Latinoamérica, el FCE, y sobre todo Siglo XXI Editores, el trabajo de editor jamás debía ser encarado como el de una empresa rentable, ni el libro como una mercancía.

Editorial y libros eran los medios, los instrumentos, jamás el fin en sí mismo. Por eso tiene cabida también en un recuento de pensadores latinoamericanos: cada libro que publicó, que descubrió, que estimuló, era un jirón de su pensamiento comprometido con la configuración de un patrimonio intelectual y cultural del Siglo XX, que se debe seguir proyectando necesariamente al devastado y desgarrado siglo XXI, si se quiere evitar una crisis civilizatoria.

Arnaldo Orfila partía, efectivamente, de una noción de cultura en su sentido más amplio, como dijo él mismo: “como lo mejor de toda una nación, sus mejores ideas y productos, pero no en un sentido chovinista, sino a la vez de América y de occidente”. La cultura como la expresión de todo un pueblo, pero en su sentido específico, como diría José Martí, de un pueblo que se ha echado a andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes, y que sabe que ser cultos es el único modo de ser libres. Por ello la necesidad imperiosa de difundir, expandir, divulgar, hacer asequible aquello que esencialmente es minoritario en nuestro mundo.

Las ideas como armas de liberación debían de llegar a todos. Esta fue una forma muy concreta de engarzar teoría y práctica, la primera práctica que Orfila constantemente les reclamaba a los escritores, a los organizadores sociales, a los luchadores políticos y a los intelectuales: poner su pensamiento al alcance de todos y de esta manera convertirlo en una práctica social mucho más amplia, sobre todo de tantos jóvenes. Este compromiso que él llamaba libertario, por supuesto, lo enfrentó a los procesos represivos y golpistas que anegaron a Nuestra América durante décadas:

No es extraño que para confirmar lo que afirmamos, tengamos que advertir hoy que en las zonas oscuras de Nuestra América (cercadas por las dictaduras) precisamente la palabra “cultura” se entienda como sinónimo de “rebeldía” o “agresión”, se conciba que un “libro” es un instrumento que pueda acercarnos a la cárcel o a la muerte. (Discurso al recibir el Águila Azteca, en *AOR la pasión por los libros*, 1993).

Entró de lleno en la gran batalla de las ideas, tomando partido resuelto por los descamisados, por la cultura entendida como transformación, como conciencia crítica. Rechazó tajantemente la cultura como “saber enciclopédico”, como “capilla de pedantes,

como “barniz de inteligencia”. Fustigó siempre el renombrado afrancesamiento de algunos intelectuales argentinos. En una ocasión, ya director del Fondo de Cultura, les escribió irónicamente a Victoria Ocampo y al grupo Sur: “Bueno, y ¿por qué no traducen del francés la novela de Juan Rulfo, publicada por Gallimard, y la presentan con mayor prestigio en Buenos Aires, ya que son tan afrancesados?”. Sin embargo, tampoco concedió el facilismo de “traducir” la cultura compleja y difícil a una especie de sinopsis popular. Siempre confió en que todo hombre es capaz de aprender.

Arnaldo Orfila se definió a sí mismo y al trabajo editorial como “una antena al aire, percibiendo los vientos sociales y las fuerzas del pensamiento. Como tal uno está atento a los diferentes procesos, al movimiento de las opiniones, a las influencias, al rumbo del conocimiento (...) el editor debe ser reflejo de la vida social e intelectual del mundo”. (Víctor Díaz, “Arnaldo Orfila: la huella indeleble”, *La Jornada Semanal*, octubre de 1994).

Esta permanente vinculación con lo social, en un sentido político, es decir, de cambio, la construyó muy tempranamente, de acuerdo con sus propias palabras la adquirió de su gran maestro Alejandro Korn, que lo impulsó a través de la revuelta estudiantil por la autonomía de 1918, y cuyo nombre llevó uno de los proyectos más tempranos y que mejor dibujó el pensamiento y la intención de Orfila: la Universidad Popular Alejandro Korn.

En una conferencia sustentada en el Colegio Libre de Estudios Superiores en 1942, decía de su maestro. “Korn fue siempre un político de las ideas porque fue un pensador, un filósofo que escrutó minuciosamente la realidad circundante, empeñado en desentrañar, conocer y dar normas a lo argentino, con el fin único de tender a un mejoramiento del estado social y ésta es la mejor definición de la política.” (“Sobre Alejandro Korn disertó ayer el profesor de la Universidad Nacional de la Plata, Dr. Arnaldo Orfila Reynal”, *La*

*Nación*, 8 de agosto de 1942). Así definía claramente lo que el concepto de política le significaba, noción que sostuvo a lo largo de su larguísima vida de 100 años. Korn, Martínez Estrada, Mondolfo, Alfredo Palacios y, claro, Sarmiento, Ingenieros, Alberdi, el *Martín Fierro* y *Don Segundo Sombra*, fueron sus primeros catalizadores.

En aquellos años turbulentos de la gran fronda estudiantil, su compromiso en el Congreso realizado en el México revolucionario de 1921, su nombramiento para recorrer Europa y fundar la Internacional Estudiantil, lo engarzaron para siempre con la educación, la política y la transformación social. Escribía apasionadamente en aquellos años:

Les referimos nuestra agitada historia de un instante, haciendo resaltar lo que representaría, especialmente para los pueblos de América, un ideal colectivo, generoso, creador, encendiendo las grandes masas universitarias y llevándolas a ejecutar con el brazo aquello que vislumbraron con el pensamiento (...) llevar todo el vigor de las fuerzas nuevas al campo de los que luchan en la gran guerra de redimir al hombre de los terrenos yugos a que le unciera el propio hombre. Nadie con más derechos que la conciencia limpia de la juventud para salir en demanda de cosas nobles, nadie con más deberes que la juventud para exigir y esperar la palabra de la justicia social (Manifiesto *Estudiantes Universitarios de la República*, firmado por Arnaldo Orfila R., Héctor Ripa Alberdi, Pablo Vrillaud y Enrique Dreyzin, junio de 1922).

Crear y fundar la Universidad Popular Alejandro Korn en 1939, al año de su regreso de una intensa misión como corresponsal del periódico *La Vanguardia* del Partido Socialista Argentino por los frentes de guerra de la España republicana, es casi el resultado natural de estos compromisos y es aquí donde encuentra su verdadera vocación “de ofrecer con la enseñanza aperturas vitales a los que

vivían en universos sumergidos, que les permitirían transformar sus vidas y las de todos” (“Los ideales Latinoamericanos de un gran editor: AOR”, entrevista en ANSA, Agencia Italiana de Noticias, a Vera Jarach, agosto de 1973).

Él mismo escribe los principios de Definición y Programa de la Universidad Popular:

Todo argentino de hoy que tenga conciencia plena de su responsabilidad social sabe que tiene que cumplir alguna tarea enderezada a contribuir a sacar a la nación del estado de quiebra moral, de decadencia espiritual y de indecencia civil en que está viviendo (...) Por eso hoy, que se abren las puertas de esta Casa del Pueblo para que acudan a ella los que se sienten interesados en pensar lo argentino (...) nos enfrentamos así con otros dos grandes grupos humanos que pueblan la República y que obedecen a estas dos sombrías consignas: o la de tratar de hundir al país, o la de permitir que lo hundan frente a su impasibilidad, a su neutralidad. Sobre estos sectores queremos incidir: denunciando a unos para debilitar sus fuerzas y señalando a los otros, a los neutrales de la acción civil, a los indiferentes por ignorancia, por conveniencia o por cobardía (1930, el golpe militar de Uriburu al gobierno de Hipólito Irigoyen inaugura la secuencia de brutales golpes militares que devastaron Argentina hasta mediados de los 80).

Este despertar, como le llamaría Orfila al proyecto que definió su vida, al reunir a lo mejor del pensamiento argentino con la expresa intención de generar una cultura contestataria, y expandirla por todo el país, abrió nuevas perspectivas pues permitió la conjunción de la política transformadora con la cultura extendida más allá de los muros universitarios. De manera natural lo llevaría también a

comprometerse y construir un proyecto mucho más amplio y para toda la América Latina.

La necesidad imperiosa estribó siempre en que “muy precarios florecimientos” ha tenido la democracia latinoamericana, como lo demuestran las dictaduras militares, escribió:

encumbradas inevitablemente por el esfuerzo patriótico de nuestros gloriosos ejércitos libertadores, que con sacrificios constantes negociaron la entrega de sus países con el representante más conspicuo del Departamento de Estado o con el directorio del más generoso de los *trusts* internacionales. Dominaron a sus pueblos rebeldes con la cárcel, la mente y la miseria. (“Las dos grandes vergüenzas eran las dictaduras de Pérez Jiménez y de Batista respectivamente”, *Cuadernos Americanos*, 1959).

Un empeño constante por denunciar a profundidad las atrocidades y el terror desplegado por los incontables golpes militares, así como sus oscuros pero visibles vínculos con el imperialismo norteamericano, marcó una parte importante de su quehacer con respecto a la América Latina. Pero el dolor y desencanto (fue un amigo cercano de Salvador Allende de quien se despidió tres días antes del golpe), no obstruyeron nunca su capacidad de vislumbrar las enormes posibilidades de nuestros pueblos y dedicar el mayor esfuerzo a ellos. Escribió en 1959:

Cometemos una injusticia inexplicable cuando con esquemas sencillos interpretamos la historia de nuestro tiempo. Cuando uno ha visto y tocado la sangre de los pueblos que han luchado y sufrido por su liberación, sienten pena al ver que se les quiere retacear la dimensión de su aventura, señalándolos como ciegos instrumentos de fuerzas extrañas, cuando ellos han arriesgado todo, por esa cosa tan poco cotizada que es la libertad. Y quiero que esta afirmación que aquí formulo, sea un

homenaje a quienes con sacrificio y con grandeza han liberado a América en los últimos tiempos, de dos de sus más grandes vergüenzas: los pueblos heroicos de Venezuela y Cuba. (“Las dos grandes vergüenzas eran las dictaduras de Pérez Jiménez y de Batista respectivamente”, *Cuadernos Americanos*).

Incontables son los empeños, las nuevas propuestas, las acciones audaces (que le costarán incluso el puesto de Director del Fondo de Cultura en 1965) que desarrollará en este sentido. Podemos afirmar, casi sin temor a equivocarnos, que Orfila Reynal le dio la voz pública que se desparramó por todo el mundo a prácticamente todos los hombres y mujeres inconformes y en lucha por nuestra América. Supo encontrarlos, valorarlos, apoyarlos.

A través de Siglo XXI, su obra maestra, el mundo descubrió la teoría de la dependencia y el subdesarrollo, la teología de la liberación, las posibilidades y caminos de las revoluciones y los movimientos sociales, el *boom* literario y la nueva educación popular libertadora, a los pueblos indios y su visión cosmogónica, a los movimientos armados y su andar “con la adarga al brazo” y redescubrió a los grandes pensadores americanos del siglo XIX. Y hacia América nos trajo lo mejor de las experiencias y del pensamiento más avanzado de Occidente, África y Asia, injertando las ideas del mundo en los macizos troncos, criollos, mestizos, negros, indios de nuestras repúblicas, como diría, una vez más, Martí.

El pueblo heroico de Cuba será finalmente una de sus grandes pasiones y principios que mantendrá, incólume, hasta el último día. Polemizó incansablemente con todos los que se hicieron cómplices de la política cerrada y devastadora del gobierno de los Estados Unidos, pero sobre todo con aquellos que alguna vez estuvieron al lado de ese inmenso bastión libertario y que finalmente

claudicaron, cansados de sostener los ideales y las banderas de soberanía e independencia, arrasados por el embate neoliberal.

También, en sus últimos años, cerrando juntos el siglo XX, brillaba su mirada y entusiasmo al conocer de las nuevas luchas por la autonomía que levantaban vuelo desde las selvas de Chiapas, recordando a través del Ejército Zapatista de Liberación Nacional sus primeros embates juveniles, al despuntar el siglo, por la autonomía universitaria. Como han señalado algunos de sus amigos, un hombre de tres siglos: nació en el siglo XIX, supo comprometerse en el siglo XX y proyectó los sueños del siglo XXI.



## Introducción

La biografía del legendario editor Arnaldo Orfila Reynal abarca un siglo entero. Nace en 1897 en La Plata, Argentina, y muere a comienzos de 1998 en la Ciudad de México. Su vida estuvo dedicada a la divulgación de la cultura entre las élites intelectuales y las clases subordinadas por igual, sin conceder jamás lugar a su degradación en aras de su masificación. Concibió el libro como agente de emancipación social de las clases subalternas, en este sentido, y también como el agente indispensable para romper la relación subordinada de dependencia de América Latina hacia los centros hegemónicos de la civilización capitalista. Su obra como editor puede ser considerada una auténtica revolución del pensamiento crítico latinoamericano que fue desplegada en tres tiempos: el primero corresponde a su etapa como director del Fondo de Cultura Económica (FCE), entre 1948 y 1965; el segundo momento se establece en 1958 como la mente responsable del plan ejecutivo que dio origen a la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), y en el tercero se convirtió en el líder de una de las más sofisticadas e influyentes rebeliones contraculturales de los años sesenta y que lleva el nombre de y el lema de Siglo XXI Editores: “Una editorial de México para América Latina”.

Por su extraordinario legado, Orfila se convirtió en uno de los grandes maestros de la edición internacional de todo el siglo XX. Su nombre configura el selecto grupo de élite conformado por personalidades de la trayectoria de los editores franceses

Maspero o Gallimard, los italianos Einaudi y Feltrinelli o del germano Suhrkamp. A diferencia de ellos, Orfila nunca aceptó seguir la tradición tan arraigada dentro del gremio de nombrar a sus empresas editoriales con su respectivo apellido. Por otra parte, durante mucho tiempo ni su biografía ni su obra despertaron el interés de la academia para emprender un análisis serio y sistemático de ellas. La enorme trascendencia de su obra como editor en la configuración de la historia editorial, y en la modernización del conjunto de la historia cultural e intelectual hispanoamericana de la segunda mitad del siglo xx, su influencia sigue vigente hasta nuestros días.

También resulta cierto que se ha dificultado el acercamiento a la biografía del editor de *Las venas abiertas de América Latina* (1971) por su constante negativa de hablar sobre sí mismo en la esfera pública, de modo que las contadas entrevistas personales que concedió se convirtieron en fuentes primordiales para acercarnos a su itinerario. Así, las fuentes capaces de brindarnos una brújula para orientarnos sobre los acontecimientos trascendentales en los primeros cincuenta años de vida de nuestro editor, las conforman las entrevistas que Orfila concedió a un colega suyo en el marco de una convención de editores en La Habana (Schavelzon, 2005), y la otra se trata de la transcripción de una serie de conversaciones que sostuvo el editor con Alejandro López en sus visitas al parque nacional de Amecameca (López López, 1993). También existen otras entrevistas conmemorativas de los diversos aniversarios de Siglo XXI Editores que Orfila concedió a Efraín Huerta para el semanario *Proceso*.

Es necesario agregar que Orfila siempre rechazó la invitación de sus colegas a redactar sus memorias y dejar constancia de la vida de un hombre que estuvo en el lugar y en el momento precisos para atestiguar y aun protagonizar varios acontecimientos determinantes de la historia política, cultural e intelectual latinoamericana. Argumentó que lo único importante en su vida había

sido su labor como responsable de la casa editorial y que, para saber sobre ella bastaba con consultar el catálogo, el cual, de hecho, como biografía, no constituía ninguna propuesta novedosa en un gremio cerrado sobre sí mismo. Es una cuestión ampliamente argumentada por el editor Roberto Calasso en su célebre ensayo *La edición como género literario* (Calasso, 2014), sin embargo, en nuestro caso se trata de un reto de gran calado porque el itinerario biográfico e intelectual de Orfila debe reconstruirse a través del análisis historiográfico de tres catálogos que corresponden al FCE, Eudeba y Siglo XXI Editores.

Nuestro editor nunca se hubiera opuesto a la idea de realizar una biografía suya, puesto que era conciente de la trascendencia de su obra; lo que descartó tajantemente fue que dicho ejercicio se planteara con una perspectiva historiográfica de orden burgués mediante un relato cronológico que le atribuyera a su genio creativo el elemento determinante de la trascendencia de su legado como editor. Al proponer el catálogo como su biografía, Orfila revirtió la fórmula historiográfica tradicional para replantear un análisis dialéctico entre la síntesis del peso individual y el peso colectivo. Colocó la preponderancia de la memoria colectiva e institucional del catálogo como una fuente encriptada y multidimensional, donde el núcleo primordial del capital simbólico se convierte en un mapa con las categorías del conocimiento y del gusto literario establecidos a través de una meticulosa selección de autores y obras que irán conformando la estructura de cada una de sus diversas series, colecciones y bibliotecas que proponen al lector una propuesta epistemológica conjunta para interpretar el mundo, a pesar del interés del fundador de Siglo XXI Editores de que sus catálogos se convirtieran en la fuente primordial para reconstruir su itinerario biográfico.

También logré recabar una amplia variedad de fuentes documentales, hemerográficas y fotográficas provenientes de los acervos

históricos del FCE y de Siglo XXI, pero también de una amplia gama de entrevistas que sostuve con algunos de los fundadores y de los trabajadores más experimentados, las cuales tuvieron lugar en el marco de la celebración de su 50 aniversario y que han sido integradas al cuerpo de la presente investigación.

Sin más preámbulo, la presente reconstrucción del centenario itinerario de Arnaldo Orfila Reynal se dividirá en dos grandes apartados. Al primero le corresponde una extensa etapa formativa en su tierra natal, Argentina, donde culminó sus estudios de las ciencias químicas y fue una época en que no solamente ejerció su profesión como farmacéutico, sino que adquiriría vasta experiencia en la gestión de una amplia gama de emprendimientos culturales de carácter independiente. El segundo apartado se ocupa de su emigración definitiva a México, país que se convertirá en su patria adoptiva por el resto de su vida y donde logrará consagrarse internacionalmente como decano de los editores latinoamericanos.

## La doble raíz del latinoamericanismo: entre la Reforma Universitaria y el vasconcelismo

Las raíces intelectuales de la edición de libros como agentes de transformación social y de integración cultural latinoamericana, se remontan a la militancia del joven estudiante de química Orfila en el movimiento por la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918 y, por otra parte, a cuando presenció el arranque de la revolución pedagógica y cultural del vasconcelismo mexicano de 1921. Sin embargo, antes de abordar estos aspectos de la biografía de nuestro editor hay que situarnos en su punto de arranque, que tuvo lugar el 9 de julio de 1897 en la ciudad de La Plata —la flamante capital provincial de Buenos Aires—, hijo del dueño de la imprenta La Minerva, Mateo Orfila, y de Lucinda Reynal. El primer aspecto a resaltar fue que la niñez y la temprana juventud de Arnaldo transcurrieron en una Argentina que vivía una época de auge económico proveniente de la riqueza de la exportación de granos y productos cárnicos hacia Europa, ciclo económico que se agotó a finales de los años cuarenta a causa del cierre de sus tradicionales mercados de exportación, si bien la bonanza económica dejó su huella en la vida cultural de la nación de las pampas durante las primeras tres décadas del siglo xx.

Sobre La Plata, es necesario subrayar que era una urbe recién creada apenas unos años atrás, alrededor 1880, con la misión de convertirse en la capital provincial de Buenos Aires para separar la capital federal que continuó situada en la histórica ciudad porteña. Los primeros cincuenta años de vida de Orfila transcurrieron

en un ir y venir permanente entre ambas ciudades a sólo 56 kilómetros de distancia y el ferrocarril era la vía de interconexión más económica y eficiente. Por lo tanto, la niñez y la juventud del estudiante de química tuvieron lugar dentro del efervescente clima cultural y político de una ciudad surgida de un experimento urbanístico característico de la modernidad burguesa que intentaba organizar racionalmente el espacio social de una urbe destinada a ser la sede del poder administrativo de la provincia, cuya característica primordial era estar trazada sobre un plano cuadrangular convencional, pero cuyas avenidas principales fueron dispuestas diagonalmente de extremo a extremo y convergen con las tradicionales encrucijadas horizontales y verticales de sus calles y avenidas que le brindan su peculiar fisionomía (Ramos, 2019). Por su peculiar trazo urbano, a La Plata se le conoce como "La ciudad de las diagonales".

No resulta extraño que aquella ciudad albergara un programa de enseñanza y aprendizaje de avanzada que se desarrolló en el Colegio Nacional de La Plata. Allí transcurrió la formación secundaria de Orfila Reynal en la generación de 1910. En sus aulas, los estudiantes seguirían con atención las noticias de Pancho Villa y, en general, del desarrollo de la Revolución Mexicana. Según el testimonio del propio Orfila, fue en sus años de estudiante secundario que creó su primer periódico, *El Estudiante*. Asimismo, aquel joven inquieto incentivó a sus compañeros a crear una escuela nocturna para trabajadores.

No obstante, la culminación de sus estudios fue determinada por el fracaso. Al no haber obtenido una de las dos becas universitarias que lo hubieran enviado a estudiar a Estados Unidos, cambió por completo el horizonte de posibilidades de su biografía.

Tras su graduación del colegio secundario, el itinerario de Orfila tomó rumbo hacia Buenos Aires para emprender sus estudios de química en la Facultad de Ingeniería. Dicha elección respondió al hecho de que en aquella época la oferta académica humanística se

reducía a algunas cuantas carreras como Derecho, Filosofía e Historia que no resultaban de su interés. Eligió, a partir del aleatorio antecedente de que su abuelo Mateo Orfila (1787-1853) fue un notable químico de origen español a quien se atribuye ser precursor de la toxicología moderna —de hecho, él conservó en su despacho el retrato de su antepasado y actualmente sus muebles, su biblioteca personal y el archivo de campo se encuentran resguardados en Amecameca, Estado de México, por la Fundación Orfila-Séjourné—. Este aspecto de su formación científica suele pasarse por alto, pero fue el que le abrió las puertas hacia la edición profesional, cuando elaboró manuales técnicos para *Claridad* en los años cuarenta, y después continuó incorporando las ciencias exactas a colecciones como los Breviarios del FCE o de toda la serie de filosofía de la ciencia que se integró más adelante al catálogo de Siglo XXI Editores.

Existen escasas referencias de su paso por la universidad, pero a Orfila sí le interesó dejar constancia de que su formación humanística y literaria no tendría lugar en las aulas, sino en las calles de Buenos Aires con aquella efervescente vida cultural que acontecía en sus cabarés entre los tangos de Gardel y sus cafés con vida bohemia y sus tertulias que dieron lugar al surgimiento de las revistas literarias que marcaron la época. Existían el círculo Martín Fierro, de Borges, o Valoraciones, del filósofo y sociólogo Alejandro Korn, una figura intelectual muy respetada entre los jóvenes de su generación por su decisiva contribución en el movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918 y por su militancia dentro del Partido Socialista Argentino (PSA), en cuyas filas Orfila participó como un agente que creó órganos impresos como el periódico *El Camarada* o que fue corresponsal en la Guerra Civil Española y secretario académico de la Universidad Popular Alejandro Korn (UPAK), asunto que será retomado después con más cuidado.

La militancia de Arnaldo Orfila Reynal en el movimiento por la Reforma Universitaria de Córdoba (1918) constituye una de las aduanas determinantes que lo marcaron de por vida. Ante todo, alimentaron su concepción de la importancia de construir medios y circuitos alternativos de divulgación del pensamiento científico y de la cultura que trascendiera las aulas universitarias. Con su *Manifiesto liminar*, la reforma se convertiría en la precursora de una amplia gama de movimientos estudiantiles que reorganizaron los cimientos del modelo de la educación superior tradicional en toda América Latina y el Caribe. Las principales demandas se concentraron en su crítica frontal del modelo jerárquico de una institución de herencia medieval con su anquilosado modelo de enseñanza-aprendizaje, el cual se basaba primordialmente en la cátedra dictada y los apuntes. Resulta que el movimiento surgido en Córdoba tuvo una infinidad de aristas y, algunas de las más significativas, han sido abordadas con profundidad en el *dossier* que *Universidades* dedicó al análisis de los múltiples impactos que tuvo en la configuración de programas educativos e ideológicos en América Latina a lo largo del siglo xx (UDUAL, 2018). Uno de los más significativos es la irrupción del estudiante como sujeto proactivo del proceso de toma de decisiones y del proceso de enseñanza-aprendizaje y, por supuesto, como agente de transformación de la realidad política y social.

La militancia reformista de Orfila sería tan destacada que lo llevó a fungir como presidente del Comité de la Huelga Grande de La Plata, por lo que no resulta extraño que fuera invitado a conformar la delegación de su país que participaría en el Congreso Internacional de Estudiantes de la Ciudad de México (1921). En aquellos momentos le faltaba presentar la tesis para culminar su carrera como químico y había montado una farmacia con un compañero de la universidad. No dudó en integrar la delegación estudiantil junto con Pablo Brilló, Enrique Breysing, Miguel Bonfil y Rivalverdi;

partieron en el único medio de transporte capaz de conectar ambas naciones: un barco petrolero que los trasladaría hasta el puerto mexicano de Tampico, de donde partieron hacia la capital para integrarse a las delegaciones internacionales, con las cuales debatieron en torno a la misión de la educación pública, el antimperialismo y la misión vanguardista del estudiantado como fuerza activa en los procesos de transformación social, y sobre la necesidad de concretar una integración latinoamericana.<sup>2</sup>

Aquel congreso estudiantil fue presidido por el joven estudiante de leyes Daniel Cosío Villegas,<sup>3</sup> convocado por el ministro de Educación, José Vasconcelos (1921-1924), en aras de romper el aislamiento internacional que padecía el gobierno de Álvaro Obregón y cuyo propósito era mostrar la faceta más esperanzadora y creativa de la Revolución Mexicana: su proyecto cultural y educativo de carácter popular, nacionalista y de una clara vocación latinoamericanista. El proyecto había germinado durante el rectorado de Vasconcelos de la Universidad Nacional de México (1920-1921), a partir de una célebre frase de su discurso de posesión: “Yo no vengo a trabajar por la universidad sino a pedir que la universidad trabaje por el pueblo”, lo que representó el punto de la renovación del modelo propuesto por la filosofía positivista que había estructurado el modelo elitista de la universidad porfirista de Justo Sierra.

2 Una crónica detallada sobre el desarrollo del Congreso Internacional de Estudiantes y de sus resoluciones fue realizada por Ciriaco Pacheco y fue publicada a diez años de distancia de haber ocurrido aquel hecho en la *Revista de la Universidad Nacional*; véase: Pacheco Calvo, 1931.

3 La figura de Cosío Villegas como futuro creador y primer director del FCE será decisiva en el proceso de profesionalización como editor del químico Arnaldo Orfila Reynal. A partir de este momento entablaron una relación de amistad y de afinidades intelectuales que nunca se liberó de las tensiones y desajustes que al final provocaron el rompimiento entre ambos, provocada por la cuestión de la primera sucesión en la dirección del FCE que protagonizaron ambas personalidades.

Esa tarea de transformar la universidad, una institución encargada de crear y reproducir el conocimiento y la cultura —entendida como una cultura de élite que cultivaba con cuidado la reproducción del canon de las clases dominantes en las artes, la literatura, la música o los sistemas de pensamiento—, cerrada sobre sí misma, en una universidad que sin perder su misión académica y de investigación también se propusiera la divulgación de la ciencia, la cultura y las artes entre el pueblo. Esta misión que Vasconcelos encarnó al frente de la universidad sería extrapolada al frente de la Secretaría de Educación Pública (SEP), desde donde impulsó su agenda cultural y educativa en un país que aún vivía los estragos de la revolución.

Entonces emergió el muralismo que, con su propuesta estética y cultural, se convirtió en el primer movimiento artístico mexicano de carácter universal de la historia del arte moderno, con un planteamiento de vanguardia plástica e historiográfica orientada a difundir una versión liberal y nacionalista de la historia nacional. La suya era una reinterpretación de un discurso oficialista fundado en la base del mestizaje, las luchas populares para la emancipación del pueblo y el nacionalismo revolucionario. Su novedad radicaba en los medios empleados para difundir este mensaje entre una población predominantemente analfabeta y, además, diversa por su raíz cultural mesoamericana y que convivía con la nación mestiza. Si el pueblo no podía acceder a los libros para conocer su historia, la historia saldría de los libros para plasmarse en los muros a través de los pinceles de Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros o Rufino Tamayo.

Los estudiantes extranjeros de aquel congreso se iban a convertir en testigos de primera mano de la puesta en marcha del ambicioso programa de educación popular de la Revolución Mexicana que, además del muralismo, dio lugar a la primera cruzada para abatir el analfabetismo en el país a través de las misiones culturales.

Antes de seguir adelante, se debe señalar que en ese momento Orfila Reynal presenció el nacimiento del Estado editor, un fenómeno muy concreto de la consolidación de la historia editorial mexicana moderna, a diferencia del resto de Hispanoamérica, donde el proceso editorial se llevó a cabo desde la iniciativa privada.<sup>4</sup>

De hecho, el antecedente inmediato al Estado editor mexicano puede ser rastreado hasta la rectoría de Vasconcelos al frente de la Universidad Nacional. Junto a sus más jóvenes colaboradores —Daniel Cosío Villegas, Julio Torri, Jaime Torres Bodet y Eduardo Villaseñor, entre otros, el núcleo intelectual de la posterior formación del FCE—, organizaron la traducción y la edición de 13 obras clásicas de la literatura universal. Cada una fue meticulosamente traducida y empastada en la peculiar lona verde o en otros materiales de color gris o marrón, y su peculiaridad consistió tanto en sus tirajes masivos, para aquella época, como en su distribución gratuita mediante misiones culturales que dispersaron los libros en todos los rincones del país, muchas veces a lomo de mula. Una influencia determinante en Orfila, que lo acompañó toda su vida, fue la concepción vasconcelista del proceso de alfabetización, que no se limitaba a instruir a las masas para descifrar un código escrito, sino que se trataba de un proceso para insacular

4 La figura del Estado editor ha tenido un papel fundamental en los procesos de consolidación de nuevas disciplinas sociales con el surgimiento del FCE en 1934, aunque alcanzó su máxima expresión para 1959 con la creación de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuito (Conaliteg), a cargo del tándem conformado por el escritor y empresario editorial Martín Luis Guzmán y el secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet. Su misión era plasmar el principio constitucional de la educación universal, laica y gratuita a todos los estudiantes de educación básica; para lograrlo, el Estado asumió la tarea de crear sus propios libros de texto obligatorios para todas las materias del plan de estudios básico que fomentara la lectura, el pensamiento humanista, científico y el amor a la Patria. Su principal adversario era el sector editorial particular que, tradicionalmente, había surtido al público de dicho mercado, aunque los precios de sus productos no siempre eran accesibles para todos los sectores de la población. Se trató de toda una proeza porque en menos de diez meses se diseñó, creó y distribuyó esa primera versión de los libros de texto gratuito que, año con año, han llegado a las manos de cada uno de los estudiantes mexicanos desde 1960; véase: Hernández, 2019.

directamente a los lectores con las manifestaciones más sofisticadas e influyentes de la herencia letrada de la cultura universal.<sup>5</sup>

Respecto a la participación de la delegación estudiantil argentina en el Congreso Internacional de Estudiantes, se puede inferir que sobresalió del resto de las delegaciones gracias a la experiencia que habían adquirido los argentinos militando en el movimiento reformista universitario. No resulta extraño que a tres de ellos se les encomendara la misión de recorrer Europa y Sudamérica para contactar a todas las agrupaciones estudiantiles posibles con la finalidad de crear una Internacional de Estudiantes, proyecto que jamás pudo concretarse. Sin embargo, antes de salir a su encomienda internacional, aquellos argentinos fueron invitados a una cena oficial presidida por el propio presidente Obregón (1920-1924). El titular del Ejecutivo convocó a su mesa a los argentinos para conversar y al final fueron invitados a recorrer el país en un viaje en ferrocarril, en el exclusivo vagón reservado al presidente. Dicho viaje duró tres meses y fue conducido por el veterano escritor español Ramón del Valle Inclán, acompañado por un grupo de jóvenes intelectuales mexicanos al lado de muralistas y demás personalidades del mundo artístico que participaron en el Congreso que emprendería más adelante la creación del FCE. De hecho, este

5 Colección conocida popularmente como los “Clásicos de Vasconcelos”, es una serie de 12 obras organizadas en 17 volúmenes que cuentan con características muy particulares que los hacen fácilmente identificables para el público bibliófilo. En primer lugar, se encuentran forrados de manera austera en lona verde, pero también hubo otros materiales y colores. En el lomo y la portada se encuentran impresos el logotipo y el lema que el autor de *Ulises criollo* pensó para la Universidad Nacional, que consiste en el mapa de América Latina enmarcado por el escudo coronado por el águila real mexicana y el cóndor andino, y es rematado por el lema: “Por mi raza hablará el espíritu”. De hecho, la Conaliteg publicó una edición facsimilar de la biblioteca con motivo del 99 aniversario de la creación de la SEP. A continuación, se enumeran las obras que conforman la serie: Romain Rolland, *Vidas ejemplares*; Goethe, *Fausto*; Platón, *Diálogos*, 3 t.; Eurípides, *Tragedias*; Esquilo, *Tragedia*; Plutarco, *Vidas paralelas*, 2 t.; Dante, *La Divina Comedia*; Plotino, *Las Eneadas*; R. Tagore, *La nueva luna, Nacionalismo*; Rivera, Agustín, *Principios críticos sobre el Virreintao de la Nueva España*; Homero, *Iliada*, 2 t., *Odisea*; Tolstoi, *Cuentos escogidos, Evangelios*.

es uno de los pocos eventos de los que Orfila dejaría constancia en su *Don Ramón rebelde* (Orfila Reynal, 1966).

Tras su aventura mexicana, el futuro editor volvería a su tierra natal para obtener su grado como doctor en Ciencias Químicas. En adelante, el doctor Orfila administró su farmacia y comenzó a realizar diferentes encargos editoriales para la Asociación Ganadera Argentina. Eventualmente se convirtió en el responsable y hasta en autor de una colección de bolsillo que consistió en una serie de manuales técnicos y científicos para la editorial Atlántida, experiencia que se convirtió en el antecedente inmediato de la creación de los Breviarios del FCE. Dichas actividades eran la fuente de ingresos que se complementaban con el salario de profesora universitaria de su primera esposa María Elena Satostegui, contadora de profesión, a quien conoció en la universidad y en sus andanzas en el PSA y que tras su divorcio se convirtió en una mujer esencial en la expansión internacional del FCE y de Siglo XXI Editores. Se debe señalar que Orfila tuvo que combinar sus diversas facetas con su militancia en el PSA de izquierda socialista y ser un incansable promotor de la cultura mexicana, lo que confluyó en 1936 con la puesta en marcha de la Universidad Popular Alejandro Korn (UPAK), de la que Orfila fue su principal autoridad como secretario general.

El nacimiento de la UPAK sobrevino como parte de un homenaje luctuoso rendido a Alejandro Korn, a quien consideraban su mentor y, siendo consecuentes con su herencia reformista, fundaron la universidad por la necesidad de contar con un instrumento de divulgación de la ciencia, la cultura y las artes entre las clases subalternas. Autogestionaron sus propios recursos y gozaron de la aportación colaborativa de intelectuales de primera línea como Pedro Henríquez Ureña o el embajador mexicano en Argentina, Alfonso Reyes, quienes brindaron algunas conferencias y cursos de extensión universitaria, lo que hizo patente la vinculación

de Orfila con México y restó extrañeza a que buscara fortalecer su proyecto solicitando el apoyo del presidente Manuel Ávila Camacho. Le solicitó en una carta su apoyo para reforzar la presencia mexicana en Sudamérica con el envío de una comisión intelectual dispuesta a exponer una serie de conferencias sobre la historia y la economía mexicanas. Según el expediente, la carta fue remitida al secretario de Educación, pero en el archivo no consta si se dio seguimiento a la petición del secretario de la UPAK (Archivo General de la Nación, AGN). Décadas después, Orfila replanteó su labor de aquellos años en los siguientes términos: “no concebimos la divulgación cultural como una vulgarización en el sentido de la degradación cultural, sino como forma de exigencia intelectual que redundará en el proyecto de una disciplina, una calidad, un nivel que paulatinamente se deberá ir superando” (Díaz, 1993).

Transcurrieron más de cuarenta años en la vida de Orfila y nadie podía vislumbrar que se convirtiera en el editor latinoamericano más influyente de la historia moderna. El punto de inflexión de su biografía acontece cuando decide renunciar al ejercicio de su profesión y se desprende de su farmacia. Aquí reaparecen en su auxilio un par de sus viejos amigos mexicanos: el crítico literario de origen dominicano Pedro Henríquez Ureña<sup>6</sup> y Alfonso Reyes, que para esa época era un referente de autoridad indiscutible en el mundo literario e intelectual mexicano. Ambas personalidades aprovecharon su capacidad de interlocución con el director del FCE, Daniel Cosío Villegas, y le hicieron saber que “Orfila ha dejado su farmacia, hay que hacer algo por él”. La respuesta cambió por completo la

6 Henríquez Ureña se formó en el Ateneo de la Juventud junto a figuras como José Vasconcelos, Vicente Lombardo Toledano y Martín Luis Guzmán, pero su estancia en Argentina se debió a que tuvo que salir intempestivamente exiliado de México para salvaguardar su integridad al entrar en conflicto con una preminente figura política; fue por la intermediación del propio Orfila que pudo obtener una cátedra en el Colegio Nacional de La Plata.

historia editorial mexicana, y la historia intelectual y literaria en Hispanoamérica de la segunda mitad del siglo XX, cuando le asignaron la tarea de formar la Casa de México en Buenos Aires, que se convertirá en la primera sucursal internacional en la historia del FCE.



## La revolución latinoamericana del pensamiento crítico moderno (1934-1965)

Arnaldo Orfila Reynal fue gerente de la sucursal argentina del FCE en los tres años comprendidos entre el 1 de enero de 1945 y mediados de 1948. Para transportar al lector en la justa dimensión de la proyección internacional del Fondo, realizaremos una breve semblanza de la casa editorial que surgió el 3 de septiembre de 1934. Su creación respondió a la búsqueda de un grupo de docentes de la recién formada carrera de Economía, el cual se había articulado años atrás en torno a José Vasconcelos como rector, secretario de Educación y candidato presidencial de oposición en 1929. Aquel equipo era encabezado por Daniel Cosío Villegas y sus compañeros Eduardo Villaseñor, Julio Torri, Emigdio Martínez Adame y Gonzalo Robles, quienes además de docentes universitarios eran funcionarios públicos y banqueros; a ellos se sumó Jesús Silva Herzog, un experimentado intelectual que abordaría el problema de la dimensión económica de la futura expropiación petrolera. Por lo tanto, el núcleo fundador del FCE consolidó una mucha mayor experiencia en la administración pública.

Aquel equipo fundador conjuntó conocimiento académico, político y financiero, pero ninguno era la clase de editor que demandaba la empresa cultural en ciernes. En un primer momento, para resolver cualquier inconveniente desarrollaron un plan de edición de cincuenta títulos de literatura económica y buscaron contactar a la editorial

española más prestigiada de la época, Espasa-Calpe, proyecto abortado por una desafortunada intervención de Ortega y Gasset ante su Consejo de Administración quien, según Cosío, “pidió la palabra para oponerse, alegando como única razón que el día en que los latinoamericanos tuvieran algo que ver en la actividad editorial de España, la cultura de España y la de todos los países de habla española se volvería una cena de negros” (Zaid, 1985).

Sin proponérselo, Ortega impulsó la emergencia de una potente industria editorial latinoamericana, ya que a la vuelta de Cosío a México, él y sus compañeros se dieron a la tarea de elegir la figura jurídica idónea para dotar a la editorial de todas las herramientas de distribución y comercialización propias de una empresa comercial tradicional. Sin embargo, la particularidad del FCE radicó en que su capital inicial y su posterior financiamiento provendrían del gobierno mexicano. El fideicomiso, toda una novedad para la época, fue la figura jurídica idónea que le permitiría al Fondo mantener su independencia ideológica de su patrocinador y, por otra parte, el director y su Junta de gobierno se configuraron como el órgano supremo de dirección que definiría las políticas internas para administrar los recursos, pero sobre todo determinaron la línea editorial para plasmar la articulación de su formidable catálogo. El fideicomiso facilitó que el FCE desplegara durante más de treinta años su revolución editorial con un ambicioso programa de traducción a nuestra lengua de los clásicos modernos del pensamiento científico, social y humanístico.

Los primeros años del FCE fueron algo caóticos debido a la falta de experiencia de su director y la Junta de Gobierno en el campo editorial, pues aprendían sobre la marcha el oficio de editor y el de administradores de un órgano cultural enorme. A pesar de ser una empresa cultural paraestatal, su misión era que sus libros terminaran en las manos de los lectores a través de los circuitos tradicionales de distribución y comercialización. La falta del capital

humano especializado en las labores editoriales y en el arranque del programa de traducción de literatura económica, se reflejó en sus dos títulos pioneros: *El dólar de plata* y el *Marx* de Laski (1934), traducidos por los poetas Salvador Novo y Antonio Castro Leal. Surgió un problema agravado porque ningún miembro de la Junta ni su director ejercían sus funciones de tiempo completo, pues como intelectuales y profesionistas de primera línea se encontraban comprometidos con la reconstrucción institucional del Estado y la figura del intelectual como funcionario del vasconcelismo decayó ante la del profesionista tecnócrata. Un nuevo intelectual simplemente se integraría a una maquinaria institucional que ya se encontraba en pleno funcionamiento.

Un hecho de vital importancia fue la transmutación de un catálogo concebido de origen para la especialización de la disciplina económica en un poderoso instrumento de divulgación del pensamiento social y humanístico moderno en toda Iberoamérica. No queda constancia del programa de cincuenta títulos que fue llevado a España, pero resulta lógico que la misión original del Fondo debió ser replanteada, desde una perspectiva crítica, por el círculo fundador que, dentro del entorno de la revolución social triunfante, había tenido una afinidad ideológica con el marxismo y con el humanismo heterodoxo del vasconcelismo. Dichas tradiciones intelectuales fueron capaces de concebir desde una perspectiva heterodoxa, cosmopolita y hasta ilustrada, la naturaleza de los fenómenos económicos al restituirlos dentro de sus múltiples dimensiones del quehacer humano. Por lo tanto, su catálogo abrió espacio a la escuela económica clásica de David Ricardo y Adam Smith y también incluyó a Keynes, Marx o la corriente económica de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). La fenomenología, la sociología de Weber, la antropología, la psicología, las ciencias duras y la literatura encontrarían su nicho en aquel formidable catálogo.

Los vuelcos de la historia condujeron a que el catálogo derivase a uno que enarbolaba una paradójica vertiente del nacionalismo revolucionario de tendencias cosmopolitas, latinoamericanistas y de carácter crítico. Su consolidación provino de la crisis europea desencadenada por la Guerra Civil Española (1936-1939), la cual fundamentó la política de asilo del gobierno de Lázaro Cárdenas y la excepcional actuación de su cónsul en París, Gilberto Bosques. El ascenso del franquismo y el colapso de la República propiciaron una política que asiló a varios miles internados en campos de retención. La labor de Robles fue emitir más de 40 mil visados que brindaron una nueva oportunidad a los exiliados de reiniciar sus vidas, si bien muchos se dispersaron en Estados Unidos, el resto de América Latina y el Caribe.<sup>7</sup>

Algunos inmigrantes españoles conformaban una gama de editores y figuras intelectuales de un amplio espectro ideológico que eran verdaderos especialistas en sus respectivos campos del saber. Varios se integraron a las diferentes estructuras del FCE y aceleraron su proceso de institucionalización. De nuevo aparece Alfonso Reyes, quien coordinó la inmigración de los intelectuales que se integraron a la editorial y a la Casa de España que, en un futuro cercano, se convirtió en El Colegio de México (Colmex). Hubo personalidades como José

7 El presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940) le asignó la misión a Gilberto Bosques de defender a los mexicanos en la Francia no ocupada, por lo que trasladó la representación diplomática mexicana de París a Marsella. Ahí alquiló un par de castillos que sirvieron como albergues para los refugiados españoles y a todos aquellos sujetos que, por sus raíces étnicas o ideología política, eran perseguidos por el régimen nazi. Robles adquirió tal relevancia que fue mandado arrestar junto con su familia para ser intercambiados por un grupo de alemanes que habían sido arrestados en México. Al finalizar la guerra, continuó su labor diplomática alrededor del mundo hasta que decidió retirarse a causa de la llegada a la presidencia de Díaz Ordaz; véase: *Gilberto Bosques Saldívar, el "Schindler" mexicano*, 2017.

Gaos, José Medina Echavarría, Wenceslao Roces, Manuel Pedroso, Francisco Giner de los Ríos y Joaquín Díez-Canedo, quienes contribuyeron a la concentración del capital intelectual que facilitó el nacimiento de colecciones como Antropología, Historia, Filosofía, Derecho, Sociología, Pedagogía o Psicología y Psicoanálisis, y también abrieron un espacio para el catálogo Letras Mexicanas.

Pese a la dispersión de su tiempo en múltiples responsabilidades como investigador, docente y funcionario gubernamental, la labor como director de Cosío Villegas resultaba estricta. Asumió la supervisión personal de todas las tareas y los procesos legales, técnicos e industriales tanto como la transformación de un manuscrito en su formato definitivo de libro impreso, sin descuidar su difusión, distribución y comercialización en el mercado nacional e internacional, sobre todo hispanoamericano. El mercado extranjero ya representaba entonces más de la mitad de las ventas totales de las publicaciones, de modo que el primer director del Fondo se forjó como un experimentado editor sobre la marcha, al dominar la naturaleza dialéctica del libro con una inmaterialidad como un bien cultural capaz de incentivar la capacidad de abstracción de la mente del individuo para forjar su cosmovisión del mundo. En contraposición se encuentra su dimensión material y hasta comercial, que muy pocos editores han podido comprender y mucho menos dominar a lo largo de la historia.

## La casa de la cultura mexicana en Argentina

Orfila Reynal se forjó con la proyección internacional del FCE, que abrió su primera sucursal en el extranjero el 1 de enero de 1945, la cual tuvo la doble tarea de ser un centro cultural. La creación respondió a un par de necesidades que su director requería resolver, la primera, de orden editorial, y la segunda de carácter contable y comercial. Cosío necesitaba consolidar la colección Tierra Firme (1944) como parte de un proyecto de integración de la historia, la cultura, la literatura, de los problemas regionales concretos de América Latina y de cada país que la componen. Encontró en Henríquez Ureña, Orfila y Norberto Frontini a sus principales promotores. El primero dirigió Tierra Firme y los demás fueron los interlocutores del propio Cosío ante los probables autores. Era la primera ocasión en que la editorial asumía la tarea y el riesgo de contratar obras por encargo entre los intelectuales hispanoamericanos, en aras de configurar una identidad latinoamericana entre sus élites cultas a través de la colección.

La apuesta editorial tuvo resultados modestos que Orfila contextualizó en su célebre ensayo *Los problemas del libro* (1955). Cosío y Ureña impulsaron una serie inicial de 300 obras que contrataron con los autores y las universidades en todo el continente, pero casi ninguno se logró concretar nunca. Para muestra, en Argentina se realizaron 35 contratos y sólo fructificaron ocho, lo que evidenció la falta de una masa crítica de autores y de instituciones que pudieran entregar resultados de las investigaciones requeridas en el tiempo y la forma demandados por la casa editorial. No obstante, el fallecimiento de Henríquez Ureña en 1947 sería otro factor en la pérdida del impulso de Tierra Firme. Con su repliegue, la casa editorial mexicana vio desaparecer a uno de sus baluartes intelectuales que había seguido en contacto con ella desde aquel extremo del continente.

En el mismo año del arranque de la colección, a Cosío Villegas le notificaron Alfonso Reyes y Henríquez Ureña que Orfila había abandonado su farmacia y, de inmediato, envió un telegrama al argentino para ofrecerle formar la sucursal argentina del FCE. El químico organizó un equipo de colaboradores encabezado por su esposa, María Elena Satostegui, en la contabilidad; Delia Etcheverry en lo administrativo, y un joven Norberto Pérez como cadete que, en los años sesenta, crearía la sucursal argentina de Siglo XXI Editores. Al consultar el intercambio epistolar sostenido en la época por el director del Fondo y su gerente, salta a la vista que era crucial consolidar desde Buenos Aires buena parte de la estructura hispanoamericana de distribución y comercialización, tanto como hacer efectiva la cobranza y la repatriación del capital de las ventas a la casa matriz en México.

En términos prácticos, el FCE intentaba romper la hegemonía de la industria editorial española en América Latina. España continuaba representando el principal mercado editorial en Hispanoamérica, sin embargo, la relación entre mercados nunca se realizó en igualdad de circunstancias y siempre era ventajosa para los editores españoles que podían exportar sin ninguna restricción sus libros a cualquier nación del Nuevo Mundo. Los libros americanos, además de enfrentar la censura franquista, tenían que lidiar con una engorrosa normatividad aduanera encomendada a impedir la importación de los libros extranjeros en la cuna de Cervantes. Por si esto fuera poco, la repatriación de las ganancias de los editores latinoamericanos resultaba una tarea mucho más ardua por su arbitrariedad en la interpretación de las leyes españolas. A todos estos factores debemos sumar que no existían relaciones diplomáticas con México y todavía tardarían años en normalizarse.

La Casa de México en Argentina se convirtió en la plataforma desde la cual organizó la Editora y Distribuidora Hispanoamericana, S.A. (EDHASA), a cargo de Antonio López

Llausàs, las exportaciones de los libros de los sellos del FCE, Losada y Emecé hacia España, donde se encontraba su agente de ventas, también responsable de establecer los mecanismos de repatriación de los capitales hacia la nación rioplatense. Como se constata en la carta dirigida por Cosío a Orfila del 30 de enero de 1947 (AHFCE), quedaba claro el mecanismo que encontraron para la exportación de los libros mexicanos a Europa, el cual consistía en enviar pequeños lotes de sus pedidos a Buenos Aires con una marca que Orfila identificara de antemano, para no abrir los paquetes que cubrían la etiqueta del país de procedencia con la del FCE Argentina. Si la conquista del libro mexicano en el mercado español ya era una empresa logística complicada, hay que sumar a la ecuación todos los malentendidos de comunicación debidos al irregular intercambio epistolar entre los responsables de aquella empresa, situada en los vértices de la triangulación entre Madrid, Buenos Aires y México.

En tres años, la gerencia de Orfila, además de gestionar la publicación de los pocos volúmenes argentinos de Tierra Firme, se convirtió en agente primordial para que la travesía atlántica de los libros mexicanos y argentinos desembarcaran con éxito en España, de modo que se rompió la hegemonía de un circuito cultural que corrió en una sola dirección durante cinco siglos, al dotar al libro mexicano y argentino de una inusitada circulación de dimensiones hispanoamericanas. Esta labor exigió al químico rioplatense toda su paciencia y habilidad diplomática, ya que siempre solventó los inconvenientes provocados por los exabruptos epistolares de Cosío con los editores y los libreros argentinos a causa de los problemas inherentes al ineficaz sistema de transporte internacional de los libros y, sobre todo, el pago puntual de las facturas que llegaban a retrasarse hasta un año. El Fondo tuvo el gran problema en aquella

época de que cerca de dos terceras partes de sus ventas se realizaban en el extranjero.

Es necesario señalar que en el mismo año que nace la Casa de México en Argentina tuvieron lugar los hechos del 17 de octubre de 1945, el “Día de la lealtad” que dio nacimiento al peronismo con las masas movilizadas para exigir la liberación de Juan Domingo Perón. A la distancia sabemos de qué se trataba el ascenso de un fenómeno inédito como el populismo, lo que desencadenó un enfrentamiento del peronismo con las élites intelectuales formadas bajo el amparo del programa de modernización cultural impulsado por la oligarquía en las primeras décadas y que dio lugar a la destitución de 800 profesores universitarios. Lo relevante fue el seguimiento de la situación por parte de Cosío y Orfila, quienes preparaban la logística por si la situación se deterioraba y los intelectuales argentinos debieran exiliarse en México, como quedó registrado en su correspondencia del 11 de enero de 1947.

La coyuntura que definió en buena medida el rumbo de la historia editorial mexicana de la segunda mitad del siglo xx, tuvo lugar cuando Cosío Villegas decidió separarse provisionalmente de la Dirección del FCE para dedicarse a la beca de investigación de la Fundación Rockefeller que duró cuatro años y que dio lugar a su *Historia general de México* publicada por el Colmex, que culminó su trayectoria como editor y consolidó la leyenda del decano de los editores latinoamericanos, la que correspondió a la era de mayor auge y esplendor de la historia del FCE.

## El director interino del FCE

A los cincuenta años de edad, Arnaldo Orfila Reynal tomó el vuelo hacia la Ciudad de México para asumir la Dirección del FCE. Su elección sobre otros candidatos radicó en las afinidades ideológicas e intelectuales que mantenía con Cosío, entre ellas su proyecto de integración latinoamericana para contrarrestar la influencia del imperialismo norteamericano y europeo. Orfila había demostrado su eficacia y austeridad al administrar los recursos financieros y materiales de la sucursal argentina, además de ser el único colaborador que conocía bien la situación del mercado editorial hispanoamericano. Cosío no le había comunicado a nadie, si acaso solamente a su Junta de Gobierno, su decisión de abandonar temporalmente la dirección y sus colaboradores se enterarían de la noticia cuando fueron convocados para que conocieran a su nuevo director interino.

Aquellos primeros meses se caracterizaron por la estricta supervisión que ejerció Cosío sobre la labor de Orfila, la cual supo sacudirse eventualmente el veterano editor. Los Breviarios fueron su primera gran apuesta y la defendió frente a su Junta de Gobierno, y significaron el punto de quiebre con su antecesor. Esa colección rompió con los formatos tradicionales y, siguiendo la escuela de los libros de bolsillo ingleses, se proponía crear una biblioteca de bolsillo estandarizada tanto en su formato como en la extensión de cada volumen. Su misión era ser una herramienta de formación autodidacta para cualquier lector interesado en acercarse a cualquiera de las ramas de las humanidades, las ciencias sociales y las experimentales. De la mano de un especialista que se esforzaría en redactar una obra de divulgación, a pesar de ser una edición de bolsillo, los Breviarios serían impresos en papel de origen checoslovaco con pasta dura y su respectivo guardapolvo.

La seguridad de Orfila en su proyecto lo lleva a ofrecer su renuncia si fracasaban los Breviarios. La Junta de Gobierno dudó de que existiera un mercado numeroso que aceptara los contenidos de una colección de divulgación, la cual resultó disruptiva al renunciar a la costumbre muy arraigada de degradar la densidad de los contenidos en aras de la masificación de su consumo.

Los Breviarios demandaban al lector un esfuerzo intelectual para situarse a la altura de un determinado nivel cultural de un texto que no dejaba de ser iniciático en los más diversos campos del saber humano. Aquí radica el genio de Orfila, pues no se trataba de atender la demanda de un nicho del mercado editorial ya consolidado, sino de cultivar nuevos gustos y tendencias culturales e intelectuales que fomentaran la ampliación cuantitativa y cualitativa del público lector.

Como se sabe, los Breviarios se materializaron y actualmente son una colección emblemática del FCE. Su éxito consolidó de manera indiscutible la autoridad editorial de Orfila frente a la Junta de Gobierno que, a partir de ese momento, lo respaldó con incondicionalidad hasta que se presentó la crisis de *Los hijos de Sánchez*, de la que hablaremos más adelante. Así, fue lógico que se le renovara la dirección interina. Cosío Villegas obtuvo la renovación de su beca por otros dos años para continuar con sus investigaciones y durante ese tiempo se fraguó un distanciamiento de él con la Junta de Gobierno, lo que culminó de manera desastrosa para el historiador mexicano por los métodos alejados de la institucionalidad con los que pretendió reasumir la Dirección de la casa editorial.

El dominio del oficio como editor y empresario cultural alcanzado por el creador de los Breviarios en los cuatro años que fue director interino, se basó en que su estancia en nuestro país respondía a una auténtica admiración de la cultura mexicana, con la que Orfila se vinculó desde su juventud en su tierra natal con la verdadera magnitud hispanoamericana que percibiría en el proyecto de vanguardia

cultural enarbolado por el FCE. En consecuencia, estableció su residencia en las instalaciones de la casa editorial con la finalidad de hacer más eficiente su gestión, sin importar el horario ni mucho menos el día de la semana.

En contraste, la autoridad y prestigio de Cosío habían menguado al interior de la casa editorial, dado su carácter conflictivo, y al exterior de la editorial su estrella declinaba al conflictuarse con el régimen a partir de la publicación de su ensayo *La crisis en México*, que apareció en Cuadernos Americanos, quizá la publicación de mayor prestigio y solvencia intelectual y literaria de la época, en 1947, donde el historiador arremetió frontalmente contra la supuesta traición de la clase política de los principios de la Revolución en su proceso de institucionalización. Sin el menor sentido de autocrítica, Cosío Villegas había estado activo en la configuración de varias instituciones del Estado. Sin su contribución en dicho proceso no podría comprenderse el financiamiento del Estado de dos instituciones independientes como el FCE y El Colegio de México.

El desenlace de la primera encrucijada del Fondo sucedió cuando las relaciones entre los dos directores ya se encontraban deterioradas y el mexicano le comunicó de manera informal al argentino su intención de reinstalarse en su cargo, al que tenía legítimo derecho. Sin embargo, el problema para el intelectual radicaba en la pérdida de su prestigio, ya que en ocasiones anteriores había anunciado su regreso a la Junta, pero en esta ocasión sólo solicitó a Orfila que entregara discretamente las llaves de la editorial al conserje y que se fuera sin comunicarle a nadie de su partida; era una provocación ante su incapacidad de procesar institucionalmente el conflicto con su Junta de Gobierno, la cual condicionaba su regreso a que asumiera su cargo como editor de tiempo completo. Decidieron urgir a Cosío a fijar su postura oficial, lo que provocó uno de sus desplantes característicos

y plasmó su renuncia y su firma en el margen de un periódico. Acto seguido, la Junta de Gobierno procesó la renuncia formal de Cosío y la ratificación definitiva de su director en funciones.

Los años cincuenta son un apartado luminoso en el itinerario del editor Orfila y, en general, para la historia cultural e intelectual mexicana. Una muestra había sido el traslado de la Universidad del centro al sur en la Ciudad Universitaria, el 20 de noviembre de 1952. Era lógico que sucediera lo mismo con el FCE con motivo de su vigésimo aniversario y el presidente Ruiz Cortines inauguró, el 10 de septiembre de 1954, las nuevas instalaciones de su sede principal en la avenida Universidad 975. Aquel edificio se convirtió en uno de los epicentros decisivos de la vida cultural mexicana de aquella década. Allí convergieron las veteranas generaciones de editores españoles y mexicanos que habían asumido la tarea de traducir de sus lenguas originales las obras más representativas de los clásicos modernos humanísticos. Las nuevas generaciones de editores, escritores e intelectuales mexicanos e hispanoamericanos, que por su juventud se encontraban en pleno proceso de formación, lo hicieron bajo la tutela de Orfila.

Esa convivencia con jóvenes se articuló en torno a figuras consagradas del exilio hispano como el director del Departamento de Difusión Manuel Andújar, o del poeta español Max Aub o del también experimentado editor Joaquín Díez-Canedo, por cuya iniciativa había surgido *Letras Mexicanas* en 1952. La colección fue determinante para la renovación de los cánones de la literatura mexicana, en comparsa con la actividad del periodista Fernando Benítez, director de *La Cultura en México* y después de *México en la Cultura*, ambos los más influyentes suplementos culturales y literarios de los años cincuenta y sesenta, cuyos colaboradores fueron Carlos Fuentes, Federico Álvarez, José Emilio Pacheco, Alí Chumacero, Julieta Campos, Elena Poniatowska y el artista plástico Vicente

Rojo, entre otros que según Federico Álvarez se caracterizaron como la “Mafia” entre los ajenos a los suplementos literarios, ya que su influencia era tan determinante que ser publicado en sus páginas podía representar el ascenso de una carrera en las letras como podría ser la de poeta, escritor o crítico literario.<sup>8</sup>

Tal vez los casos de Martí Soler y Elsa Cecilia Frost sean una muestra representativa del modo en que, a finales de los cincuenta y principios de los sesenta, los jóvenes que asistían al edificio del Fondo en calidad de amigos entretejieron relaciones afectivas y mientras fueron incorporando al trabajo editorial, conformaron la simiente de un grupo de maestros del oficio editorial y de profesionistas vinculados con este mundo. Soler entró por mediación de su paisano Andújar, mientras que la joven mexicana fue inducida por su tutor de tesis y encargado de la colección de Filosofía, José Gaos. La pareja contrajo matrimonio en 1963 y Frost llegó a ser una respetada académica y traductora en el Fondo y Siglo XXI Editores. En esta última casa editorial se forjaron nuevas generaciones de editores al amparo de Martí Soler.

Hubo un grupo de científicos sociales mexicanos y algunos autores europeos y norteamericanos que también eran asiduos asistentes a las tertulias realizadas en las instalaciones de la casa editorial. Víctor Flores Olea recordaba una de ellas en los siguientes términos: “Algunas gentes que estábamos cerca de Orfila y que teníamos una relación personal más allá de la del trato de trabajo. Él siempre

8 El suplemento *México en la Cultura*, del periódico *Novedades*, fue creado en 1949 por Miguel Prieto y lo hizo después Fernando Benítez. Publicó a escritores de la generación de los cincuenta y luego se integró el artista plástico Vicente Rojo como su diseñador. Su final sobrevino cuando Benítez fue separado de *Novedades* a principios de los años sesenta. La continuación del proyecto, con una consecuente radicalización, será en *La Cultura en México*, donde se denuncia el asesinato del líder zapatista Rubén Jaramillo. En general, las plumas que solían colaborar en el suplemento se convirtieron en los autores recurrentes del FCE, Ediciones Era, Joaquín Mortiz y posteriormente Siglo XXI.

trataba de integrarnos, siempre nos invitaba a alguna comida o evento especial en el Fondo de Cultura y así nos hicimos amigos personales de Orfila” (Flores Olea, 2016).

En este punto se comenzó a evidenciar el desplazamiento de los epicéntricos intelectuales provenientes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y de El Colegio de México por un nuevo polo articulado en torno a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, a manos de su director Pablo González Casanova y de su sucesor, Enrique González Pedrero, unidos a otros pensadores sociales como Víctor Flores Olea, los antropólogos Ricardo e Isabel Pozas y los economistas brasileños de la CEPAL que comenzaron a presentarse en las instalaciones y el catálogo de la casa editorial. El recambio generacional se manifestó en la aparición de revistas, instituciones académicas y nuevas perspectivas de análisis social que alcanzaron su apogeo en las dos décadas venideras.

Debemos remitirnos a la disolución del primer matrimonio de Orfila, con Elena Satostegui, que repercutió en nuestra historia editorial latinoamericana. Ella alcanzó a su esposo en México a un año de que Arnaldo asumió la Dirección del Fondo, pero ella nunca pudo adaptarse a la vida local y decidió volver a Argentina y, en junio de 1951, disolvieron su matrimonio en buenos términos, pero no dejaron de trabajar juntos hasta el final de sus días haciendo causa en común en la proyección hispanoamericana del libro mexicano. Satostegui asumió la gerencia argentina del FCE hasta su muerte en 1985 y se especializó en instalar sucursales de las editoriales mexicanas, primero en Chile en 1954 y en Perú y España en 1961. Ante la negativa del franquismo de repatriar a Andújar para hacerse cargo de la sucursal ibérica del Fondo de Cultura, ella eligió y formó en el oficio al joven comunista Javier Pradera.<sup>9</sup>

9 Abordar la biografía de los grandes editores es una tarea compleja porque se trata de un oficio

## Eudeba: un libro a precio de un kilo de pan

En términos simbólicos, nuestro editor cerró los años cincuenta como la mente responsable del diseño empresarial y del núcleo de la estructura del catálogo de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba). En 1958, el director Orfila fue convocado por un conocido suyo, Risieri Frondizi, rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA), para desplegar su propuesta reformista de universidad opuesta al modelo de universidad nacional de la tradición del populismo peronista, como señala Sandra Carli en *La universidad reformista versus la universidad nacional* (Carli, 2018). Primero se reclamaba la apertura de cara a la sociedad para convertirse abiertamente en uno de sus agentes básicos de la divulgación popular de las artes, la ciencia y la cultura. Para lograr dicho objetivo la UBA convocó a Orfila, por ser un especialista que había logrado concretar tal hazaña a través de la imprenta al frente del FCE.

Señalemos que hoy tenemos la excepcional oportunidad de consultar el programa de Orfila para dar vida a Eudeba, ya que por azares del destino se traspapeló y fue olvidado décadas en el archivo muerto de alguna dependencia del gobierno argentino. Es irónico que se salvara de su destrucción provocada por el manejo negligente de los archivos del medio editorial que han llegado a la situación de ser desechados en la basura por órdenes de sus directores, y, en otros casos mucho más dramáticos como los de la propia Eudeba, cuyos archivos y libros fueron perseguidos y quemados en hogueras en actos públicos para liberar al lector de las obras que la dictadura militar consideraba subversivas. Es posible consultar una síntesis de

---

que se despliega primordialmente en los entretelones de la industria cultural y es mucho más complicado abordar la biografía de las mujeres editoras, que han sido ignoradas por la historiografía. Entre las excepciones se encuentra el artículo sobre la excepcional labor de la gerente argentina del Fondo, “La esencial María Elena Satostegui”, publicado en la *Gaceta* (Vargas, 2013).

aquel plan original en la lúcida exposición de Gonzalo Álvarez, *Un editor de tres siglos* (Gonzalo Álvarez, 2015).

Las autoridades de la UBA buscaban adoptar un modelo empresarial vanguardista del Fondo. Se trataba de una empresa cultural de bien público puesta al servicio de la cultura, lo que significaba que, pese a que el FCE contaba de *facto* con el financiamiento asegurado del Estado, también estaba dotado de las herramientas de cualquier empresa comercial para distribuir y vender sus libros en el mercado nacional e internacional. Ningún individuo se beneficiaría directamente de las utilidades generadas por la empresa, pero el capital se reinvertía íntegramente en su programa de edición, lo que no implicaba privar a su director y a su equipo de colaboradores con salarios ni de las prestaciones sociales establecidas por la ley. Era una innovadora propuesta de reestructuración de una figura capitalista puesta al servicio de la cultura, una fórmula que el editor readaptaría al crear Siglo XXI Editores.

No es extraño, pues, que Eudeba surgiera como una empresa de participación mixta Estado-iniciativa privada en la que la Universidad asumió la responsabilidad de su financiamiento y la contribución particular fue simbólica para cumplir con el requerimiento legal para su formación. El plan de edición elaborado por Orfila no sólo delineaba los contornos de sus principales colecciones, que incluían secciones académicas, de divulgación popular y de integración latinoamericana. Además confeccionó una lista de títulos que deberían incluirse en cada una y, por si fuera poco, el veterano editor había hecho un estudio del mercado del libro argentino para que Eudeba elaborase una identidad gráfica para hacer los libros atractivos a los libreros y a los lectores. En teoría, Eudeba habría alcanzado su autosuficiencia financiera en un lapso no mayor de seis años si hubiera construido su propio sistema de distribución y comercialización con eficacia.

Aquella estancia no mayor de tres meses en su tierra natal culminó con la selección del que sería el primer gerente general de Eudeba. El proceso no fue ordinario porque, aparte de las entrevistas a los candidatos a conducir la editorial, Orfila solicitó que ellos lo invitaran a sus hogares para saber de primera mano cómo se relacionaba cada uno con los libros en su entorno más íntimo. La elección recayó en el matemático Boris Spivakov, quien comenzó una brillante carrera que sería sesgada por la dictadura militar en 1976, lo que lo condujo a crear su propia casa editorial con el Centro Editor de América Latina (CEAL).

## El origen intelectual de Siglo XXI

En los años sesenta, la historia política de América Latina vio la victoria de la Revolución Cubana en 1959, el FCE gestó su Colección Popular y su editor contrajo matrimonio por segunda ocasión con la antropóloga ítalo-francesa Laurette Séjourné. Los tres hechos conjuntos representaron un punto de quiebre que asentó los visos de la venidera revolución contracultural de dimensiones planetarias de la década, y provocaron la crisis de independencia del Fondo como parte del proyecto *sui generis* del nacionalismo cosmopolita, universal y crítico del Estado.

Por primera vez en la historia se cosecharían los frutos de las campañas estatales de alfabetización y del esfuerzo para desarrollar el gusto por la lectura entre los editores mexicanos, igual que en diferentes países en Hispanoamérica. Así, el FCE armó su Colección Popular con una doble finalidad: la primera responde a la difusión de autores de obras que ya figuraban en otras colecciones de su catálogo, mientras que la otra pretendía insertar al lector en los problemas sociales de aquellos años. El asunto fue abordado por Orfila

en una carta del 28 de junio de 1959, en la que anunció al arqueólogo Antonio Caso el nacimiento de la colección:

Fondo ha resuelto iniciar una nueva serie llamada “Colección Popular” y que siguiendo el sistema de los *Paperbacks*, incorporaría parte de las obras ya publicadas en distintas secciones y que han sido agotadas, algunos títulos que consideramos interesante difundir a gran escala... necesitamos ajustar despiadadamente los costos de manera despiadada para lograr un bajo precio de venta (AHFCE).

A diferencia de los Breviarios, una serie que apostó por la formación de un público lector, la Colección Popular se enfocaba en satisfacer la demanda del mercado, proceso en el que algunos autores consagraron su autoridad y prestigio como creadores literarios e intelectuales ante la masiva divulgación que abrió una posibilidad de consumo sin precedentes a los humildes libros de bolsillo, cuyos precios demandaban un esfuerzo económico de buena parte de sus potenciales compradores.

El director del Fondo de Cultura concebía los diferentes formatos de las nuevas colecciones como las dimensiones con las que se pretendía abarcar los diferentes tipos de lectores iberoamericanos. Están caracterizados en un “pedido de opinión” que Orfila dirigió a su esposa, María Elena Satostegui, en una carta fechada el 28 de abril de 1965 resguardada por el AHFCE, donde se manifiesta el interés de crear unos “cuadernos” con unos textos que tendrían un formato muy modesto para ser vendidos en los quioscos de periódicos. Ahí señala: “Tengo mucho entusiasmo por la idea porque pienso que sería el cuarto nivel de penetración que intentaríamos (libros normales-Breviarios-Colección Popular-Cuadernos)” (AHFCE, 1965).

Muchas lecturas populares se convirtieron en referencia de la formación literaria en la educación básica y media superior. Las

obras literarias indispensables para cualquier estudiante mexicano eran el *Popol Vuh*, o la novela de Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, y sus cuentos de *El llano en llamas*; para el bachillerato, *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz fue una lectura imprescindible y podemos agregar otros autores de menor influencia, aunque fueron decisivos en las letras mexicanas, como Rosario Castellanos, Fernando Benítez o el antropólogo Ricardo Pozas con su *Juan Pérez Jolote*.

El ensayo y las ciencias sociales encuadradas en la serie Tiempo Presente, representaron una contrapartida literaria dentro de la Colección Popular, pues irrumpieron pautadamente de manera consistente en los grandes debates y polémicas que determinaron el rumbo político, ideológico e intelectual de los años sesenta y setenta. *Los condenados de la tierra*, de Fanon, abrió el camino a la lenta descolonización intelectual del mundo no occidental, al demostrar que el racismo y la colonización fueron parte de los elementos estructuradores de la civilización capitalista, así como la irrupción de la Revolución cubana con *Escucha, yanqui*, del sociólogo estadounidense Wright Mills, traducido por Julieta Campos y Enrique González Pedrero, que se convirtió en un gran fenómeno de ventas al agotar en poco tiempo varias reimpressiones con tirajes de decenas de miles de ejemplares. De hecho, la embajada norteamericana presentó su inconformidad ante el gobierno mexicano porque su editorial, que era la de mayor prestigio y renombre en toda Hispanoamérica, comenzaba a difundir una versión crítica sobre la presencia del imperialismo estadounidense en la región.

La presión diplomática no mostraba haber tenido consecuencia alguna para la editorial, pero es significativa la ausencia en su catálogo de más libros sobre la Revolución cubana que acompañaran a *Escucha, yanqui*, tema que originó la historia de ERA, nombre que corresponde al acrónimo de los apellidos de los jóvenes exiliados españoles que la crearon: Neus Espresate, Vicente Rojo y José Azorín,

con su *Batalla de Cuba*. Sin embargo, es notable la ausencia del nombre de Orfila porque fue un gran simpatizante de la Revolución cubana, al punto de que él mismo participó en la toma de la embajada cubana para expulsar a la representación de la dictadura, un apoyo vitalicio que brindaron a la causa el editor argentino y su esposa y que se materializó en trabajos editoriales para su Instituto del Libro y la Casa de las Américas, además de que a su avanzada edad, el matrimonio, consecuente con sus principios, participó voluntariamente en la zafra cortando caña al lado de los campesinos de la isla.

Basta con consultar el obituario que redactó don Arnaldo en honor a Ernesto *Che* Guevara (Orfila, 1968) para tomar consciencia de la entrañable relación de amistad, respeto y la admiración entablada entre ambas personalidades —que sólo puede ser equiparada con la profunda afinidad de Orfila con dos autores y amigos suyos, Salvador Allende y Julio Cortázar—. El texto repasaba su relación, surgida en torno a la discusión que Orfila sostuvo alrededor de las perspectivas políticas del peronismo, la cual se suscitó en la redacción de una imprenta de la Ciudad de México ante un grupo de exiliados sudamericanos, entre quienes estaba un desconocido que argumentaba con pasión una postura contraria a la del consagrado editor que, con el paso del tiempo, resultó atinada. Quedó una profunda impresión de un joven que, sin tener la experiencia y el bagaje cultural de Orfila, fue capaz de interpretar en una clave alternativa el clima político de la época, y que encarnaría en la realidad los ideales de cambio social que él había sostenido a lo largo de toda su vida.

El asesinato del Che en Bolivia extinguió la relación del máximo exponente de la guerrilla latinoamericana con el más prestigiado difusor de la cultura en Hispanoamérica. Orfila partió a La Habana para negociar con Fidel Castro los derechos de la edición internacional del *Diario del Che en Bolivia* (1968), libro preclaro y muy exitoso de la floreciente Siglo XXI Editores. El otro caso, en Europa, lo tenemos en

el editor italiano Feltrinelli, autor de la biografía inconclusa de Fidel Castro, que se saltó las barreras burocráticas y se presentó en la embajada cubana con una maleta llena de billetes rotulada con la leyenda “Los beneficios de la publicación se destinarán íntegramente a los movimientos revolucionarios en América Latina”.

El matrimonio de Arnaldo y Laurette determinó sus vidas. Tuvo lugar el último día de enero y simbolizó la unión de dos tradiciones del pensamiento crítico moderno que provenían, por una parte, de América Latina y, por otra, de Europa. Había 14 años de diferencia entre el editor y la antropóloga y ambos ya habían recorrido el mundo. Ella tenía una profunda militancia comunista y antifascista. Nació en Perugia, Italia, en 1911, con el nombre de Laura Valentini Corsa, el cual cambió a Laurette Séjourné al adquirir el apellido de su primer esposo, un francés con el que no se entendió y se separó para compartir su vida con Víctor Serge, revolucionario soviético perseguido por Stalin en su exilio en Francia y que culminó en México, donde la pobreza quebró su salud en 1946 y dejó una viuda y dos huérfanos, Jeanine y Vlady Kivalchich.

Al desembarcar en nuestro país, Laurette traía consigo las tradiciones del marxismo crítico distanciadas del comunismo soviético. En Francia, como discípula de Claude Lévi-Strauss, contactó al núcleo estructuralista y el del surrealismo, donde entabló una cercana amistad con Leonora Carrington. Sin embargo, su proceso de ruptura con la ideología eurocéntrica tuvo lugar cuando asimiló la realidad mexicana, en concreto las culturas mesoamericanas, y en los años cincuenta se enroló en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y se integró a los equipos que participaron en las principales exploraciones arqueológicas en la península de Yucatán, en Oaxaca y, sobre todo, en Teotihuacán. Desarrolló una cosmovisión holística sobre Quetzalcóatl que no compaginaba con la interpretación predominante de los antropólogos consagrados, y,

por lo tanto, comenzó a ser excluida del medio y sus contribuciones habían sido olvidadas en el rescate de los murales en Teotihuacán.

Accedí a las vicisitudes del trabajo antropológico de Séjourné en su relación con Orfila por dos vías: Esperanza Rascón y Tatiana Coll. La primera acompañó a la pareja en el ocaso de sus vidas y realicé un conjunto de entrevistas con ella mientras consultaba los archivos de campo de la antropóloga y de la biblioteca personal de Orfila que ella subsidió hasta hace poco en Amecameca (Rascón, 2016). Trasciende que Laurette montó una galería de arte con apoyo de sus amigos europeos, sobre todo de su hermana, quien le enviaba obras de arte para apoyarla y a Jeanine y Vlady, los huérfanos de Serge. En aquella galería que algunas fuentes sitúan en Polanco —y otras en los alrededores del Centro histórico donde ambos personajes se relacionaron—, ella rompió los parámetros tradicionales porque Orfila sintió una verdadera admiración y fue cautivado por la presencia y la refinada cultura e inteligencia de la galerista, antropóloga y revolucionaria comunista. Sobre este punto, Eugenia Huerta relata cómo sucedió el encuentro desde la perspectiva de Orfila: “Arnaldo vivía cerca de ahí y entraba a la galería y veía los cuadros (él decía que Laurette nunca vendió un cuadro porque era muy tímida). En las escalas rumbo a su casa, le gustaba pasar por la galería a platicar con Laurette; se enamoraron y se casaron” (Huerta, 2016). Dos años después, esta versión me fue corroborada por Tatiana Coll, a la que el viejo Orfila consideraba su propia hija, quien había convivido toda su vida con la pareja de mexicanos nacidos en el extranjero.

Ella narra el primer encuentro desde la perspectiva de Laurette:

Quando todavía el Fondo de Cultura estaba en la calle Pánuco, en su primera sede, el relato empieza en que un día un amigo de Arnaldo llegó a las oficinas y le comentó “Oye, hay una francesita muy guapa y simpática que trabaja en la tienda de antigüedades aquí cerca, ¿ya la conociste?, ¿tienes que ir a verla!”; ni tardo ni perezoso, ese mismo día fue a verla todo coqueto y claro que le encantó y la invitó a salir. Ahí es donde Laurette dice que la engañó “porque esa primera cita fue la única vez en toda su vida que él no habló y me escuchó toda la noche hablar y hablar de mi antropología, yo le estuve hablando de mi pasión, de los descubrimientos de Teotihuacán y él muy calladito me escuchó y después, hasta ahora ya nunca me ha vuelto a escuchar, siempre está hablando él” (Coll, 2017).

Gracias a esta relación, Orfila hizo una concesión inusual al emprender la tarea de traducir obras que ya habían publicado las más prestigiadas casas editoriales en francés, empezando por *Pensamiento y religión en el México antiguo* (1957). En este momento nació la simiente de la síntesis de la cosmovisión entre el editor latinoamericano y la antropóloga europea.

## **De *Los hijos de Sánchez* a los hijos de Kafka**

En su correspondencia con Arnaldo Orfila, Carlos Fuentes resumió el conflicto desencadenado entre el aparato de la burocracia cultural oficialista y el director del FCE: el escándalo suscitado por *Los hijos de Sánchez* simplemente fue el pretexto para acabar con la metamorfosis que estaba sufriendo su catálogo volcado hacia la modernización ilustrada del pensamiento social y humanístico occidental

en nuestra lengua. El proyecto era heterodoxo, crítico y de integración latinoamericanista y se había fraguado en el ciclo de estabilidad política y económica entre el auge del nacionalismo revolucionario del cardenismo, donde tuvo su origen, y que cerró a finales de los cincuenta, y el agotamiento del modelo del desarrollo estabilizador. Los últimos años sesenta, con su conflictivo escenario internacional, hicieron estallar esa contradicción y cortaron de tajo su independencia y la posibilidad de integrar a su catálogo las vanguardias del pensamiento crítico.

El motivo del conflicto, por absurdo que parezca, no fue la aparición de *Los hijos de Sánchez* traducida en 1964, sino su reimpresión. El libro había aparecido en la transición en la que Gustavo Díaz Ordaz asumiría el poder, y su promoción se pospuso hasta al año siguiente, en una ceremonia organizada por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (SMGE) a la que asistió el presidente, la cual fue aprovechada para exigirle la destitución de un editor extranjero y comunista que publicaba libros contra la moral y que denigraban al gobierno. Así se obtuvo la autorización presidencial para procesar legalmente al editor de la cuestionable obra.

Hubo un intento fracasado de tomar por asalto la Dirección del FCE porque la SMGE, una institución marginal de nula trascendencia en el ámbito académico, no pudo sostener sola el peso del conflicto en contra de una de las instituciones culturales más prestigiadas del Estado. Luis Cataño y Morlet, su titular, ni siquiera era geógrafo, sino juez de un modesto juzgado local. Cuando interpuso la demanda contra el editor extranjero, sin calibrar la desigual confrontación, obtuvo la anulación completa de la querrela que pasó de la esfera judicial a librarse en la esfera pública como un escándalo internacional, donde el gobierno mexicano apareció como el principal responsable de atentar en contra de la libertad de expresión y de movilizar el aparato judicial para agredir a un editor por su labor

de difusión de una obra científica de carácter antropológico, un libro que enarbolaba su crítica hacia la incapacidad del Estado mexicano de incluir a amplios sectores subalternos de la población en los beneficios del desarrollo estabilizador.

Ni siquiera la dimensión de la presión nacional e internacional ejercida sobre el gobierno mexicano, lo hizo reclutar para su causa a ningún intelectual orgánico de primera línea que enarbolara públicamente la causa nacionalista de un presidente que ahora sabemos que, como su sucesor, fue agente de la CIA en México. El procurador de Justicia se abstuvo públicamente de ejercer la acción penal contra Orfila porque no había encontrado delito a perseguir. Lo extraordinario del caso fue que para justificar su decisión no se ajustó al marco legal vigente, sino que apeló a la licencia del historiador o el crítico literario al emprender un ensayo sobre los casos determinantes en la historia de la literatura en la que los editores se habían envuelto en querellas judiciales similares, sobre todo en Europa, e incluyó su propio análisis de las potencialidades ambivalentes de la obra en su carácter literario y de calidad científica.

*Los hijos de Sánchez* había propinado una insólita afrenta al presidencialismo mexicano en su intento de aplicar la fuerza del Estado para remover judicialmente al editor que proyectó el nacionalismo revolucionario alrededor del mundo, impulsando la traducción de obras de autores como Alfonso Reyes, Juan Rulfo, Octavio Paz y Carlos Fuentes, cuyos temas eran las manifestaciones tradicionales e históricas acopladas en la cultura universal. No obstante, pocos percibieron que la resolución favoreció a *Los hijos de Sánchez* y al director del Fondo quien, paradójicamente, quedó en la situación muy precaria de un humilde editor extranjero que había vulnerado el ego del titular del Ejecutivo de un régimen con vertientes cada vez más autoritarias, mismas que buscaban contener tanto la crisis social complicada por la creciente de la población urbana y por las

necesidades materiales y subjetivas de las clases medias que se catalizaban en sus movimientos estudiantiles.

La Junta de Gobierno del FCE había logrado captar la delicadeza de la situación en la que se encontraba la casa editorial, ya que la conformaban dos secretarios de Estado y otros tres integrantes históricos. A Orfila se le impuso la censura al negarle tres propuestas de edición. *La democracia en México*, de Pablo González Casanova, obra pionera de la nueva sociología mexicana y que por su trascendencia el editor argentino convenció a una joven editora de que la incluyera en el catálogo de ERA. En segundo lugar estaba un libro sobre la invasión estadounidense de República Dominicana ante el peligro de que la isla se convirtiera en aliada de Cuba. La tercera le negó continuar publicando *Los hijos de Sánchez*, que se remitió a la editorial Joaquín Mortiz, fundada en 1962 por Joaquín Díez-Canedo. Ninguno de los editores extranjeros responsables de casas editoriales mexicanas independientes sufrió represalias por haber publicado estos tres títulos vetados por la Junta del Fondo.

El desenlace del conflicto ocurrió cuando Díaz Ordaz intervino directamente la dirección de la casa editorial manipulando un procedimiento administrativo para obtener la “renuncia” del editor, a quien Díaz Ordaz consideraba impresentable por su doble condición de extranjero y subversivo. Para reconstruir esta parte de la historia recurriremos a los reportes de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), resguardados en el Archivo General de la Nación (AGN); paradójicamente, ningún documento de la salida de Orfila y de la creación de Siglo XXI Editores se resguarda en los acervos de ambas casas editoriales, pero los agentes de la temible policía secreta dirigida por Gutiérrez Barrios se encargaron de dar constancia del conflicto y del seguimiento de la vida cotidiana de Orfila y de los promotores de la nueva empresa cultural. Resulta significativo que el expediente del editor argentino comenzara con el arranque del conflicto y que, a

pesar de estar vinculado con los líderes políticos de los movimientos revolucionarios en el Caribe, Centro y Sudamérica, los sistemas de inteligencia no se molestaron en darle seguimiento porque era tan cuidadoso que no se inmiscuyó en los asuntos políticos mexicanos.

El primer acto del golpe fue el 8 de noviembre de 1965. Tras el fallecimiento de Ramón Beteta, a la sazón director de *Novedades*, se convocó de manera urgente a la Junta de Gobierno del FCE al despacho del secretario de Hacienda, Antonio Ortiz Mena, con el propósito de cubrir la plaza vacante que había quedado; el resto de la Junta lo conformaban el secretario de Educación, Agustín Yáñez, y dos de los fundadores de la casa editorial, Eduardo Villaseñor y el ingeniero Gonzalo Robles. Los empleados del presidente impusieron en la vacante al subsecretario de Hacienda, Luis Rodríguez y Rodríguez, para obtener la mayoría de votos necesarios para “renunciar” al director en funciones.

No importó que ambos secretarios de Estado fracasaran en ejecutar el mandato de su jefe, con todo el poder que les brindaba su posición, en comparación con Eduardo Villaseñor y Gonzalo Robles, que eran funcionarios bancarios de la iniciativa privada y que defendieron al editor de la única manera posible, negándose a firmar la siguiente acta. Al terminar la primera sesión, donde se instaló a Rodríguez en la vacante, de inmediato se convocó a la siguiente sesión para dar cauce a la “renuncia del señor doctor Arnaldo Orfila Reynal como director del Fondo de Cultura Económica, la que fue aceptada en vista de las razones expuestas” (AGN, 2019). Salvador Azuela se encargaría de comunicar su sustitución. Desde la perspectiva temporal, parece muy probable que ambas actas hubieran sido redactadas de antemano porque sigue siendo una práctica habitual en la administración pública solicitar una “renuncia” para no liquidar y dar entrada a un proceso laboral. Por lo tanto, era extraordinario resistir la arbitrariedad que el titular del Ejecutivo pretendía

cometer contra Orfila, al condicionar la firma de las actas para modificar la supuesta “renuncia” y que se constatará que la editorial fue la que prescindió de los servicios de su director.

Salvador Azuela estaba en contraposición y fue impuesto en la Dirección del Fondo. Su figura era periférica de la historia intelectual mexicana; había sido funcionario de la Facultad de Filosofía de la UNAM y dirigió el más oficialista de los centros de investigación, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), pero el rasgo determinante que volcó la balanza a su favor fue que en esos años, además de haber sido amigo de Díaz Ordaz, fungió como asesor presidencial, como consta en la tarjeta de presentación de este personaje contenida en el expediente de la DFS, con la que trataba de establecer las dimensiones de prestigio y autoridad de las partes en conflicto, que habían hecho imposible que Azuela ejerciera efectivamente el poder que le confirió el presidente durante más de un año. Ni siquiera pudo apoyarse en el equipo de colaboradores ya instalado, porque se perdieron los cuadros técnicos especializados en la edición y la contabilidad a causa de la “renuncia”, para integrarse a otras casas editoriales, en menor medida, a Siglo XXI Editores. Azuela tuvo que recibir un préstamo de emergencia de Hacienda para hacer frente a las liquidaciones de los empleados y del propio Orfila; no pudo controlar el presupuesto y las cuentas bancarias, y tampoco dio seguimiento a los negocios nacionales e internacionales de la editorial, porque ninguna entidad bancaria reconocía la validez del acta que le dio posesión del cargo.

Una muestra de la dramática situación que sufrió el FCE durante los primeros años de la era de Azuela fue que vivió de la inercia del trabajo del director anterior que tenía en marcha un programa de edición y de reimpresión proyectado para varios años adelante. El que fue asesor del presidente no era capaz de ejercer su cargo y mucho menos de cambiar la orientación del programa de

edición en curso. Tampoco logró detener la producción planeada de manera tan meticulosa y sistemática que durante los cinco años siguientes continuaron apareciendo novedades editoriales bajo el sello del Fondo.

En realidad, el presidente no había elegido a Azuela por sus capacidades como editor, sino para que recondujera la editorial al sendero del nacionalismo revolucionario y para ello no bastaba con separar a la cabeza, también requería el desmantelamiento institucional y de los agentes disidentes que hicieron posible que el FCE alcanzara la autodeterminación. Díaz Ordaz emprendió entonces una intensa campaña negra en contra de Orfila, la cual lo acusaba de malversar fondos financieros que, según él, podrían colocar al Fondo al borde de la quiebra. Todas esas acusaciones resultaron infundadas y también fracasó el intento de purificar la estructura de los agentes infiltrados de su antagónico sucesor, quienes siguieron desempeñando cargos de primer orden, siempre bajo la sospecha de seguir siendo leales al director de Siglo XXI Editores.

La evidencia de la campaña emprendida por Azuela para eliminar a los agentes comunistas más visibles de la casa editorial es la comunicación epistolar oficial que él remitió en 1968 a su gerente en España, Fermi Estrella Bustamante, que sustituyó al fundador comunista de la sucursal, Javier Pradera. En aquella carta, el asesor del presidente conspira contra una subordinada suya a cargo de la gerencia argentina:

El asunto es muy delicado porque no le tengo la menor confianza a la actual gerente de la sucursal que como usted sabe fue la primera esposa de Orfila y sé que sigue a su servicio... Dispénsame la confianza que me tomo en el caso —es de la mayor reserva— pero antes debo comprobar la lealtad de la señora Satostegui al Fondo, a través de quien escojamos para la subgerencia (AHFCE, 1968).

Conviene comprender que estamos ante una elaborada inteligencia difícil en el momento en que un funcionario público deja constancia en los archivos ordinarios de la institución que tiene a su cargo su correspondencia de “mayor reserva”. Al final Azuela completó su periodo al frente del FCE y su carrera como editor, pero cumplió con la misión encomendada de suprimir la independencia de la casa editorial, al disolver el fideicomiso en favor del gobierno federal representado por la Secretaría de Hacienda. La argentina Elena Satostegui continuó siendo leal hasta sus últimos días a la causa de la difusión de la cultura mexicana y de sus libros en el extranjero, como gerente del Fondo, pues instaló la mayoría de sus sucursales en Iberoamérica. Asimismo, se mantuvo fiel a Orfila al ayudar a abrir las sucursales argentina y española de Siglo XXI Editores.

Volvamos al desenlace de la historia de Orfila al frente del FCE que, al siguiente día en que la Junta de Gobierno pidió su “renuncia”, fue convocado para el 9 de noviembre de 1965 por el subsecretario de Hacienda, Rodríguez y Rodríguez, en el entendido de que discutirían el subsidio del presupuesto del siguiente año de la editorial, pero cuando el editor llegó a la cita se le solicitó su renuncia porque el presidente había considerado necesario sustituirlo por su condición de extranjero por un mexicano, y que tenía que entregar de inmediato las instalaciones a su sucesor. En términos cuantitativos, el saldo final de los 17 años de la era de Orfila fue la aparición de 1,206 títulos y la reedición de 622, lo que se sumó a las 591 novedades y 47 reimpressiones de la administración de Cosío. Lo más significativo pudo ser que Orfila logró que 130 títulos originales del Fondo fueron traducidos e integrados a los catálogos de las principales editoriales internacionales.



## Siglo XXI Editores, la revolución latinoamericana del pensamiento crítico contemporáneo

### La noche del Club Suizo

La noticia de la defenestración de Arnaldo Orfila Reynal corrió como pólvora y comenzó a gestarse su desagravio. La tarde del 9 de noviembre de 1965, de manera espontánea, una pléyade de personalidades de los más diversos campos del quehacer cultural, académico y hasta empresarial acudieron al departamento del matrimonio Orfila-Séjourné, ubicado dentro de las instalaciones del FCE en avenida Universidad. En aquella reunión informal surgió la idea de restituir al editor latinoamericano al frente de una nueva casa editorial independiente. Este arranque del movimiento de resistencia contracultural radicó en que Orfila fue un sujeto pasivo, mientras que los intelectuales que se habían articulado en torno a su figura durante los años cincuenta fueron los precursores de la nueva empresa cultural.

Mientras los Orfila-Séjourné atendían como anfitriones de la reunión a decenas de personalidades, aparte, se integró un grupo encabezado por tres figuras: el astrónomo Guillermo Haro, su esposa Elena Poniatowska y Fernando Benítez, quienes organizarían un acto colectivo de desagravio de su editor. Aquella tarde, el interlocutor del grupo ante el veterano editor fue Enrique González Pedrero. El futuro

gobernador de Tabasco le comunicó la decisión de crear la Editorial Orfila y para preguntarle cuánto dinero se requeriría para echarla a andar. Orfila rechazó el nombre y propuso el de Siglo XXI Editores; sobre el capital, calculó cerca de un millón de pesos. También se resolvió cuál sería su primera sede, una casa prestada por Elena Poniatowska muy cerca de las instalaciones del Fondo.

El nacimiento público de Siglo XXI Editores, S.A., con su emblemático lema: “Una editorial de México para América Latina”, tuvo lugar la noche del 18 de noviembre de 1965 en las instalaciones del Club Suizo de la Ciudad de México. Arnaldo Orfila Reynal fue objeto de un homenaje reivindicatorio por parte de la élite de la comunidad intelectual mexicana que respaldó la nueva empresa editorial mediante donaciones económicas, así como de toda clase de obras artísticas que serían subastadas para obtener los recursos indispensables. Resultó trascendente en la historia intelectual mexicana la capacidad de Orfila para convocar en un lapso tan breve a intelectuales mexicanos y latinoamericanos que, según la mitología de la creación de Siglo XXI Editores, fueron trescientos de primera línea que rompieron lanzas por su editor y, de manera solidaria, adquirieron las primeras acciones de la empresa.

Como cualquier mito, hay que pasarlo por una perspectiva crítica para cobrar conciencia de lo que en realidad ocurrió por encima de esta versión autocomplaciente, sobre todo para los actores que se involucraron en el proceso y que, tal vez, no tuvieron el peso protagónico de quienes la difundieron durante décadas en la esfera pública. De nueva cuenta, los informes de los agentes de la DFS nos proporcionan la clave pormenorizada que podría alcanzar los trescientos asistentes, puesto que los intelectuales fueron acompañados por sus esposas y familiares. Lo más trascendente de los reportes es que mostraron lo que se dijo y cómo fue expresado. En primer lugar, los agentes infiltrados tomaron nota de los pormenores,

desde las placas de los vehículos de los convidados, y se calculó la asistencia entre 150 y trescientos. Al cruzar la información de tres diferentes agentes, que se incluyen en los expedientes del Fondo, AOR y de Elena Poniatowska, podemos establecer su presencia.

La lista es encabezada por Víctor Rico Galán, Alonso Aguilar Monteverde —economista responsable del sello editorial *Nuestro Tiempo*—, Fernando Carmona, Carlos Fuentes, los antropólogos Ricardo Pozas e Isabel Horcasitas, Ángel Bassols, Jorge Luis Rojas, Caridad Proenza de Rojas, Jorge L. Tamayo, Martha López Portillo de Tamayo, Francisco González Casanova, Enrique Bordes Manguel, Rodolfo Puiggross, Roque Monteforte Toledo —sociólogo guatemalteco exiliado—, Luis Suárez —futuro director de la colección de *Psicoanálisis*—, el escritor José Revueltas, María Teresa de Revueltas, la argentina Sara Goldenberg, Javier Peñalosa, el economista José Luis Ceceña, el literato Emmanuel Carballo, el filósofo y novelista Salvador Reyes Novares, el antropólogo Antonio Caso, Daniel Cosío Villegas, Armando Suárez —psicoanalista mexicano y futuro director de la colección *Psicología y Etiología de Siglo XXI*—, el filósofo Luis Villoro, Carlos Landeros, José Giacomoni Palacios, Luis Boris Rossen, José Luis González, Héctor Flores, el escritor Javier Peñalosa, José Emilio Pacheco, el poeta Marco Antonio Montes de Oca. También estuvo la generación de creadoras literarias como la cubana Julieta Campos, Norma Castro, Inés Arredondo o Rosario Castellanos, además de María Elvira Bermúdez, Cecilia Ortiz, Dolores Puche, Fernando del Paso, Juan Rulfo, Socorro G. del Pozo, Benjamín Carreón, José Emilio Pacheco, Bertha Maldonado, Guillermo Prieto, Mercedes Pascual de Flores, el abogado Emilio Krieger —histórico asesor jurídico de Siglo XXI—, el periodista y académico Gastón García Cantú, Enrique Beltrán, Rafael Villaseñor, Juan Comas, el impresor español Rafael Jiménez Siles, Rafael

Jiménez Navarro, el filósofo republicano Adolfo Sánchez Vázquez, el escritor Jorge López Páez y Fray Alberto de Ezcurdia.

De manera inexplicable, los informes de inteligencia omitieron la presencia de la representación cubana en la cena del 18 de noviembre de 1965, para favorecer la causa del editor, pero él mismo la confirmó de propia voz en una entrevista para *Proceso*. En ella constata que Roberto Fernández Retamar<sup>10</sup> era emisario de Haydée Santamaría —guerrillera y fundadora del centro cultural Casa de las Américas—, quien le ofrecía encargarse del Instituto del Libro con Casa de las Américas (“Orfila Reynal, del Fondo de Cultura a Siglo XXI”, 7 de abril de 1987).

Los agentes procedieron a narrar que el maestro de ceremonias fue el editor comunista Lautaro González Paucel, en tanto que los discursos corrieron a cargo del astrónomo Guillermo Haro, el economista Jesús Silva-Herzog, el periodista cultural Fernando Benítez, el propio Arnaldo Orfila Reynal y, en representación de los intelectuales argentinos, el historiador José Luis Martínez. Toda intervención de las personalidades realizó su propio balance del legado como editor de Orfila a la difusión de la cultura y la consolidación de la identidad mexicana forjadas al frente del FCE. El discurso del encargado de *México en la Cultura* nos puede brindar las claves de la dignificación que recibieron las figuras del creador literario y del intelectual ante la emergente figura de un editor profesional.

10 Roberto Fernández Retamar, cubano de nacimiento fue presidente de la revista *Casa de las Américas* desde 1959 y es poeta, ensayista y promotor cultural. En 1948 abandonó la carrera de arquitectura e ingresó a Filosofía y Letras. Durante sus años de estudiante universitario participó en actividades políticas y en la formación de la Sociedad Cultura Nuestro Tiempo (1951) y obtuvo el Premio Nacional de Poesía con su libro *Patria* (1949-1951). Es un intelectual que apoyó el proceso revolucionario de su país y, al triunfo del movimiento, casi de inmediato se creó Casa de las Américas, encabezada por Haydée Santamaría. Por eso no resulta extraño que Laurette Sejournné y Arnaldo Orfila se convirtieran en colaboradores regulares de la publicación.

AOR fue quien dio cabida a los escritores mexicanos, quitando de la mente de muchos grandes literatos, la idea de que la literatura mexicana, era cursi y anticuada; dio acceso e impulsó al intelectual mexicano quien antes mendigaba ante las grandes editoriales para que les fueran aceptadas sus obras... lograron ver realizados sus anhelos y ahora ante la destitución de AOR, las letras mexicanas entran en proceso de retroceso (AGN, 2019).

Existían otras prestigiadas casas editoriales, como Porrúa, que publicaban literatura de autores mexicanos pero su circulación se restringía al consumo local y difícilmente alcanzaban una distribución nacional. En cambio, desde sus orígenes el FCE se proyectó como una empresa cultural hispanoamericana que vendía más de la mitad de su producción en el extranjero, y que se encontraba volcada hacia la traducción de los clásicos modernos del pensamiento humanístico y social de procedencia occidental; muchas de esas traducciones o la tarea de corrección de estilo fueron realizadas, a falta de especialistas, por poetas y escritores locales. Cuando Joaquín-Díez Canedo armó Letras Mexicanas en 1952, la colección se insertó en uno de los catálogos de mayor prestigio en lengua española y probablemente de todo el mundo.

Orfila encarnó, pues, la evolución del oficio de editor profesional moderno que dio pie a una nueva estirpe de escritores que también se profesionalizaron y podían vivir del fruto de la creatividad de sus instrumentos de escritura. Aunque todavía eran una minoría privilegiada, la inserción de los creadores literarios al catálogo del Fondo los dotó de una proyección internacional sin precedentes que contribuyó a la renovación del canon mexicano de mediados de siglo. Dicho proceso puede establecerse desde los casos de éxito en los que Orfila participó con Díez-Canedo, el ya mencionado promotor de Letras Mexicanas, pero también por los errores de criterio que evitaron que grandes obras literarias se integraran al catálogo, caso en el que

se encontraron Juan Rulfo y Gabriel García Márquez. Es del dominio público que Orfila fue el editor de las dos únicas obras del autor que cambiaron el rumbo de la literatura mexicana, con *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*, pero es poco conocida la anécdota contada por Federico Álvarez en su ensayo *Tiempos en conflicto. Novela e historia (sobre la creación de La consagración de la primavera)* (2006), que el editor argentino tuvo en su escritorio el manuscrito de *Cordillera*, de Juan Rulfo, y que al día siguiente de habérsela entregado la solicitó de vuelta para perderla para siempre y nunca ser publicada. Fue obvio que el curtido editor no era infalible y que cometió un error inconmensurable al dejarse arrebatar de las manos una obra de un prestigiado autor que difícilmente le daría una obra de nuevo y que, de manera paradójica, años atrás él había sido el editor que hizo pública la obra de un joven y tímido escritor, una anécdota que Orfila rememora en los siguientes términos:

Gracias a esa colección [Letras Mexicanas] descubro a gente como Rulfo. Soy yo quien lo recibe; me acuerdo que entra tímidamente, acompañado de José Luis Martínez. Me lo presenta José Luis y me dice: “Este es un joven escritor que tiene un libro de cuentos muy interesante: *El llano en llamas*”. Rulfo se sentó ahí muy quietito, no hablaba casi nada y me dejó su libro, y se lo publiqué (López López, 1993).

El otro caso fue narrado por el editor argentino Schavelzon en su blog personal especializado en el mundo editorial hispanoamericano (Schavelzon, 2014). Cuenta que fue testigo de primera mano del incidente que despertó la animadversión de por vida de García Márquez hacia el editor porque consideró que lucraba del esfuerzo del escritor pues el FCE, en especial Orfila, rechazó *Cien años de soledad* y sus demás obras, a pesar de que vivía de escribir guiones cinematográficos junto a otras jóvenes promesas de la literatura

mexicana; vivía al sur de la Ciudad de México como un total desconocido en condiciones precarias junto con su esposa. Además de haber sido rechazado por las principales editoriales mexicanas, tuvo que financiar de su propia bolsa *Los funerales de la mamá grande* para la Universidad Veracruzana. Sin embargo, su consagración como escritor profesional llegó cuando encontró a su editor en Paco Porrúa, quien le dio refugio en Sudamericana y lo integró al catálogo al que le era fiel Julio Cortázar.

De vuelta al planteamiento en el discurso de Fernando Benítez sobre la dignificación de la relación entre el creador literario y el editor, se debe señalar que ésta prosperó por las condiciones estipuladas para ambas partes en el contrato respaldado por la Convención Internacional de Derechos de Autor de 1952, y por el marco legal mexicano de derechos de autor. Orfila pactaba con el autor las condiciones materiales de la publicación, desde sus aspectos técnicos como el tiraje y el formato del libro, hasta la colección donde se integraría la obra, pasando por el monto de los derechos de autor y las regalías para brindar al autor el derecho de conocer el desplazamiento comercial de sus obras.

Uno de los puntos sensibles de aquellos contratos consistía en que si el autor no contaba con un representante profesional de su obra, el Fondo asumía la tarea de promover no sólo su traducción a otras lenguas, sino que se convertía en el agente que iba a negociar sus adaptaciones en formatos teatral o cinematográfico. A cambio, la casa editorial cobraba una comisión por la intermediación en la venta de los derechos internacionales que, durante su gestión, alcanzaron los 120 títulos. Es probable que Carlos Fuentes encarnara el ascenso del escritor profesional. En su correspondencia personal es clara su conciencia de que Orfila complementaba la labor de agente literario en el momento de negociar con otros editores y para adaptar

sus obras a otros formatos que le redituaran regalías por sus derechos de autor (Fuentes y Reynal, 2013).

Para cerrar el tema del origen de la última empresa con la que Orfila consagraría su legado como editor, reproducimos el discurso que ofreció y que fue transcrito por los agentes policiales presentes que plasman con nitidez los valores culturales de vanguardia crítica que caracterizaron a la nueva casa editorial:

La propuesta de varios intelectuales latinoamericanos de crear una nueva editorial, la cual, con razón ha sido denominada Siglo XXI, ya que será perenne y los nuevos valores de la cultura del siglo venidero, estarán presentes en dicha Editorial... en ella tendrán cabida únicamente las ideas que eleven la cultura, ya que se rechazará la vulgaridad, la pluma estúpida y burocrática. Se buscará llegar a las masas por medio de los libros de técnica o de ciencia, con ideas actuales, pero que eso sí, no se buscará que los libros sean vulgares, ya que se buscará que la masa tenga acceso a la nueva Editorial, por medio de libros fáciles de comprender, rechazando todo lo vulgar y mediocre, veo con beneplácito que hoy, cuando me encuentro destituido, los intelectuales revolucionarios de México y de América Latina, cierran filas ante la brillante oportunidad de ahora sí, sin la intervención del gobierno, formar y constituir una editorial exclusivamente para dar cabida a las ideas modernas, a las ideas que habrán de liberar a nuestros pueblos (AGN, 2008).

Aquella noche se abrió un nuevo capítulo de la historia intelectual mexicana que cambiaría el rumbo de la historia de las letras impresas en lengua española. La creación de Siglo XXI Editores se insertó en el ciclo de las grandes rebeliones contraculturales de los años sesenta que tuvieron lugar en el planeta entero. Su creación fue resultado de un esfuerzo colectivo de resistencia frente al presidencialismo priista en su versión más represiva, la del sexenio de Gustavo Díaz Ordaz.

Desde la iniciativa privada y de manera solidaria, se reivindicó al veterano editor mexicano de origen argentino confiándole una empresa cultural cuyo nombre enarbolaba un visionario programa cultural e intelectual de vanguardia crítica que le arrebató la hegemonía al decadente proyecto nacionalista de la burocracia cultural oficialista, con sus intelectuales orgánicos a la espera de usufructuar el beneficio personal y de grupo en las instituciones culturales del Estado. Sucedió con el Fondo tras la pérdida de su autonomía, como consta en una carta muy posterior remitida por Octavio Paz a Jaime García Terrés. En ella le reclama como funcionario por su descuidado manejo de la relación con los autores, aunque le expresa su admiración como poeta en los siguientes términos: “Mi antigua, aunque infortunada relación con el FCE (salvo en la época de Arnaldo Orfila Reynal que me trató como el que quise ser siempre: un autor de la casa), mi afecto hacia ti (al compañero poeta)”.

## **Todo surgió en un viejo Ford 47**

El siguiente pasaje de la historia del nacimiento de Siglo XXI Editores no se disputó en la esfera pública; ya dependía totalmente de la capacidad del veterano editor rioplatense montar desde cero y con sus propios medios económicos, una empresa cultural independiente de dimensiones iberoamericanas. En este punto la historia se despliega en dos vertientes: una es de carácter intelectual y la otra de índole operativa. La primera fue resuelta por Arnaldo y Laurette en una estancia de veinte días que ambos tuvieron en una de las casas de campo de su viejo amigo Eduardo Villaseñor, situada en Tepoztlán, Morelos, a la que fueron acompañados sólo por su máquina de escribir, un paquete de hojas y unos lápices con los que le dieron forma al programa de edición de los primeros 21 títulos que abrieron el catálogo de Siglo XXI.

Para las funciones operativa y logística, Orfla se rodeó de cuatro de los más jóvenes de sus antiguos colaboradores, entre los que se encontraban el editor catalán Martí Soler, como responsable del departamento técnico; el guatemalteco Rodrigo Asturias, encargado del área de ventas que había sido auxiliar de difusión del FCE —según consta en su expediente de la DFS entró en nuestro país por la frontera sur como asilado político y, además, era hijo del Nobel de literatura Miguel Ángel Asturias (AGN, 2019)—, y su estancia en Siglo XXI abarcará seis años porque abandonó la editorial para integrarse al proceso revolucionario guatemalteco bajo el pseudónimo del comandante *Gaspar Ilom*; Concepción Zea se convirtió en la responsable de la administración y la contabilidad, y, finalmente, Federico Mijangos, un joven con la mayoría de edad apenas cumplida, se hizo cargo del almacén como lo había hecho en el Fondo siendo menor de edad.

La historia de la relación del director de Siglo XXI con Federico Mijangos era diferente del resto del núcleo fundacional. Se estableció a través de Laurette Séjourné, que tenía a su mamá en el servicio doméstico y es la antropóloga quien se vincula con él desde su niñez. Entre sus recuerdos más remotos está que el matrimonio lo llevaba a acompañarlos al trabajo de campo arqueológico de Laurette en Teotihuacán, de modo que fue un testigo íntimo que me aportó datos con la condición de que pudiera narrar las dramáticas condiciones que debió sortear el núcleo fundacional para echar a andar el primer lote de 10 de los 21 libros que aparecerían bajo el sello de Siglo XXI a lo largo del segundo semestre de 1966.

Para entrar en contexto, se debe señalar cómo se estructuró el modelo empresarial de Siglo XXI Editores que asumió la forma jurídica de una sociedad anónima. Sin embargo, en la práctica fue reconvertida en una empresa al servicio de la cultura y sin fines de lucro. Durante los 23 años de la gestión de Orfla ningún accionista

reclamó el derecho sobre los rendimientos de sus utilidades. Hubo un acuerdo tácito de que éstas fueran reinvertidas en su totalidad, con el objetivo de recapitalizar permanentemente a la casa editorial. Contamos con dos voces protagónicas que convivieron con Orfila en diferentes momentos. La primera es del editor español Federico Álvarez:

cada cual puso sus mil pesos [por cada una de las acciones]. Aunque jamás vimos nada de las utilidades de esas acciones porque esto iba en contra de los principios de Orfila, ¡que el dinero generara dinero!, y él convencía a los poseedores de estas acciones de que se reinvertieran los rendimientos para mantener lo más bajo los precios de los libros (Álvarez, 2016).

En este sentido, Flores Olea recalca también la cuestión:

Yo firmé eso como socio fundador [6 de marzo de 1966], probablemente debía recibir unas acciones por ser socio, pero nunca las recibí por razones administrativas de la nueva empresa o más porque nunca me presenté ahí a demandarlas [...]. A nosotros no nos interesaba tener acciones, sino que se hicieran y publicaran libros en la nueva editorial (Flores Olea, 2016).

Cuando Orfila y Séjourné se dieron a la tarea de echar a andar Siglo XXI Editores ya rondaban los setenta, él, y ella los 54 años. Se encontraban en plena mudanza a la casa de Gabriel Mancera prestada por Poniatowska, que se encontraba en pleno proceso de remodelación para albergar su hogar y la sede de la casa editorial, por lo que el veterano editor tuvo que emprender su trabajo desde unas oficinas que la asociación bancaria le facilitó, pero en aquellas precarias condiciones su viejo Ford 47 se convirtió en esos primeros meses en su oficina ambulante, con la que recorrió la ciudad en busca de los

autores, traductores, impresores y para cerrar los negocios necesarios de la empresa cultural de dimensiones iberoamericanas.

El problema primordial para Orfila era hacer efectivo el pago de las acciones que había suscrito aquel ejército de intelectuales y empresarios que lo respaldaron públicamente la noche del 18 de noviembre de 1965 —cada acción se podía liquidar en una sola exhibición o hasta en tres abonos—. Sin embargo, el editor se frustra ante el hecho de que los recursos económicos no llegaban ni en el volumen ni en las fechas en que los suscriptores se habían comprometido. Ante el cuestionamiento sobre cuál había sido su primera asignación, Mijangos dio una respuesta tan sincera como sorprendente:

Se podría decir que fue mi primer cargo, además del almacén. Rodrigo Asturias y yo nos poníamos de acuerdo y me decía: “Ahora vas a cobrar esto...”. Cuando yo regresaba sin poder cobrar nada, el doctor Orfila se enojaba y decía: “¡A mí me gusta que me digan la verdad! ¿Por qué no te pagaron?”. Yo me sentía muy mal porque yo estaba viendo la actitud de cada uno de los accionistas que no querían pagarme. Porque ellos me decían: ¿y si el proyecto quiebra?, ¿en dónde voy a recuperar mi dinero?, ¿qué beneficios tengo? Entonces le decía: “No me pagaron doctor” (Mijangos, entrevista personal, 2016).

La solución provino de nueva cuenta de los banqueros mexicanos, cuya historia se remonta a la formación del Fondo en 1934 y más de treinta años después se hicieron presentes de nuevo en la consolidación de la estructura financiera de Siglo XXI Editores, en especial, con una figura que fue partícipe de los dos procesos, el economista Jesús Silva-Herzog.

En una ocasión llegué con otros funcionarios y me hablaron de las acciones: “pero muchacho, esto es puro papel, ¿qué respaldo hay?” Y uno

de ellos dijo: “¿ves esto?, esta es la firma de don Roberto López del Banco de México”, y se quedan sorprendidos todos de que un funcionario así estuviera firmando los recibos de Siglo XXI. Entonces, cada vez que me preguntaban yo sacaba mi recibo y decía: “Mire, es la firma de don Roberto López”, y ya se sentían seguros y pagaban (*Ídem*).

El testimonio de Federico Mijangos revela la capacidad de Orfila de articular, en las crisis en torno a su proyecto, a dos comunidades antagónicas: los intelectuales que lo respaldaron con su prestigio en la esfera pública y el sector bancario que construyó el andamiaje financiero, empresarial y hasta jurídico de Siglo XXI Editores. Esta etapa de su historia culminó con la aparición de los primeros diez títulos en las librerías de la Ciudad de México. A partir de ese momento, el futuro de la editorial fue determinado por sus ventas.

## Los primeros 21 de Siglo XXI

El primer paso para establecer el programa de edición de la pareja Orfila-Séjourné consistió en establecer que la nueva editorial sólo publicaría obras inéditas en nuestra lengua. Así contuvieron la intención de los autores de retirar sus obras en posesión de otros editores y respaldaron el proceso de la conformación del catálogo de Siglo XXI y, a la vez, se evitaba la animadversión de sus colegas. El siguiente reto era determinar cuáles obras en proceso de edición se podrían trasladar del FCE al nuevo catálogo sin romper con la legalidad y no desencadenar un conflicto. Algunos de los creadores literarios cuyas carreras se encontraban en pleno ascenso, como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias o Julio Cortázar, pusieron sus plumas en marcha para que sus obras se convirtieran en la simiente.

Antes de proseguir con el análisis cualitativo sobre algunos de los elementos más relevantes del núcleo originario del catálogo, es necesario saber cuáles fueron los primeros 21 títulos que aparecieron en dos lotes a lo largo de 1966. El primero vio la luz el 1 de octubre de 1966 y el restante en la primera quincena de diciembre.

La serie es encabezada por la colección de Filosofía con *Heráclito*, de Rodolfo Mondolfo, seguido por la serie de Arqueología y Antropología con los libros de Laurette Séjourné, *Arquitectura y pintura en Teotihuacán y Antropología, el lenguaje de las formas en Teotihuacán*, y *La casa del mañana*, de Emmanuel Besnadac. De la colección Creación literaria tenemos *José Trigo*, de Fernando del Paso; *Aquí, allá, en esos lugares*, de Raúl Navarrete; *Poesía en movimiento* (1915-1966), antología elaborada por Paz, Aridjis, Chumacero y Pacheco. De la Colección Economía y demografía: *Bases para la planeación económica y social de México*, de Horacio Flores; *Planificación del desarrollo industrial*, de Héctor Soza Valderrama. De la serie Economía y Demografía: *Países pobres, países ricos: la brecha se ensancha*, de Zimmerman. En Educación, *Educación y desarrollo físico*, de Tanner. En El Hombre y las Ideas: *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, de Ezequiel Martínez Estrada. En Psicología y Psicoanálisis: *Técnicas psicoterapéuticas en medicina*, de Michael Balint; *Historia natural de la agresión*, de J. D. Carthy; *Psicología y psicopatología de la vida amorosa. Una introducción a la psicología profunda de la sexualidad*, de Josef Rattner. De Salud y Sociedad: *Pediatría accesible*, de Joaquín de la Torre; *El nacimiento de la clínica*, de Michel Foucault. Sociología y Política: *No es fácil el camino de la libertad*, de Nelson Mandela; *Neocolonialismo: última etapa del imperialismo*, de Kwame Nkrumah, y *El Tercer Mundo. Una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales*, de Peter Worsley.

Cortázar se tomó la licencia, en complicidad con su editor, de contribuir poniendo en marcha un antiguo proyecto que había

venido posponiéndole por la lealtad del autor de *Rayuela* a su editor español, Paco Porrúa, de Sudamericana: crear un Breviario caótico. Desde su autoexilio parisino asumió una inusual relación con su compatriota porque ambos eran conscientes de la necesidad de trasladar la fama y el prestigio de Cortázar a la configuración del catálogo, por lo que Orfila hizo una serie de concesiones inéditas en su vida que no volvería a hacer, rompió con su filosofía de austeridad en el formato de libro en aras de elevar el nivel cultural con su consumo masivo. El experimento produjo dos obras que pueden ser consideradas como un libro-objeto, cuya radicalidad y belleza estética solamente puede constatarse con la primera edición de *La vuelta al día en 80 mundos* (1967) y *Último round* (1969), ya que en sus reediciones se presenta una versión en un formato rústico que lamentablemente rompe con su esencia original, pero eso merece un análisis aparte.

Respecto al *Heráclito* del filósofo argentino Rodolfo Mondolfo, con base en la máxima dialéctica de que “nadie se baña en el mismo río dos veces”, se convirtió en el libro insignia del catálogo. No sorprende que la dialéctica, con su contradicción inherente entre la continuidad y la ruptura de la tradición, sea el tema que abrió plaza a esta nueva empresa cultural vanguardista que buscaba diferenciarse del núcleo del cual se desprendió, el Fondo de Cultura Económica. Al consultar el AHFCE del autor, nos encontramos de nuevo con la preocupación de Orfila para incluir a la dialéctica dentro de los Breviarios, como muestra una carta fechada el 7 de agosto de 1950. En ella hace notar a Mondolfo que no existía en nuestro idioma una obra sobresaliente sobre el tema. Sin embargo, el filósofo se negó en aquella ocasión de emprender el libro porque había sufrido una tragedia personal, pero se integraría como autor de la casa con un par de obras diferentes. Ese viejo proyecto de la dialéctica se concretaría hasta 1966.

Este proceso de acumulación de capital simbólico del catálogo se dio a través de la inclusión de autores jamás publicados como Fernando del Paso con su *José Trigo*, una novela de ruptura dentro de la narrativa mexicana, y figuras consagradas como Octavio Paz y Carlos Fuentes adquirieron una relevancia trascendental. El embajador de México en la India logró reunir, junto con Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis, una de las mejores antologías de poesía mexicana de la segunda mitad del siglo xx. Fue una proeza porque en la correspondencia con sus socios, Orfila asumió la tarea de intermediario de las polémicas, los conflictos y los malos entendidos surgidos de un proyecto epistolar impulsado desde la India. Paz desplegó así el proyecto colectivo más importante de su vida, justo a tiempo para conformar aquel lote original de 21 libros.

A Carlos Fuentes le tocó un panorama diferente al de otros creadores en cuanto a respaldar a su editor, no se limitó a la creación de una obra como *Zona sagrada*, que se integraría al catálogo en 1967, sino que se convirtió en el agente editorial de Orfila ante sus colegas sudamericanos exiliados en París, que en los años sesenta y menos en los setenta se convirtió en un epicentro esencial de la vida literaria latinoamericana. También intermedió con editores franceses como Maspero y Gallimard para adquirir los derechos de obras muy concretas. Orfila le solicitó interceder ante Gallimard, con Nora Katelitz, para que asegurara los derechos de *Las palabras y las cosas*, que fue un fenómeno editorial en Francia en 1966, y su traducción mexicana apareció hasta 1968. Sin embargo, dentro de los primeros 21 se encuentra *El nacimiento de la clínica*, del filósofo cuya obra fue precursora de la rebelión epistemológica de las ciencias sociales de los años sesenta.

Las aportaciones de Laurette Séjourné, como pionera de la revolución epistemológica del pensamiento crítico latinoamericano que impulsaría Siglo XXI en los siguientes cinco lustros, han sido

injustificadamente invisibilizados en el discurso historiográfico dominante. Se presentaba como la esposa abnegada, de modales refinados que siempre acompañaba con discreción a su esposo, y como la gran anfitriona de la vida pública del editor con las comidas, cenas o los cocteles a los que iba su círculo más íntimo, paradójicamente conformado por autores, políticos y colaboradores en un hogar situado en las instalaciones de la casa editorial. Elena Poniatowska atestiguó de primera mano esas ocasiones al compartir la casa donde estaba la primera sede de Siglo XXI:

[...] se fueron a la Morena y creo que fueron muy felices allí. Al menos yo veía a través del jardín cuando tomaban el café y, además, algunas veces me invitaron a comer a mi propia casa (cuando invitaban, por ejemplo, a Roberto Fernández Retamar, que era muy guapo). Entonces me invitaban a mí, cuando invitaban a Mario Benedetti me invitaban a mí y varias veces fui a comer con ellos a la casa y luego allí se hicieron varias reuniones, cócteles bellísimos debajo de los árboles. Iban Pablo y Enrique González Casanova (Poniatowska, 2016).

Respecto a la imagen generalizada de Laurette Séjourné, la propia autora de *La noche de Tlatelolco* hizo una sutil caracterización de ella: “Y Laurette era una mujer muy dulce, muy tímida (bueno no tímida, recogida en sí misma), muy inteligente, y muy alerta a lo que estaba sucediendo, sobre todo muy alerta a lo que hacía Orfila”. En realidad, se trataba de una intelectual de una dimensión inconmensurable que asumió conscientemente el camino del exilio en defensa de sus valores y afinidades con el pensamiento crítico. Como arqueóloga, planteó una visión alternativa de la cosmovisión mesoamericana que fue publicada en las más prestigiadas editoriales europeas, y que provocaron su segregación por parte de los jefes que administraban las instituciones académicas y de investigación antropológicas.

Laurette Séjourné<sup>11</sup> encontró en la edición la discreta articulación de su labor como autora y editora para sostener su cosmovisión dialéctica en la recuperación descolonizada del pasado del México antiguo, a través de su colección de Antropología, la serie Historia Universal o América Nuestra con sus series América Colonizada, Los Hombres y las Ideas, que contuvo los discursos de José Martí, el *Che* Guevara, Fidel Castro o Salvador Allende. En contrapartida de su recuperación crítica de la memoria en clave latinoamericana, no renegó de su refinada formación europea y aprovechó su estrecha vinculación con el medio académico e intelectual francés y reclutó para Siglo XXI a una serie de autores emergentes cuyas obras se convertirían en la vanguardia del pensamiento crítico contemporáneo.

Entre aquellos exponentes encontramos a figuras como Claude Lévi-Strauss, de quien había sido discípula y se había propuesto difundir su obra en nuestra lengua desde el FCE y esperaba hacerlo de nuevo. Siglo XXI Editores se convirtió en una plataforma privilegiada de divulgación en nuestra lengua y, de manera casi simultánea, de su país de origen, de corrientes como el estructuralismo, la semiótica, las corrientes marxistas revisionistas, el psicoanálisis de Lacan y algunas de las corrientes posmodernas más trascendentales de los años sesenta y setenta. Por otra parte, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM fue una base de renovación del pensamiento social con sus cursos de verano e invierno.

11 En sus versiones europeas y en las del FCE y Siglo XXI, sus libros fueron ilustrados por Abel Mendoza, pero también por la surrealista británica Leonora Carrington, quien aporta a su libro *El mundo mágico de los mayas*. Laurette Séjourné mezcló de manera dialéctica su formación marxista con su perspectiva antropológica, centrada en la filosofía de Quetzalcóatl, a quien consideraba la figura creadora por excelencia: “Quetzalcóatl enseña que la grandeza humana reside en la conciencia de un orden superior, su efigie no puede ser otra que el símbolo de esta verdad y las plumas de la serpiente que lo representan deben hablarnos del espíritu que permite al hombre —cuyo cuerpo como el del reptil se arrastra en el polvo— conocer la alegría sobrehumana de la creación”.

Esos cursos extracurriculares organizados durante la dirección de Pablo González Casanova fueron una tradición continuada por sus sucesores Enrique González Pedrero y Víctor Flores Olea. En los cursos había ciclos de conferencias a los que eran invitados algunos de los pensadores sociales más polémicos de la época. Se recuerda, en especial, el organizado en 1965 que contó con la presencia de Herbert Marcuse, André Gorz, Irving Horowitz y del psicoanalista exiliado de origen alemán Erich Fromm. El tema que los convocó fue “La sociedad industrial contemporánea” y el destino final de las ponencias fue una antología publicada hasta 1968 por Siglo XXI.

En el primer lote tuvo presencia la Comisión Económica de América Latina y el Caribe (CEPAL) a través del Instituto Latinoamericano de Planeación Económica y Social (ILPES) de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en el que el economista Héctor Soza Valderrama elaboró *La planificación del desarrollo industrial*, y unas *Bases de la planeación económica en México*, de Horacio Flores. Así, Siglo XXI se erigió como una de las grandes plataformas de difusión del pensamiento cepalino, cuyos manuales se convirtieron en la punta de lanza en la capacitación de los funcionarios del servicio público federal con la intermediación de los economistas de origen chileno que instrumentaban los cursos.

Asimismo, la economista mexicana Ifigenia Martínez, cofundadora de la casa editorial, aparece en el listado oficial de los accionistas que cumplieron sus compromisos con Orfila y que estuvo, el 9 de marzo de 1966, en la firma del acta constitutiva que dio vida oficial a Siglo XXI. También cofundó la propia CEPAL y dirigió la Facultad de Economía de la UNAM, donde ganó un peso significativo en la configuración de la colección de economía de Siglo XXI, junto con el núcleo brasileño y con su teorización sobre la dependencia estructural de la economía de América Latina de los centros hegemónicos de la civilización capitalista.

No se puede cerrar este apartado sin mencionar que la casa editorial se interesó en analizar e impulsar un debate sobre los principales problemas del presente desde los procesos de descolonización con la emergencia del Tercer Mundo como una nueva categoría que englobaba esta reconfiguración internacional, en la que se insertaba el ascenso de una nueva generación de movimientos sociales de liberación nacional, socialista y de corte definitivamente anticapitalista. Tuvieron voz africanos líderes de la liberación antimperialista como Kwame Nkrumah, de Costa de Oro, con su *Neocolonialismo. La nueva fase del imperialismo* o *No es fácil el camino de la libertad*, que era el discurso de quien en ese momento era un preso político sudafricano desconocido, Nelson Mandela, que enarbolaba una denuncia del racismo como elemento estructural de la dominación capitalista. Más adelante se incorporaron los discursos y los análisis de figuras centrales del antiimperialismo como José Martí, Lázaro Cárdenas, Fidel Castro, el *Che* Guevara o Salvador Allende, ente otros latinoamericanos.

De esa primera serie surgió el primer superventas con la *Psicopatología de la vida amorosa*, de Josef Rattner, proveniente de la colección Psicología y Psicoanálisis a cargo de Armando Suárez, tras la exitosa presentación del 1 de octubre de 1966 de los primeros diez títulos de los 21 bajo el sello de Siglo XXI. El viejo Orfila había logrado sortear la etapa más crítica en la historia de su última gran empresa editorial, pero el estrés y el agotamiento acumulados lo hicieron internarse en el Hospital Francés para recuperar su salud.

## Del clímax de la edición independiente a la catástrofe del exilio

Los años setenta constituyeron una época dorada del libro alrededor del mundo y Siglo XXI se convirtió en el modelo hegemónico independiente en Hispanoamérica. En la época, para ser exactos el 7 de agosto de 1974, la editorial había logrado trasladar su sede de Gabriel Mancera a las instalaciones actuales de Cerro del Agua, ubicadas estratégicamente a las puertas de la Ciudad Universitaria en un edificio expresamente diseñado para albergar en sus instalaciones una editorial y, por supuesto, el departamento de Arnaldo y Laurette. Casi de inmediato lidiaron con el mismo problema de su sede anterior, la insuficiente capacidad del almacén que resolvieron con los recursos de una hipoteca con los que compraron el terreno contiguo; las instalaciones crecieron en definitiva en lo que hoy conocemos como su librería al centro de la fachada y bordeada al lado derecho por la entrada del personal y al almacén; a la izquierda está el Jardín de la Palabra.

A nueve años de su nacimiento, el decisivo éxito como modelo de edición independiente se materializó en la construcción de su sede, en buena medida con recursos propios, provenientes de la venta de sus libros. Siglo XXI había encontrado su libro emblema en los *Conceptos elementales del materialismo histórico*, de la chilena Marta Harnecker, discípula de otro emblemático autor de la casa, el filósofo marxista Louis Althusser, cuyas obras también contribuyeron al proceso de radicalización del debate político e ideológico de los sesenta y los setenta, en particular su clásico *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, sin olvidar *Revolución teórica de Marx* o *La filosofía como arma teórica de la revolución*. Sin embargo, el éxito de su discípula consistiría en crear una plataforma sintética por excelencia que permitiría compenetrarse con esta tradición del pensamiento crítico a cientos de miles de lectores durante varias décadas.

Aquellos *Conceptos elementales del materialismo histórico* se convirtieron en un gran fenómeno, por su faceta intelectual e ideológica concreta, entre la militancia de sus lectores en los movimientos de izquierda revolucionaria. En contraposición se encuentra su dimensión como un objeto cultural, un libro publicado en sus diferentes ediciones y reimpressiones en formato rústico que fue el libro más vendido, con más de un millón de ejemplares, hasta el año 2001, aunque su hegemonía como libro emblema se agotó conforme comenzaron a hacerse estragos ideológicos dentro de amplios sectores de la militancia de la izquierda a nivel planetario, a causa del colapso de la Unión Soviética en 1991.

El éxito comercial de los principales libros de Siglo XXI representó una de las fuentes de recursos más significativas de un catálogo, cuyos libros eran buscados y adquiridos con avidez por parte de los lectores que identificaban el prestigio del sello Siglo XXI como un referente de garantía por su calidad estética e intelectual de vanguardia crítica. Orfila concretó un modelo masivo de edición en el que apostaba por amortizar las considerables inversiones que demandaban la publicación de cada novedad, con la mira puesta en prorratear los gastos en las reimpressiones que no demandaban más inversión que los derechos de autor y los de impresión. Esto permitía ofrecer un precio final competitivo, al alcance del bolsillo siempre precario de los estudiantes.

La reinversión se volvió tan vertiginosa que pudo ser dirigida a otras apuestas editoriales que reeditaron la acumulación de capital simbólico, a partir de la publicación de una serie de obras orientadas a formar una sensibilidad en el gusto de los lectores en el mediano plazo. Para ilustrar lo anterior nos remitimos a la monumental obra maestra de Immanuel Wallerstein, a su primer volumen de los cuatro que conforman *El moderno sistema mundial. Los orígenes de la economía-mundo capitalista*, que salió en 1971 —una reinterpretación

crítica de la historia panorámica del capitalismo influida de manera determinante por la teoría de la dependencia latinoamericana—, y a la obra de otros dos científicos sociales que habían emprendido sus reinterpretaciones globales del capitalismo, como el historiador galo Fernand Braudel y los tres volúmenes de su *Civilización material, capitalismo y vida*, y por supuesto *El capital* de Marx.

Sin embargo, los análisis de los sistemas-mundo no fueron bien acogidos por la comunidad de lectores de ciencias sociales. En cambio, cuando la obra del sociólogo se convirtió en un icono del pensamiento crítico contemporáneo, Siglo XXI continuó publicando el resto de su obra principal en lengua española.

Durante sus primeros once años, Siglo XXI Editores fue una maquinaria cultural en plena potencia, y la instalación de sus sucursales y empresas filiales en Buenos Aires y Madrid explica su exitosa proyección internacional. Resurgió la figura del oficio de editor como empresario, ya que al haber enfrentado en carne propia tanto las abigarradas regulaciones aduaneras como la censura hispánica, orientada ésta a privilegiar a su industria sobre los editores de sus antiguas colonias, problematizaban deliberadamente la reexportación de los capitales obtenidos de la venta de los libros a sus respectivos países de origen. Así surgió Siglo XXI en España en 1970, como una empresa filial de Siglo XXI Editores, porque era una empresa cultural independiente que absorbía la identidad gráfica y editorial para distribuir los libros mexicanos, pero también podía desplegar su propio acervo que se integra al del catálogo de Siglo XXI como una empresa conjunta entre España, México y, después, Argentina. Por lo tanto, el único nexo entre ambas empresas fue Arnaldo Orfila como socio accionista fundador y tras su retiro se rompió ese vínculo efectivo que articulaba su relación subordinada con México, y que solamente podría concretarse bajo la figura de un

liderazgo carismático de otro editor de la misma categoría dentro del gremio.

Hallamos en Sudamérica la contracara de la expansión mundial del proyecto de vanguardia crítica enarbolada por Siglo XXI y establece su vínculo más vital y determinante de una historia que arranca en 1967 con la apertura de la sucursal en Buenos Aires, que era la plaza estratégica por contar con las comunidades de lectores más consolidadas del área y que, por su infraestructura, era la puerta de acceso a los mercados editoriales de los países circunvecinos. Dicho proyecto estuvo a cargo de Norberto Pérez, un viejo colaborador que fue respaldado en todo momento por la histórica gerente argentina María Elena Satostegui, que a lado de Alberto Díaz sustentaron esa parte.

En 1970 se efectuó la fusión con la editorial Signos, que dio lugar al nacimiento a la filial de Siglo XXI Argentina, impulsada por el joven núcleo político e intelectual articulado en torno a Pancho Aricó, Óscar del Barco, Jorge Tula y Héctor Schmucler. Dicha simbiosis le brindó una proyección latinoamericana al proyecto gramsciano con el que recuperaron la obra original de Marx y Engels y la extensa y heterodoxa tradición del pensamiento socialista articulada en torno a los cien volúmenes de los *Cuadernos Pasado y Presente*.<sup>12</sup>

En el auge y esplendor de Siglo XXI Editores se comenzaron a gestar los problemas ideológicos que desencadenaron su crisis como proyecto empresarial y cultural en la siguiente década, la cual tuvo su origen en el Chile de la Unidad Popular de Salvador Allende. Por primera vez un gobierno socialista alcanzó el poder por la vía democrática, una experiencia de vida breve entre el 3 de

<sup>12</sup> En *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente* (2004, Siglo XXI Argentina), Raúl Burgos desarrolla la historia pormenorizada del itinerario intelectual del grupo y del origen y el destino de la filial sudamericana de Siglo XXI.

noviembre de 1970 y el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Basta decir que Chile era, después de España, la plaza más complicada para los editores extranjeros y, en vez de buscar abrir una sucursal directamente, Orfila respaldó aquel proyecto social fortaleciendo la Editorial Universitaria de Chile.

Para reconstruir esta parte de la historia recurriré al testimonio que recopilé hace unos años de Tatiana Coll, a través de una extensa entrevista que sostuve con la mujer que Orfila consideraba su propia hija (Coll, 2017). Tras la muerte de su padre y ante la necesidad de apoyar económicamente a su madre, Tatiana, con veinte años, se integró al equipo de Siglo XXI como secretaria personal del director en 1969. Tuvo que aprender el oficio sobre la marcha y pudo constatar que el veterano editor poseía, además, una visión panóptica de todas las dimensiones empresariales que intervienen en la transformación de un manuscrito al formato de un libro impreso. Esa visión se basaba en una disciplina laboral que desplegaba con tal intensidad que imponía ese ritmo a la estructura de colaboradores desde el elitista Departamento Técnico hasta los estratos de la empresa compuestos por los más humildes colaboradores, como los integrantes del almacén y el equipo de vendedores.

En 1971, Tatiana Coll abandonó la editorial para trasladarse a Chile, ya que en México empezó un episodio oscuro conocido como Guerra Sucia, caracterizado por la represión estatal que contuvo a la guerrilla mexicana y persiguió y exterminó a militantes de izquierda de cuadros estudiantiles, docentes, jóvenes profesionistas y líderes campesinos y del movimiento urbano popular. En medio de la persecución, la madre de la joven secretaria de Siglo XXI fue secuestrada por los servicios de seguridad y la interrogaron sobre las actividades de Orfila, Laurette, de la casa editorial y sobre la información personal de varias compañeras universitarias de Tatiana que ya eran presas políticas, una de ellas María del Rosario Valenzuela,

la esposa boliviana de Rodrigo Asturias, que fue secuestrada por las vinculaciones con la guerrilla guatemalteca.

El testimonio de Tatiana Coll es consecuente con un detallado informe de mediados de los años sesenta redactado por un subdirector federal de Seguridad en funciones de director, el capitán Fernando Gutiérrez Barrios de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (DIPS) sobre los exiliados políticos radicados en México vinculados con las guerrillas centroamericanas. En su segundo apartado informa: “Acerca de Rodrigo Asturias, los datos proporcionados son correctos, considerándose a éste al igual que su madre CLEMENCIA AMADO PATRICIO como destacados comunistas que se dedican a ayudar a los exiliados políticos guatemaltecos de esa filiación, por lo que sus actividades continuarán siendo vigiladas” (AGN, 2019). Así podemos constatar un cambio cualitativo en la actuación de los servicios secretos, que cinco años atrás se remitían a acumular toda la información posible para dar paso al hostigamiento y la persecución de los asilados políticos de filiación comunista.

Tatiana Coll se integraría a la Editorial Universitaria de Chile, donde realizó un intenso trabajo político. Cuando ocurrió el sanguinario golpe de Estado de Pinochet ella estaba embarazada. Una paradoja de aquellos años convulsos, en Argentina estaba en el poder un gobierno que no legitimó el golpe pinochetista y abrió su embajada para recibir a quinientos exiliados chilenos y latinoamericanos cuya vida corría peligro. Tatiana perdió la protección diplomática en el momento en que salió de la embajada al hospital para dar a luz a su primera hija; el tiempo corrió en contra de la madre primeriza porque en cualquier momento podría ser enviada al campo de exterminio instalado en el Estadio Nacional. En esos momentos de incertidumbre recibió una llamada telefónica en el hospital. Era Orfila que, entre todo el caos había logrado encontrar a su hija y emprendió las gestiones para su repatriación y la de su familia a México, hizo lo mismo por todos los

refugiados que pudo ayudar de la embajada argentina, entre los que se encontraba el economista Sergio Bagú.

Antes de ser repatriada a México, la hija adoptiva de Orfila y su familia tuvieron que hacer una breve escala en Buenos Aires, donde recibieron la atención hospitalaria de Norberto Pérez y María Elena Satostegui, quien les dio alojamiento en su departamento. De nueva cuenta vemos la extraordinaria cualidad de Orfila de estar presente en el momento y el lugar precisos para ser testigo y protagonista de los grandes eventos que moldearon la historia política e intelectual de América Latina. Él mismo definía la función del editor “como una gran antena al aire” capaz de detectar las frecuencias que le dan sentido a una época y, para muestra, presentaré una parte de la transcripción de la entrevista que sostuve aquella tarde en la casa de Tatiana Coll:

Como te dije, Arnaldo era muy amigo de Allende y había estado con él en la Moneda en esos días. En aquellos momentos ya todo el mundo hablaba de la posibilidad inminente del golpe, había alertas amarillas, naranjas y faltaba la roja, como indicadores para los militantes. Se debatía sobre la negativa del propio Allende y del Partido Comunista a tomar medidas concretas para resistir el golpe o contrarrestarlo. A pesar de todo eso, el golpe se nos vino encima de pronto implacablemente. En ese ambiente tenso fue que Arnaldo vio a Allende y estaba muy impresionado porque nos contó que Allende le dijo: “¡No hay solución! ¡Yo soy presidente constitucional! y a mí solo me sacan de la Moneda con los pies por delante”. Arnaldo se fue preocupadísimo (Coll, 2017).

Ahora sabemos que el golpe militar fue el punto de quiebre definitivo de la historia política de América Latina. En ese momento se instauró una contrarrevolución conservadora de dimensiones planetarias fundada en los valores del individualismo y la libre empresa

que caracterizó al neoliberalismo como la modalidad hegemónica de la civilización capitalista. Sus autoridades y académicos, que al principio se beneficiaron de la protección diplomática de la ONU, fueron exiliados en una diáspora a diferentes lugares del mundo, incluyendo México.

Después, en Argentina, sobrevino el golpe de la Junta Militar de 1976 con una nueva modalidad de la estrategia contrainsurgente en aras de restablecer la paz social y la moral cristiana. Al poner en marcha todo el aparato represivo del Estado para perseguir, secuestrar, encarcelar y aun asesinar a los editores responsables de publicar los libros que la Junta consideraba subversivos, se confeccionaron listados para identificarlos. La suerte de los editores fue compartida por sus lectores o cualquier individuo que albergara en su biblioteca un libro prohibido. Los libros requisados se incineraron en hogueras al aire libre; el posterior ascenso triunfal del neoliberalismo no puede entenderse sin aquella campaña de exterminio de los militantes y simpatizantes afines a la izquierda, que fue acompañado del desmantelamiento de la infraestructura que sustentaba la creación, la circulación y el consumo del pensamiento crítico vinculado a ese sector concreto de la industria editorial.

Para reconstruir el proceso de disolución de Siglo XXI Argentina por parte de la Junta militar, me remitiré al prólogo escrito por Alberto Díaz para el libro conmemorativo *Un editor de tres siglos*, publicado por Eudeba en 2015. Nuestro interlocutor se formó bajo el estricto cuidado de Orfila. Cuando tuvo lugar el golpe, Siglo XXI se encontraba en la cúspide como proyecto cultural e intelectual en su vertiente comercial. Sus tirajes sobre el estructuralismo, la Teoría de la dependencia, los problemas del Tercer Mundo y la Revolución cubana, así como las heterodoxas propuestas de reinterpretación del legado de la tradición marxista y socialista abierta por los Cuadernos Pasado y Presente, se agotaban al llegar a las

librerías; el acervo del catálogo se había convertido en la brújula que brindaba las herramientas teóricas y epistemológicas a los intelectuales latinoamericanos para interpretar la realidad concreta de los años setenta, los libros le brindaban al militante revolucionario certeza sobre la legitimidad de su causa y de su inminente victoria a la vuelta de la esquina.

En aquel entorno político e intelectual abigarrado de contradicciones, Alberto Díaz cuenta que se encontraban culminando la remodelación de un departamento en el que se alojarían Orfila y Séjourné para respaldar con su presencia la labor cada vez más peligrosa que desarrollaban sus socios de la filial argentina. A tres días de que la Junta Militar se adjudicara el poder, el 27 de marzo 1976, un grupo de militares vestidos de civil irrumpió con violencia en la casa editorial que secuestró al propio Alberto Díaz y al compañero que lo acompañaba en aquel momento, Jorge Tula. Díaz estuvo desaparecido alrededor de un mes y fue liberado tras ser torturado, luego partió a Colombia y abrió la sucursal de Siglo XXI en Bogotá. Tula estuvo más de un año en condición de desaparecido hasta que fue liberado y salió exiliado a México, donde ya se encontraba Pancho Aricó.

El propio Alberto Díaz dice que al ser liberado partió de inmediato a Colombia junto con el jefe del directorio, Leopoldo Portnoy recordemos que, como empresa filial, Siglo XXI Argentina contaba con su propio núcleo de accionistas comprometido a ponerla al servicio de la cultura y asistieron a la casa matriz para convencer a su director de la necesidad de reabrir la filial rioplatense:

Fue una discusión larguísima y finalmente Orfila impone su voluntad, da por terminada la discusión y decide el cierre definitivo de la Casa en Argentina, ya que consideraba antiético que estando él a miles de kilómetros, en la seguridad de México, los empleados de Siglo XXI Argentina corrieran peligro de muerte. Portnoy, aunque da por terminada

la discusión, le pregunta a Orfila qué habría hecho si él dirigiera Siglo XXI Argentina; Orfila le responde: “La mantengo abierta, pero ahí el riesgo lo corro yo” (Gonzalo Álvarez, 2015).

Al final sus libros se integraron al Catálogo general y algunos de sus editores optaron por integrarse a la filial hispana o a su sede central; otros se dispersaron en Venezuela, Colombia o París. En el caso de México, tanto Orfila como Pablo González Casanova —una figura estratégica como accionista fundador y en la articulación del catálogo al ser editor responsable de la formación de algunas colecciones de ciencias sociales, además de ser autor de la casa con obras como *La sociología de la explotación*— se convirtieron en activos promotores de la inserción productiva de los exiliados sudamericanos y caribeños a la vida académica, cultural e intelectual.

El proceso fue potenciado por la política de acogida de exiliados del titular del Ejecutivo entrante, José López Portillo (1976-1982), cuyo sexenio se caracterizó por una explosiva expansión del gasto público impulsado por el descubrimiento de un enorme yacimiento de petróleo en el golfo de México, lo que impulsó la masificación de la oferta de educación media y superior emprendida por Pablo González Casanova como rector de la UNAM (1970-1972). Al impulsar la creación de los colegios de Ciencias y Humanidades (CCH) y de la formación de las escuelas nacionales de Estudios Profesionales ubicadas en los alrededores de la zona metropolitana de la Ciudad de México. La expansión complementaba la creación de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), el Colegio de Bachilleres, instancias creadas en el sexenio anterior, y el fortalecimiento de instituciones como la FLACSO. En su conjunto, todas proporcionaron autores para Siglo XXI, pero sus libros se

convirtieron en protagonistas de la estructura curricular de buena parte de sus materias de formación literaria, humanística y social.

Para retomar la integración del exilio latinoamericano en las estructuras de Siglo XXI, recurrí al testimonio de María Oscos, su actual gerente de Producción, quien narra cómo entró a nuestro país exiliada en 1977; fue en un coctel de aniversario donde conoció a su paisano que, igual, había nacido en La Plata. Compartió el siguiente recuerdo de aquel primer encuentro.

Le conté que estaba trabajando en un despacho de un arquitecto dibujando y me dijo: “¿Te gustaría trabajar en Siglo XXI?”, yo le contesté que podría ser en el departamento de diseño como auxiliar del diseñador, que en ese momento era Nello Hernández, que también era exiliado. Le dije que sí me gustaría y le pregunté “¿Cuándo vengo?” y me contestó: “Pues el lunes”. Así empecé el 15 de abril de 1977, en el área de Diseño, como auxiliar del diseñador uruguayo, que también había llegado a México como exiliado. Me encargaba de dibujar y armar las portadas y los originales de las portadas que se elaboraban en esa época físicamente, en un cartón. Se dibujaban y se armaba la tipografía (Oscos, 2016).

Con el paso del tiempo, la joven arquitecta fue invitada por Martí Soler a formar parte del Departamento de Producción y su formación como editora se dio a través de la convivencia con María del Carmen Valcarce, con el poeta y traductor español Juan Almela (quien firmaba como Gerardo Deniz) y con la escritora mexicana María Luisa Puga y la editora Eugenia Huerta, hija del poeta Efraín Huerta. Aquel equipo hispanoamericano estaba conformado por editores de dos diferentes matrices; por una parte, Martí Soler, Almela y la propia María Oscos se convirtieron en grandes maestros del oficio de la edición, y la contraparte de aquel equipo la conformaron Huerta y

Puga, que brindaban a esa labor una dimensión ideológica a la que después se sumaron Aricó y Jorge Tula.

## Los ochenta, hacia el ocaso y el colapso de las categorías

Los ochenta fueron los años del derrumbe, la década en la que convergieron varios procesos nacionales e internacionales que encausaron la identidad política, social y cultural del siglo xx. Hacia 1988 tuvo lugar el retiro de la editorial de Arnaldo Orfila Reynal, que desencadenó un sórdido conflicto sucesorio al interior de la casa editorial. Sin más preámbulo, recuperaré el cierre de la entrevista autobiográfica que el veterano editor latinoamericano me concedió en La Habana, en el marco de un encuentro internacional de editores de 1982. Ante el cuestionamiento directo de Guillermo Schavelzon sobre cómo se imaginaba el desarrollo de la cultura en México y en América Latina en los años siguientes, Orfila articuló su respuesta sobre la crisis del libro en dos distintas dimensiones, una internacional y la otra latinoamericana.

Es posible que el proceso no sólo obedezca a la crisis económica mundial, sino a un desplazamiento de la preocupación de la juventud. Parecería que la televisión, por un lado, y otras actividades, deportes, discotecas, por el otro, van alejando a los jóvenes de la preocupación intelectual. Se trata de un fenómeno mundial, no de un fenómeno americano (Schavelzon, 2005).

Como buen intérprete de su tiempo, el director de Siglo XXI comenzó a diagnosticar un cambio de los respaldos tecnológicos de la transmisión del conocimiento, sobre todo con la consolidación de la televisión como el medio de comunicación hegemónico, y de la

paulatina modificación de los hábitos de lectura que le demandaban al lector compartir su tiempo, que antes podría dedicar a la lectura, con nuevas modalidades del entretenimiento. Enfatizaba que los lectores ajenos a las instituciones académicas estaban alejándose de las obras de mayor densidad como el ensayo argumentativo, político o sociológico, para desplazar su consumo por formas de la literatura de entretenimiento de una menor calidad cultural. Por lo tanto, el acervo del catálogo de Siglo XXI se encaminaba en el mediano y el largo plazo a dejar de ser un producto cultural de consumo masivo para establecerse dentro de un nicho concreto de las comunidades de lectores preponderantemente académicas.

Tal vez el asunto que más inquietaba a Orfila para 1982 era el futuro político de América Latina, tema que conforma la segunda vertiente de su respuesta:

¿Qué va a pasar? No somos profetas, no vamos a predecir el futuro, pero todo esto puede promover o producir una decadencia más fuerte en toda la cultura. Si no, ¿qué pasa en Argentina?, ¿qué pasa en Chile?, ¿qué pasa en Uruguay?, ¿qué pasa en Bolivia?, ¿qué pasa en Centroamérica? Todo este estado de guerra, de dictadura, de tiranía, que existe combinadamente en estos países, tiene que provocar una caída notable de los niveles culturales [...] vale decir, si los gobiernos dictatoriales siguen proyectándose y dominándolo todo, naturalmente el proceso cultural a través del libro va a resentirse extraordinariamente.

La situación comercial de Siglo XXI comenzaba a ser abrumadora porque sus libros estaban vedados en las principales plazas del libro en el Cono Sur, que eran sus principales consumidores, y sólo le quedaban a su disposición los mercados editoriales de Venezuela, Colombia, Perú y Centroamérica.

Y fue en la Centroamérica de los años ochenta donde acontecieron los movimientos revolucionarios y de liberación nacional del siglo XX, a los que Laurette y Orfila les dieron voz y seguimiento desde la triunfante revolución de Nicaragua en 1979, a cargo del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), pasando por las interminables guerras civiles de El Salvador y sobre todo Guatemala. Ninguno de los dos perdió el vínculo con Rodrigo Asturias ya que él había abandonado su cargo como gerente general de Siglo XXI en 1971 para formar la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA), y se convirtió así en el Comandante Ilom, nombre de guerra que tomaría de uno de los protagonistas de la novela redactada por su padre Miguel Ángel Asturias, *Los hombres de maíz*. Tras décadas de devastación, los movimientos insurgentes no lograron su objetivo de derribar el gobierno por la vía armada y tuvieron que pactar la paz para 1996; Asturias se convirtió en candidato a la presidencia y fue derrotado en las urnas.

A pesar del compromiso de Orfila de darle voz en la esfera pública a todas las causas sociales con las que él mismo simpatizaba, Cuba fue una causa en común con Cortázar y ambos se unieron en defensa del régimen cubano cuando se produjo el encarcelamiento del poeta Heberto Padilla el 20 de febrero de 1971. La postura crítica del poeta cubano fue tildada de contrarrevolucionaria y después de un mes de estar recluido redactó su *Autocrítica*, en la que expuso los malos entendidos suscitados por la interpretación de su obra.

Orfila se abstuvo de pronunciarse en público sobre el caso Padilla, pero se llenó de júbilo al leer que el ejemplar de *Casa de las Américas* de julio de 1971 contenía un larguísimo poema de Cortázar, “Polícrítica en la hora de los chacales”, que previamente Julio le había mandado a las oficinas de la editorial, donde enarbola una virulenta crítica a los intelectuales de antes, que cuando era moda, se desviaban en una competencia de elogios del proceso revolucionario de la

isla, y para quienes el desierto sirvió de pretexto no solamente para desligarse de sus simpatías con una causa por la que ya no sentían un vínculo significativo, sino para prestar sus plumas a ser la punta de lanza de la campaña de desprestigio de un proceso de transformación realizado por hombres que pueden cometer errores. A la manada de chacales a la espera de arremeter en jauría dispuesta a retorcer la realidad mediante sus plumas, Cortázar la reta al final de su poema a confrontarse directamente con su pluma en una batalla por las ideas para que puedan explicar cómo suceden las metamorfosis en el ser de un intelectual que, de manera intempestiva, puede renegar de sus ideas conforme cambian las tendencias de los intereses del imperalismo y que son impresentables ante la opinión pública.

De vuelta a la configuración del catálogo, aunque siempre fueron del dominio público las simpatías de Orfila por Cuba y sus vínculos con los movimientos guerrilleros centroamericanos, no fueron impedimento para que nublaran su criterio como editor porque no podía permitirse publicar algún libro de Siglo XXI que atentara en contra de su prestigio y que resultara ser una obra que no contribuyera a comprender la fenomenología y el sentido de aquellos procesos revolucionarios y de liberación nacional. Para muestra, aquel poema que tanto lo conmovió no vio la luz bajo su sello editorial, aunque hizo una edición personal y lo difundió entre su núcleo más cercano. Rechazó un manuscrito del propio Rodrigo Asturias al considerar que no tenía la calidad suficiente para ser un autor de la casa, pero sí publicó el libro de Tomás Borge y Jaime Wheelock, dirigentes históricos del FSLN, *Vanguardia y revolución en las sociedades periféricas*. Dos años después de su aparición, el sandinismo fue estrepitosamente derrotado en las urnas por la candidata presidencial de derecha.

Los servicios de seguridad siguieron el vínculo de la casa editorial con Rodrigo Asturias, establecido a través de Concepción Zea,

su primera gerente general. Ella acompañó a Orfila en los días más críticos del FCE, hasta volverse su mano derecha como operadora logística al pendiente del buen funcionamiento de los asuntos administrativos y los extraoficiales. Sobre *Coco Zea*, dos diferentes testigos de primera mano nos pueden iluminar acerca de su forma de ser. Habla la contadora Marcela Calzada: “Concepción Zea fue un gran apoyo para Orfila, muy querida, él la quería mucho por su apoyo, ella estaba a disposición las 24 horas diarias para Siglo XXI, inclusive le hacíamos burla porque cuando se presentaba ella decía: “Concepción Zea de Siglo XXI” (Calzada, 2016). El otro testimonio es de la editora Eugenia Huerta, que presencié la emotiva reacción del viejo editor cuando se enteró de la noticia del fallecimiento de su antigua colaboradora:

Don Arnaldo nunca dio muestras de flaqueza ni de debilidad. Cuando murió Concepción Zea, “Coco” (murió prematuramente en Guatemala el 13 de septiembre de 1987 por un cáncer devastador), su mano derecha, el gran apoyo de don Arnaldo desde los tiempos del Fondo de Cultura, fue la primera vez que lo vi llorar, y sólo me comentó: “los viejos ya no controlamos las lágrimas”; vivió siempre con una gran dignidad” (Huerta, 2016).

La partida de *Coco Zea* de la empresa significó el ascenso de una personalidad como Guadalupe Ortiz en la Gerencia General, una mujer que también entró muy joven a la empresa y que por su esfuerzo fue cobijada bajo al amparo del viejo editor y de Laurette. Con el paso del tiempo, Ortiz ascendió escalafones y alcanzó el segundo puesto del organigrama; por lo tanto, contó con el respaldo de la pareja fundadora y fue una de las protagonistas del conflictivo proceso interno de sucesión futuro que llevó a Jaime Labastida a la dirección de la editorial.

Hay que volver sobre otro hecho significativo de esta historia de mediados de la década de los ochenta en Amecameca, municipio al pie de los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl, a un par de horas de la Ciudad de México. En sus calles se realizaban obras de infraestructura y de manera fortuita se encontraron vestigios arqueológicos; no era nada extraordinario pues ese municipio era uno de los sitios sagrados de la cosmovisión mexicana y, para los años sesenta y setenta, varias organizaciones guerrilleras clandestinas se habían asentado en la región por su ubicación estratégica —entre los que se encontraban Esperanza Rascón y su esposo Alejandro López, que para entonces ya habían abandonado la vía insurreccional y se integraron al trabajo de formación política y productiva de las comunidades originarias; él se convirtió en el director del Parque Nacional Izta-Popo.

Esperanza y Alejandro sólo conocían a Laurette a través de sus libros y sabían que era de las pocas conocedoras profundas de los vestigios arqueológicos de la zona y decidieron tomar el teléfono y llamar a Siglo XXI para tratar de contactarla. De manera sorpresiva, la veterana antropóloga de alrededor de 75 años de edad, acompañada de su nonagenario esposo, hicieron acto de presencia en Amecameca y ahí surgió una entrañable relación de amistad entre ambos matrimonios, la cual duró hasta el final de sus días.

En una de las largas caminatas por la reserva natural, Orfila sufrió una caída que le fracturó una pierna y luego de muchos esfuerzos por restablecer su movilidad, no fue posible por su avanzada edad, lo que contribuyó a que el viejo editor precipitara su decisión de retirarse sin haber resuelto la elección de su heredero.

Dejó la Dirección general de Siglo XXI en 1987, punto de la historia en que aparece el Consejo de Administración como órgano supremo de dirección que le brindó a su fundador el nombramiento honorario de “director general vitalicio” y nombró a Martí Soler

como director ejecutivo, en vez de otorgarle la dirección general al ser el único heredero original del grupo fundador de la editorial; se le confirió un cargo *ex profeso* para ponerlo a prueba y ver si cumplía con las expectativas. Se estableció así un áspero conflicto en torno a la sucesión que desencadenó en una disputa al interior y, ante el vacío de poder que se formó, el sindicato enarboló un aguerrido movimiento para impedir que fueran modificadas sus prestaciones alcanzadas en la época de auge y esplendor comercial de Siglo XXI Editores.

Lo primero que confrontó Martí Soler fue que la editorial ya no tenía en su órbita a varias plumas prestigiadas que acudieron en su auxilio para contribuir a la acumulación de capital simbólico de su catálogo: Octavio Paz había desplazado sus filiaciones de un materialismo histórico que produce el *Laberinto de la soledad* hacia su vertiente liberal en sus revistas *Plural* y *Vuelta*, mientras que Ernesto Guevara, Salvador Allende y Cortázar ya habían partido de este mundo. Por otra parte, el núcleo más radicalizado de *Pasado y Presente* también se había desligado de la casa editorial cuando Aricó y Tula volvieron a Argentina para continuar desarrollando sus propios proyectos académicos, de formación y militancia política, y aun emprendieron otras empresas editoriales, pero sin mantener un vínculo contingente con Siglo XXI. Probablemente la ausencia más significativa fue la del histórico Jesús Silva-Herzog; con su muerte en 1985 se rompió el nexo primordial establecido entre el núcleo empresarial y bancario con la creación tanto del Fondo de Cultura como, después, con Siglo XXI Editores.

También resulta cierto que la calidad de editor del director ejecutivo era incuestionable, pero nunca integró la dimensión política a su oficio como concepción del libro como un agente protagónico de transformación de la realidad social a través de la cultura. Esa falta de experiencia fue evidente en su incapacidad de mantener cohesionado al equipo de colaboradores más apegados al núcleo de Orfila, al

no proponer un programa propio. Entonces se consolidó la gerente general, Guadalupe Ortiz, como una figura de poder que comenzó a desfondar la autoridad de Martí Soler porque ella sostuvo un control férreo de los recursos financieros de la empresa, de modo que no se podía tomar ninguna decisión importante sin su autorización y, por si fuera poco, también contaba con la absoluta confianza del director general vitalicio, bajo cuya tutela se había formado.

El conflicto de la Dirección con el sindicato selló el destino de Martí Soler. El sindicato nació con el apoyo de la propia Dirección cuando una de las centrales obreras clientelares chantajeó, por una suma de dinero, con detonar una huelga mediante uno de sus sindicatos blancos, lo que nunca pudo lograr. Por otra parte, los trabajadores de Siglo XXI fueron beneficiados directos de la concepción socialista del trabajo de Orfila, como responsable de una empresa capitalista readaptada para ser un proyecto cultural sin fines de lucro, cuya permanencia con fundamentos culturales e intelectuales radicaba en el éxito comercial de sus libros bajo la lógica de una economía de mercado. Orfila era consciente de que debía obtener plusvalía de las ventas para reinvertir una parte en la recapitalización de la editorial, que también le garantizara el pago puntual de los derechos de autor de cada obra.

Respecto a los colaboradores, Orfila entendía ingenuamente que ellos compartían su filosofía y cuando se realizaba el pago de los aguinaldos o el reparto de utilidades, los convocaba y proclamaba que se estaba compartiendo la riqueza generada por su trabajo cotidiano. En su esfuerzo de que todos los trabajadores tuvieran una vida digna conforme a su aportación concreta en la editorial, plasmó en el contrato colectivo una serie de prestaciones ausentes en otras empresas similares y que beneficiaban el ingreso y la calidad de vida de sus integrantes. No obstante, su tradición militante dentro del Partido Socialista siempre lo percibió de un núcleo de

trabajadores inconformes con la Dirección. Hacía tiempo que Siglo XXI había dejado de ser la impresionante maquinaria empresarial y cultural perfectamente aceitada y dominante, así que la reestructuración del mercado editorial provocada por la devastadora crisis económica mundial de los ochenta, hizo que decenas de librerías en toda América Latina cerraran y las editoriales se quedaran con sus cuentas pendientes de pago.

Cada día que pasaba, la casa editorial se enfrentaba al fantasma de su supervivencia, una suerte compartida por buena parte de las casas editoriales independientes que tenían que optar por su desaparición o su absorción por parte de alguno de los oligopolios transnacionales de entretenimiento poseedores de los sellos editoriales comerciales. Ese era un proceso que se anticiparía a la privatización de las estructuras estatales a manos del capital internacional. Para muestra, en aras de su salvación, Joaquín Mortiz fue absorbida por Planeta en 1985, aunque nominalmente conservó a su director por un breve tiempo en su puesto; la casa editorial terminó siendo deglutida por el oligopolio para convertirse en un sello editorial más de su colección. Sus libros más rentables continuaron publicándose y su memoria materializada en los archivos fue enviada sin miramientos al basurero. Para la nueva generación de gestores culturales, la memoria resultaba innecesaria si no podía ser productiva como mercancía ni encuadrarse en algún libro conmemorativo o epistolario que redituaran en el prestigio de los administradores en turno, quienes intentaron posicionarse como herederos legítimos de esa historia.

Al final pesó la incapacidad de Martí Soler de establecer una negociación efectiva con el sindicato, el cual no pudo calibrar que la situación vulnerable de la casa editorial era la suya propia como representante de los intereses de los trabajadores, y selló el destino del director ejecutivo cuando se opuso a modificar de

manera sustancial sus prestaciones y no se dejó convencer de reducir la plantilla laboral para adaptarla a las nuevas condiciones de trabajo tras la adopción de los nuevos sistemas informáticos de gestión empresarial conforme aumentaba la productividad y demandaba el empleo de menos puestos de trabajo. En suma, ante el ocaso del liderazgo carismático del viejo Orfila, los principales agentes al interior de la empresa jugaron a favor de sus propios intereses y agudizaron la amenaza sobre la existencia misma de Siglo XXI, y que abrió paso a la posibilidad de la llegada de un candidato externo en el proceso de sucesión.

Jaime Labastida no era del todo un agente externo de la casa editorial y su relación con Orfila se remontaba hasta 1958, cuando era todavía un adolescente y el veterano editor publicó *La espiga amotinada*, compilación de poesía que le dio nombre al grupo de Juan Bañuelos, Óscar Oliva, Eraclio Zepeda, Augusto Shelley y, por supuesto, Labastida. La relación con el editor adquirió diferentes dimensiones con el tiempo, desde autor, asesor editorial y para 1985, con la muerte de Jesús Silva-Herzog, presidente del Consejo de Administración de Siglo XXI, el poeta pasó de ser consejero suplente a consejero propietario. Entonces se desempeñaba como subdirector de Educación e Investigación del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA). Es preciso señalar que su antecedente más sólido dentro del ámbito editorial se remontaba a 1978, cuando dirigió la segunda serie de la revista *Plural*. La primera época de la revista de *Excelsior* corrió a cargo de Octavio Paz, materializada a raíz de la protesta por la masacre estudiantil del jueves de *Corpus* de 1971, y durante años se basó en el intercambio epistolar con Carlos Fuentes y Orfila, pero nunca se concretó como proyecto.

Al final, en octubre de 1990 el Consejo de Administración que contaba con el aval de Orfila tomó la decisión de designar a Jaime Labastida como director general. De hecho, Elena Poniatowska

señala cómo el veterano editor la consultó antes de asumir una posición definitiva: “Seguí cerca de ellos hasta que se fueron, hasta que ‘adiós’. Incluso recuerdo muy bien que al final Orfila me preguntó qué me parecía Jaime Labastida como director de Siglo XXI (él pertenecía a La Espiga Amotinada, era un hombre de izquierda, junto con Jaime Augusto Shelley, Eraclio Zepeda) y yo le dije que ‘muy bien’, porque me dijo: ‘Si a ti no te parece, yo no le digo nada’”. El nuevo director contaba con el capital político de una nutrida red de contactos dentro del partido gobernante —entre sus hermanos se encontraba Francisco Labastida, gobernador de Sinaloa entre 1987 y 1992, que después fue secretario de Gobernación y el primer candidato presidencial del PRI derrotado oficialmente en las urnas en el año 2000—, un factor decisivo a su favor sobre los demás contendientes en el proceso sucesorio.

En los primeros meses como director tuvo que enfrentarse tanto a la resistencia del sindicato como a la de un sector del Consejo de Administración, una época que sintetizó de la siguiente manera:

Se me dijo por diversas personas que estaba llevando a la ruina a la editorial, pero, era, al contrario, yo decía: si la editorial está en la ruina, la editorial está quebrada y no podemos seguir como estamos. Así me dijo alguien “nos vamos a salir del mercado”, dije no entiendo entonces esta lógica porque ustedes quieren que sigamos vendiendo libros, aunque perdamos con ellos para no salirnos del mercado, que no solamente ya se había ido ese mercado, sino que los libros que se vendían los dábamos por debajo del costo de producción y, entonces, esta es una editorial privada. Esto quiere decir que no tiene subsidios, que tiene que vivir de sus ventas. Entonces todo aquello era un contrasentido, así que tuve que aplicar medidas muy severas, con gran disgusto de muchos de los accionistas que querían seguir en esa línea y dije: “esto no puede continuar”, me impuse y finalmente saqué adelante el asunto (Labastida, 2016).

Acto seguido, se aprestó a resolver el conflicto con el sindicato que se mantuvo firme en sus demandas, por lo que el nuevo director adquirió solvencia a través de un préstamo y con esos recursos liquidó al sindicato. Cada integrante recibió la indemnización estipulada en su contrato, superior a lo establecido en la ley. El saldo final fue la desaparición del sindicato y la drástica reducción de la nómina que pasó de ochenta a no más de 25 plazas. En términos concretos, la casa editorial se desprendió de dos terceras partes de su capital humano; Martí Soler volvió por una breve temporada al Departamento de Producción, pero decidió partir y culminar su carrera como editor en el FCE. En 2002 hubo acusaciones por el manejo poco transparente de los recursos financieros de la editorial que condujeron al cese de Guadalupe Ortiz, conflicto que fue resuelto en los juzgados y, a partir de 2004, se convirtió en la directora general del Grupo Editor Orfila-Valentini.

También es cierto que Labastida modernizó la identidad gráfica de los libros de Siglo XXI, lo que los hizo más atractivos para los lectores cuando se puso mayor cuidado en la calidad de sus formatos, que ahora eran cosidos para su encuadernación y no se escatimó en el uso de tintas y un mejor papel en cumplimiento del diagnóstico realizado por el fundador casi una década atrás, pues ciertas modalidades del libro estaban dejando de ser de consumo masivo y se posicionarían como un producto cultural para un mercado muy concreto de lectores.

En algún momento se establecieron divergencias en lo que cada uno entiende por pensamiento crítico. A continuación, un fragmento de la entrevista que Jaime Labastida me concedió para el libro conmemorativo del aniversario 50 de Siglo XXI; una tarde fui recibido en el despacho que fue la recámara donde Arnaldo y Laurette pasaron sus últimos días de vida y rememoramos sus reflexiones

sobre su labor como sucesor del editor más importante de la historia moderna de la edición:

Pensamiento crítico significa en mi caso un pensamiento que hace dudar, no quiere decir pensamiento crítico porque es contestatario de lo que actualmente existe. En muchos casos el pensamiento que se llama contestatario de izquierda es más reaccionario que el que está criticando y yo no estoy de acuerdo con eso... En un texto que estoy preparando, señalo que los que se dicen marxistas han tergiversado por completo el pensamiento de Marx. ¿En qué sentido lo expreso? En el sentido de que dicen: “tenemos que oponernos a la globalización, tenemos que oponernos al desarrollo de tales cosas productivas, nuevas tecnologías, la inversión extranjera porque desplaza fuerza de trabajo y pierden empleos los trabajadores. Y eso pasa por ser revolucionario”. Creo que es contrarrevolucionario... Marx estuvo contra esa tendencia y ahora se dice “No, es que la inversión extranjera desplaza a los trabajadores, trae menos empleos”, pues es obvio que tiene que ser así, es necesario que sea así y qué bueno que sea así. ¿Te asombra que diga qué bueno que los trabajadores pierdan empleos?”. Pierden empleos en el corto plazo, pero se ganan muchísimo más empleos en el plazo largo (Labastida, 2016).

Lo cierto es que los títulos de mayor prestigio y densidad cultural, tanto por su vanguardista propuesta literaria como por su incuestionable calidad científica y metodológica, continuaron publicándose, si bien en tirajes más reducidos por el drástico descenso de la demanda que defenestró a *Los conceptos elementales del materialismo histórico* como el libro emblema, y privó a la editorial de una de sus principales fuentes de capitalización. En cambio, del mismo catálogo comenzaron a emerger autores y tendencias intelectuales del pensamiento crítico que habían sido eclipsados, pero que con

su revalorización reflotaron el prestigio intelectual de un barco que parecía encontrarse a pique. *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, cuya primera edición data de 1971, ascendió como libro emblema junto a Foucault, las corrientes posmodernas o los análisis de los sistemas-mundo de Wallerstein y el propio Marx, por mencionar algunos casos emblemáticos de éxito y por los que siento mayor afinidad, pues considero que fueron determinantes en mi formación académica e intelectual.

Este acervo histórico comenzó a convivir con las nuevas tendencias y autores afines a la caracterización del pensamiento crítico del nuevo director para dar paso a la publicación de nuevos autores y tendencias, y fue así que vio la luz *Europa: entre el ocaso y el alba*, de Regino Díaz Redondo. Apareció en 1991, el mismo año de la disolución de la Unión Soviética. Era del mismo autor que orquestó el golpe en contra de *Excélsior* de Julio Scherer y *Plural* de Octavio Paz, Becerra Acosta. Aquellos momentos fueron propicios para los intelectuales que necesitaban volver sobre sí mismos para obtener la expiación de una vida de militancia. Era una especie de epifanía en la que adquirieron conciencia de haber militado en la causa equivocada de la historia. Así hizo acto de presencia en el catálogo un viejo fundador del FSLN, Tomas Borge, con una obra cuya prologuista anunciaba como “un libro tan esperado como inesperado, escrito por un revolucionario, por un hombre honesto. Su contenido diverso, seguramente controvertido y su excelente literatura, harán de él uno de los más discutidos y discutibles del año. Sin duda, este libro es un testimonio, bello y a la vez insoslayable”, y el libro en cuestión era una apología del sexenio que concluía y que llevaba por título *Salinas: los dilemas de la modernidad*.

De nuevo se hace latente la sensible vinculación entre edición y entorno político. Simultáneamente, se impuso el modelo neoliberal mexicano a través de una elección marcada por la sombra

del fraude electoral, que condujo al poder a Carlos Salinas de Gortari, y que en aras de su legitimación atrajo a su órbita a figuras de la dimensión de Octavio Paz, con todos los favores adquiridos por haber ganado el Nobel de Literatura en 1990, lo que marcó el inicio de la historia hegemónica del neoliberalismo cultural mexicano adosado al presupuesto público y a legitimar, con su posición mediática, los intereses del gobernante en turno en los medios de comunicación, y enarbolando la defensa del interés superior del individuo sobre lo colectivo, del libre mercado sobre el desarrollo nacional, de las privatizaciones del sector público para hacer más eficiente la economía, y del imperialismo globalizador de Occidente con la imposición de los derechos humanos, la democracia electoral y la economía de mercado como únicas vías para modernizar el resto del mundo desde una clave neoliberal.

## **Orfila y Laurette ante su última apuesta por Siglo XXI**

Luego de ser designado director general vitalicio, Orfila y su pareja se retiraron por completo de la vida pública, por lo menos de manera presencial, pues en la esfera pública, durante la década final de vida de Orfila, fue objeto de toda clase de homenajes y reconocimientos. Mientras, el catálogo daba cabida a las nuevas tendencias afines a las que el nuevo director consideraba manifestaciones del pensamiento crítico contemporáneo y la veterana pareja de mexicanos nacidos en el extranjero curtida en la militancia de izquierdas europeas y latinoamericanas, respectivamente, encontró una nueva causa de cambio social el EZLN, el primer movimiento anticapitalista y de carácter antisistémico con el que México inauguró la resistencia neoliberal del siglo XXI.

En cuanto a la oleada de reconocimientos de toda índole, desde los de carácter oficial hasta los que organizaron el propio gremio y su círculo más cercano de colaboradores y amigos, con la particularidad de que el homenajeadó fue partícipe de ellos con discursos o mensajes de voz grabados, se trató de un proceso polifacético en curso desde que el Estado mexicano rindió una serie de desagravios al editor con el otorgamiento del Águila Azteca, la máxima distinción mexicana a la que puede aspirar un extranjero, y también recibió las Palmas del gobierno francés o la medalla de la Orden Carlos Manuel Céspedes, de Cuba, e inclusive el viejo editor volvió a la historia oficial del Fondo de Cultura con la colocación de una placa conmemorativa en su auditorio Jesús Silva-Herzog, una historia de que había tratado de borrar sistemáticamente su presencia y su legado en favor de enaltecer la figura de Cosío Villegas como el único visionario fundador.

En 1993, el gremio mexicano comenzó a revalorar la figura de Orfila en la Feria Internacional del Libro (FIL) de Guadalajara, ocasión en la que se creó el Homenaje al Mérito Editorial que fue concedido al editor argentino. Un año atrás, Carlos Salinas de Gortari le había otorgado el Premio Alfonso Reyes junto a su colega Joaquín Díez-Canedo, uno de sus habituales gestos con los que pretendió congraciarse con los intelectuales en torno a su órbita con una ceremonia oficial ampliamente difundida en los medios que replicaron el discurso presidencial y su énfasis en que dicho premio representaba un acto de justicia en favor del decano de los editores latinoamericanos. Poco después vino la celebración del natalicio 99 de Orfila en la FIL del Palacio de Minería, la cual fue presidida por alguien que intentaba erigirse en el nuevo intelectual orgánico del régimen, Enrique Krauze, y en la que también participó gente del entorno íntimo del editor, como Tatiana Coll. Aquel ciclo de conmemoraciones fue cerrado con la celebración de

su centenario, donde encontraremos textos de homenaje de personalidades como Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis y hasta de su asesor jurídico Emilio Krieger, entre muchos.

Explotó una batalla disputada en la esfera pública por la apropiación de la memoria de Arnaldo y Laurette, quienes en la intimidad de su apartamento estuvieron al tanto de las nuevas orientaciones que instrumentaba su sucesor en la Dirección. Orfila aceptó su retiro y decidió no intervenir más porque era conciente de que la editorial había sobrevivido a la crisis de los años noventa y de que Siglo XXI, con su catálogo, continuaría siendo un referente fundamental de la vida intelectual hispanoamericana como ya lo había hecho al forjarlo junto con Cosío Villegas en el FCE, el cual no perdería su vigencia con su despido, sino que, como catálogo primigenio, conviviría hasta nuestros días con toda clase de autores y con las más variadas tendencias de pensamiento y literarias afines a los directores en turno, hasta que su esencia se conservó en la reformulada Eudeba.

Algo cierto fue que conforme avanzó el tiempo de su retiro como editor, resulta natural que las facultades físicas de Orfila se deterioraran y su mente se ancló cada vez más en la memoria de sus andanzas con sus viejos camaradas en los mejores días pasados de una vida inabarcable como la suya, en la que fue tanto testigo como protagonista del siglo xx. Como ha compartido en diversas ocasiones Eduardo Galeano, cuando estuvo de paso en México era obligada la visita al hogar de Laurette y del viejo editor, quienes pudieron seguir con atención el levantamiento insurreccional indígena desde que se estaba germinando en el corazón de la selva Lacandona, y que irrumpió en la escena pública internacional aquella madrugada del primero de enero de 1994, donde el EZLN tuvo su bautismo de fuego al tomar varias cabeceras municipales en Chiapas.

Hasta este punto de los itinerarios biográficos de Orfila y Séjourné, no resulta extraño que hubieran simpatizado con la causa del EZLN

como lo hicieron con sino con otros precedentes vinculados directa e indirectamente con movimientos insurreccionales en Centro, Sudamérica y el Caribe desde los años sesenta hasta los ochenta. Asimismo, el trabajo de campo antropológico de Laurette Séjourné los aproximaba a las comunidades originarias y la reivindicación de sus movimientos de resistencia frente a los caciques regionales y el Estado. A esa causa en común también se habían afiliado mucho tiempo por medio de Esperanza Rascón y su compañero de vida, Alejandro López, en Amecameca, en la época los movimientos de carácter político y social se encontraban en plena efervescencia no sólo en México, sino en el resto de los países latinoamericanos que aún contaban con una presencia significativa de pueblos originarios.

La cuestión que galvanizó la lucha indígena a nivel nacional fue la resistencia a la conmemoración de los 500 años del evento que, según Wallerstein, dio inicio a la historia de nuestro actual Sistema-Mundo capitalista, el “Descubrimiento de América” o, en una versión supuestamente neutra que trató de impulsar el salinismo, se le caracterizaría como el “Encuentro de dos mundos”, tratando de salvar el debate en torno al genocidio sufrido por las comunidades originarias y la explotación continuada de la que seguían siendo objeto desde la dominación colonial hasta el régimen liberal del México independiente; era un fenómeno de larga data prolongado hasta aquel momento, cuando una modificación neoliberal del artículo 27 constitucional puso fin al ejido como la forma de propiedad colectiva de la tierra entre las comunidades rurales.

En cuanto a la relación factual de Laurette con aquel movimiento indígena, se concretó por su respaldo a las actividades culturales de dichas comunidades en resistencia, y hasta el final de sus días se interesó en que su biblioteca personal fuera diseminada entre ellas, aunque fue un deseo póstumo que nunca pudo consumarse. Por su parte, Orfila se involucró en términos simbólicos mediante la

memoria colectiva recopilada como tradición oral por sus colaboradores de mayor trayectoria, labor que da constancia de que entre los años sesenta y ochenta era frecuente la presencia en la casa editorial de una amplia gama de autores y exiliados provenientes de todos los rincones de América Latina y el Caribe. En el grupo que acudía a Siglo XXI había un joven mexicano que años más tarde se hizo famoso por su seudónimo, el *Subcomandante Marcos*.

No es extraño que Orfila se conectara con quien iba a ser el principal referente mediático del Ejército Zapatista. La centenaria vida del legendario editor está llena de anécdotas reproducidas como parte de la tradición oral del gremio. De hecho, esta especie de biografía fue durante mucho tiempo la versión predominante, mientras que la biografía inventada fue la premisa que me motivó años atrás a emprender mi investigación de maestría. Aparecía una referencia recurrente que sostenía que Orfila le había brindado alojamiento en las instalaciones del FCE a un joven compatriota suyo que se convirtió en el Che Guevara, coincidencia que se reeditó primero con Rodrigo Asturias y después con el Subcomandante, ya como director de Siglo XXI.

En suma, se trata del cierre en sintonía de una biografía casi inabarcable como la de Arnaldo Orfila Reynal, partícipe de las encrucijadas que determinaron el rumbo de la historia política, cultural e intelectual de América Latina en el siglo xx, las cuales tuvieron su origen en la doble semilla plantada primero por el movimiento de reforma universitaria de Córdoba de 1918, junto con la semilla del vasconcelismo que fue parte ideológica y cultural de la Revolución mexicana, un trabajo continuo en favor de la difusión de la cultura mexicana alrededor del mundo como director del Fondo, y que culminó al frente de una de las más sofisticadas y determinantes rebeliones contraculturales de carácter colectivo que desembocó en la creación de Siglo XXI Editores. En el caso de sus días,

Orfila se pudo acercar al primer movimiento de resistencia que, de nueva cuenta, daría inicio al ciclo de luchas populares en América Latina en su intento de emancipar a la humanidad del yugo del capitalismo como el modelo hegemónico en el planeta.

De hecho, la anécdota puede darnos luz sobre los últimos días de este hombre legendario. Nos la proporcionó Federico Mijangos, el elemento más joven del núcleo originario de Siglo XXI, quien acompañó a Orfila en su viejo Ford 47 a cobrar las acciones que aportaron el capital inicial para el programa de edición. Compartieron la frustración causada por el incumplimiento de la promesa de pago de los individuos que adquirieron dichas acciones durante la noche del 16 de noviembre de 1965. En ese contexto sucedió la última visita al hogar del matrimonio fundador de Siglo XXI:

Sí, no recuerdo muy bien todas las visitas, pero la que recuerdo exactamente es la última vez que lo vi porque llegué y Laurette me dice: “Pasa y saludalo”, lo que le entusiasmaba mucho a ella. Eso fue durante la última semana de vida del doctor, así que pasé a saludarlo y me da la mano, me la agarra y no me la suelta... la pregunta que me hace fue: “¿Volviste a trabajar en el Fondo de Cultura?”, a lo que yo le contesto “¡No doctor, nunca volví, ahora estoy trabajando en la Universidad!”, y él ya no me vuelve a preguntar nada, sino que se queda con la mirada perdida y así nos pasamos un buen tiempo... Cuando salí de la habitación de inmediato me asalta Laurette y me dice: “¿Qué te preguntó? ¿Qué te dijo?” y le conté lo mismo que a ustedes, le dije que para mí el doctor en aquellos momentos está pensando en su obra máxima, que había sido el Fondo de Cultura Económica (Mijangos, entrevista personal, 2016).

El final de este itinerario biográfico del decano de los editores latinoamericanos se consumó el día 3 de enero de 1998. El precursor de una auténtica revolución editorial del pensamiento crítico latinoamericano

del siglo xx fue esparcido en cenizas a petición de Laurette Séjourné en una ceremonia en Amecameca, donde su círculo más íntimo le rindió su último homenaje. Estuvieron presentes Esperanza Rascón y su compañero Alejandro López, Estela Aguilar, Janine Kivalchic (hija de Victor Serge), Tatiana Coll en compañía de su prima y su mamá, Atlántida e Irina Coll, y de su pareja Luis Hurtado. En aquella tierra sagrada mesoamericana al pie de los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl, Tatiana Coll dispersó al viento las cenizas de uno de los seres más excepcionales que vio el siglo xx, una suerte que fue compartida por su compañera tras su partida de este mundo ocurrida el domingo 25 de mayo de 2003.

## Posdata

Recientemente se hizo pública la carta-testamento que suscribieron Arnaldo Orfila Reynal y Laurette Séjourné el 13 de abril de 1991, que fue conocida masivamente en el suplemento cultural de *El Universal* (*Confabulario*, 2021), antes en *La Jornada*. Es un testimonio porque consideraron inoportuno plasmar su voluntad ante un notario público, al carecer de bienes inmuebles y lo único valioso con lo que contaban era su colección de pinturas y sus bibliotecas personales, con el archivo de campo de la antropóloga, y constató el destino de una modesta cuenta bancaria a nombre de Orfila. Para ejecutar su voluntad eligieron como ejecutora testamentaria a María Dolores de la Peña. A continuación repasaré la suerte que corrieron los designios postulados en este documento de carácter facultativo que, para consolidarse, contaba con la buena fe de cada destinatario.

Lo primero que salta a la vista es una voluntad expresada apenas a tres años del retiro de Orfila, porque recordemos que él falleció a principios de 1998, mientras que Laurette lo hizo casi a mediados de 2003. En segundo lugar, la carta derivó en la prueba de concordancia entre los ideales y el estilo de vida sostenidos por la pareja a lo largo de su vida. Ante todo, Orfila no cedió a la tentación de hacer un uso patrimonialista de la empresa que él fue encargado de construir desde su origen, como parte integral de un proyecto colectivo de resistencia cultural e intelectual. Son incontables sus anécdotas al ejercer un estricto control de los recursos financieros y materiales a su cargo, al punto de que cuando usaba un lápiz o la línea telefónica de modo



personal, él mismo asistía al departamento administrativo para tramitar el descuento en su recibo de nómina. En contraposición, también hay historias de la generosidad que dispensaba a sus amigos sin escatimaciones de sus recursos que eran producto de su trabajo.

Arnaldo Orfila demostró que era posible reconfigurar una empresa de carácter capitalista como es una sociedad anónima, para convertirla en otra al servicio de la cultura sin fines de lucro. Para Orfila resultaba un imperativo poco ético que el dinero genere dinero por sí mismo sin intervenir en el proceso productivo, así que con su autoridad y prestigio pactó un acuerdo tácito para que sus accionistas reinvirtieran íntegramente en el programa anual de edición los rendimientos a los que tenían derecho por ley. El lector fue beneficiado al ofrecerle un libro con un contenido y un formato de la mayor calidad posible en un precio accesible, por lo que poseer acciones era el símbolo de un compromiso ético de la que fue, en su momento, la empresa editorial independiente más importante en Iberoamérica.

Bajo esta lógica, cuando se retiró el director y fundador de Siglo XXI adquirió un cargo honorífico por parte del Consejo de accionistas y sólo recibió la pensión oficial del IMSS a la que tenían derecho todos los trabajadores mexicanos que habían cumplido con la edad de jubilación —según Tatiana Coll ascendía a un monto mensual de tres mil pesos—. Siguió habitando el departamento de la parte superior de la editorial, pero el inmueble no estaba a su nombre y formaba parte de la empresa. Respecto a los recursos de la cuenta bancaria, eligió que se repartiera entre ocho beneficiarios y, de su mobiliario y los objetos de la casa, aquellos amigos podían escoger uno como recuerdo. La refinada colección de pinturas que habían reunido Orfila y Laurette, en recuerdo de que se conocieron en la galería de arte que ella montó en los años cincuenta con obras provenientes de su hermana y demás amigos europeos, fue destinada por pieza para cada destinatario muy concreto.

Sobre el destino de sus bibliotecas personales, tenían pensado que no le habría interesado guardarlos como recuerdo a ninguno de sus amigos, de modo que deberían ser ofrecidos a un librero de ocasión. El archivo personal y de campo de trabajo arqueológico de Laurette debía ser conservado por algún especialista, pero no eligieron a nadie en específico. A la muerte de Laurette Séjourné, fue Esperanza Rascón la que asumió la responsabilidad de resguardar con sus medios tanto los archivos de la antropóloga como las bibliotecas personales de ambos, además de trasladar a Amecameca la mayor parte del ajuar de la oficina de Orfila. Con todos estos elementos aquella activista promovió la creación de la Fundación Orfila-Séjourné que lleva por lema: “Sin memoria no hay cambio”. De esta manera, Siglo XXI Editores perdió la oportunidad de conservar una parte muy representativa de su historia en particular, y de la historia de una de las mujeres más determinantes en la configuración de la izquierda occidental y del pensamiento crítico latinoamericano del siglo xx.

De las acciones que pertenecieron al viejo Orfila, según consta en el acta constitutiva de Siglo XXI Editores, era poseedor de 367 acciones, 37 de ellas correspondientes a la serie A, mientras que las 300 acciones restantes eran de la serie B. Si cada una de las acciones tenía un valor original de mil pesos en 1966, la aportación económica del editor ascendía a \$367,000.00 del total de tres millones que se presentaron para la firma del acta constitutiva ante el notario público el 9 de marzo de 1966. Con el paso del tiempo se sumaron nuevos accionistas hasta ser 300 socios de los primeros años de existencia de Siglo XXI.

Según la carta testamento del editor decano era su voluntad que de las acciones que poseía, 20% fuera repartido a Guadalupe Ortiz, otro 20% al matrimonio compuesto por Esperanza Rascón y Alejandro López, 20% a Rosa Cenderos, otro tanto a Hugo y Mabel Galletti y el 20% restante le correspondería a Sergio y Clary Bagú. Sin embargo,

el destino final de las acciones de Orfila permaneció indeterminado más de treinta años, situación que se explica por la descarnada confrontación que se desató por el poder al interior de la editorial durante la sucesión entre su nuevo director, Jaime Labastida, y su ambiciosa gerente general, Guadalupe Ortiz, que culminó con el despido de esta última bajo la sospecha de malos manejos financieros.

Tras el deceso de Arnaldo Orfila Reynal, Jaime Labastida se negó a acatar la voluntad establecida en su carta testamentaria porque para él se trataba de un documento sin valor legal. Cuando se empeñó, durante 2020 y 2021, en poner a la venta la sede nos enteramos de que el poeta de *La espiga amotinada* rebasó su cargo de director general y se apoderó del 58.71% de las acciones de Siglo XXI Editores, con lo que traicionó el espíritu solidario que animó a la revolución del pensamiento crítico latinoamericano a mediados de los años sesenta. Ha sido tal la desacreditación del proceso de venta de las acciones que él posee en la actualidad, que despertó la airada protesta de una parte significativa del Consejo de accionistas, a la que dio esta respuesta: “Se ha corrido el rumor de que me apoderaré de las acciones de Orfila y de Séjourné. No es así. Compré esas acciones a Guadalupe Ortiz Elguea en 2017, quien figuraba entre los cinco herederos” del editor, “años después de la muerte de ambos” (Torrijos, 2021).

Según él, la compra de aquel paquete de acciones del director fundador no ascendía a más de 2% de la suma total. Al final, parece que el destino de Siglo XXI Editores se encuentra en construcción, hasta hace meses parecía en manos del azar más ingrato, pero con el eco que hicieron algunos personajes y medios públicos del asunto, puede entenderse, se encuentra de camino a los orígenes con Carlos Díaz a la cabeza y Tomás Granados en la operación. Nuevos vientos para este siglo de Siglo XXI.



## Entrevistas realizadas por el autor

Álvarez Arregui, Federico. Entrevista personal realizada en su domicilio en la unidad departamental Copilco #300, de Coyoacán. Escritor, académico y editor de Siglo XXI, CDMX, 2 de junio 2016.

Bastida Fabila, Policarpo. Entrevista personal en su oficina de Siglo XXI, de Coyoacán. Gerente de ventas de Siglo XXI, CDMX, 16 de junio 2016.

Calzada, Marcela. Entrevista personal realizada en el Centro de distribución y venta de Ediciones ERA, col. Granjas, Iztacalco. CDMX, 04 de julio 2016.

Coll Lebedeff, Tatiana. Entrevista personal realizada en su casa, col. Beltrán Valle, Benito Juárez, CDMX, 19 de julio 2017.

Flores Olea, Víctor. Entrevista personal realizada en su domicilio en Av. Insurgentes sur, Álvaro Obregón. Investigador, profesor y accionista de Siglo XXI, CDMX, 23 de junio 2016.

Galeana, Luis. Entrevista personal en la terraza de Siglo XXI, Coyoacán. Director de difusión de Siglo XXI, CDMX, 19 de mayo 2016.

Glantz, Margo. Entrevista personal realizada en su domicilio en Tres cruces, Coyoacán. Escritora, fundadora y accionista de Siglo XXI, CDMX, 24 de junio 2016.

Huerta Bravo, Eugenia. Entrevista personal realizada en su departamento de la colonia Guadalupe Inn, Álvaro Obregón, CDMX, martes 5 de julio 2016.

Labastida, Jaime. Entrevista personal realizada en su oficina de Siglo XXI, de Coyoacán. Escritor, director de Siglo XXI, CDMX, 31 de mayo 2016.

Mijangos, Federico. Entrevistas personales realizadas en Sanborns de San Jerónimo, Álvaro Obregón, CDMX, 15 y 21 de julio 2016.

Oscos, María. Entrevista personal realizada en la sala de juntas de Producción de Siglo XXI, Coyoacán. Gerente de producción de Siglo XXI, CDMX, 21 de junio 2016.

Poniatowska, Elena. Entrevista personal realizada por Erwin Nova y Caro Argueta en su domicilio en la colonia Chimalistac, Álvaro Obregón. Escritora, fundadora y accionista de Siglo XXI, CDMX, 23 de junio 2016.

Pozas Horcasitas, Ricardo. Entrevista personal realizada en el Instituto de Investigaciones Sociales. Investigador sobre modernidad y cultura, Ciudad Universitaria, CDMX, 2 de junio 2016.

Rascón, Esperanza. Entrevistas personales realizadas por Erwin Nova, Caro Argueta y Mónica S. Flores en la Fundación Orfila-Séjourne AC, Amecameca, Estado de México, 13, 22 de junio y 19 agosto de 2016.

Reza, Alejandro. Entrevista personal realizada en la sala de juntas de Siglo XXI, Coyoacán. Subgerente de Producción de Siglo XXI, CDMX, 23 de junio 2016.

Valdez López, Jorge. Entrevista personal realizada en la sala de juntas de Siglo XXI, Coyoacán. Jefe de producción industrial, CDMX, 23 de junio 2016.



## Archivos consultados

AGN, Asturias Amado, Rodrigo (versión pública), serie: DFS, caja 297.

\_\_\_\_\_, Orfila Reynal, Arnaldo (versión pública), serie: DFS, caja ½, foja 285.

\_\_\_\_\_, Poniatowska Amor, Elena (versión pública), serie: DFS, fojas 183.

\_\_\_\_\_, Fondo: Secretaria de Gobernación siglo XX, sección: Departamento de migración, serie argentinos, exp.137, foja 6, caja 3.

Archivo Histórico Fondo de Cultura Económica (AHFCE), “Archivo abierto”, aplicación abierta al público con motivo del 80 aniversario [En la actualidad solamente se puede consultar en la biblioteca del FCE].

\_\_\_\_\_, Fondo: Directores del FCE, serie Cosío Villegas, Daniel  
(versión digital).

\_\_\_\_\_, Fondo: Directores del FCE, serie Orfila Reynal, Arnaldo  
(versión digital).

\_\_\_\_\_, Fondo: Sucursal argentina, legajos 1945-1948.

Archivo de la Fundación Orfila-Séjourné AC.

## Referencias

- Álvarez, Federico, *Tiempos en conflicto* (novela e historia sobre la creación de la *Consagración de la primavera*), UAM, *Casa del Tiempo*, mayo de 2006.
- Calasso, R. (2014), *La edición como género literario*, Barcelona, Anagrama.
- Carli, S. (enero-marzo de 2018), “La universidad reformista versus la universidad nacional”. *Universidades*.
- Cosío Villegas, D. (1947), La crisis de México, *Cuadernos Americanos*.
- Díaz, A., “Testimonios para la historia de la casa”, *Gaceta del FCE*, julio de 1993.
- Fuentes, C., y Reynal, O. (2013), *Cartas cruzadas (1965-1979)*, Distrito Federal, Siglo XXI.
- Álvarez, G., (2015), *Los cincuenta y nueve días que proyectaron sesenta años de edición universitarios*, Buenos Aires, Eudeba.
- Hernández, B. (2019), “De cuando los libros de texto los creaban intelectuales como Jaime Torres Bodet y Martín Luis Guzmán”, *Relatos e historia de México*, 127.

López López, A. (1993), “Conversaciones con Arnaldo Orfila”, *Arnaldo Orfila Reynal: La pasión por los libros*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.

Orfila Reynal, A., “Del Fondo de Cultura a Siglo XXI”, *Proceso*, 7 de abril 1987.

\_\_\_\_\_, (1966), “Don Ramón rebelde”. *Universidad de México*.

\_\_\_\_\_, (1968), “Recordando al Che”. *Casa de las Américas*, VIII (46).

Pacheco Calvo, C., Primer Congreso Internacional de Estudiantes celebrado en México en 1921, *Universidad Nacional*, diciembre de 1931.

Pollak, M. (2006), *Memoria, olvido y silencio. La producción de la identidad en situaciones límite*, La Plata Ediciones al margen.

Ramos, D., “La Plata: una ciudad planificada”. *Mito. Revista cultural*, noviembre de 2019.

Schavelzon, G., *Los problemas de dinero de García Márquez*, obtenido del blog de Guillermo Schavelzon, La edición, el libro, los escritores: <https://elblogdeguillermoschavelzon.wordpress.com/2014/08/20/los-problemas-de-dinero-de-gabriel-garcia-marquez/>, 20 de agosto de 2014.

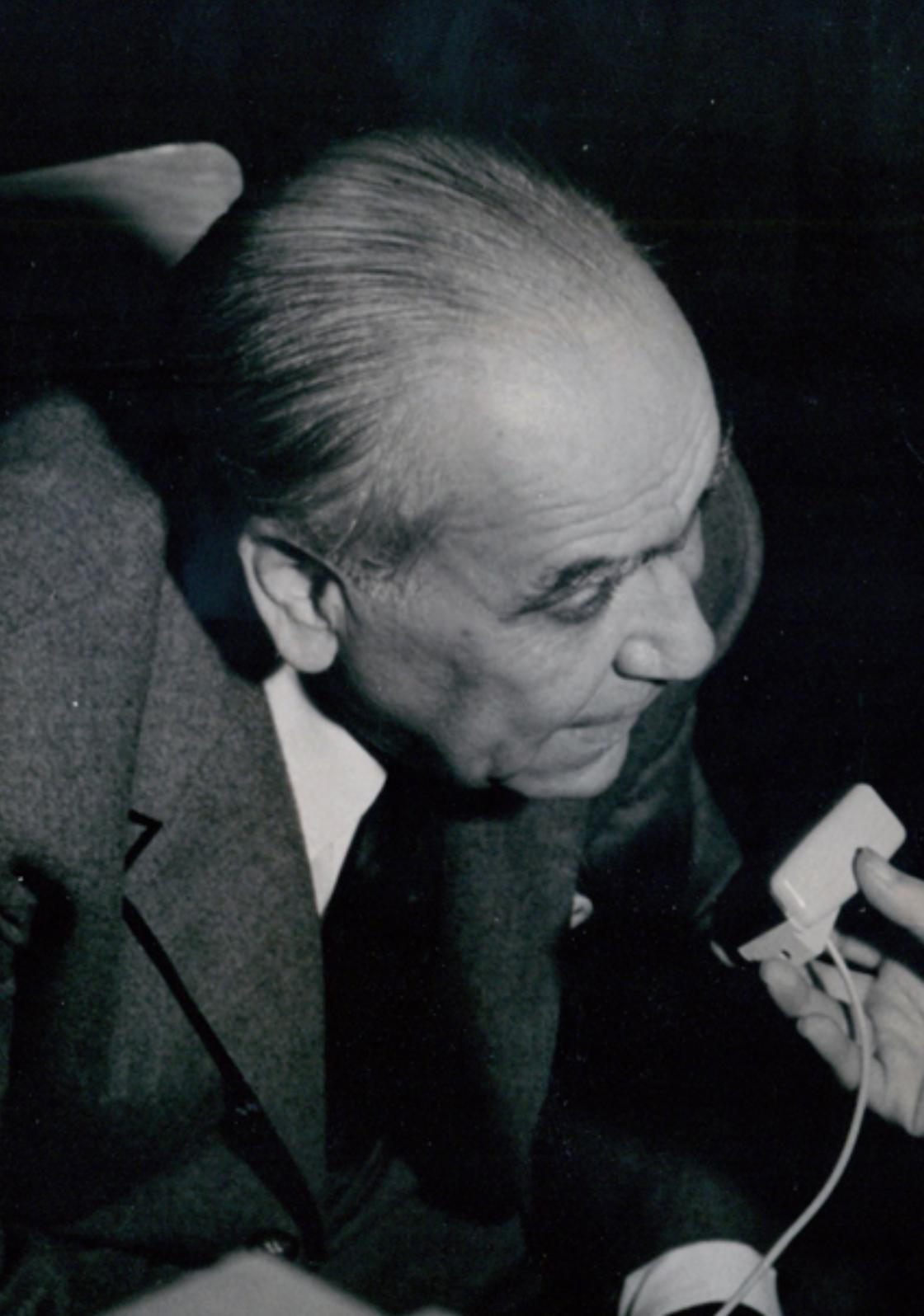
El Testamento de Orfila Reynal. *Confabulario. Suplemento cultural de El Universal*, 22 de Mayo de 2021.

Torrijos, R., “Jaime Labastida vende sus acciones de Siglo XXI Editores a grupo empresarial argentino”, *La Jornada*, p. 6, 15 de junio de 2021.

UDUAL (2018), “La Reforma Universitaria de 1918 y los momentos políticos de la región”, *Univesidades*.

Vargas, R., “La esencial María Elena Satostegui“, *La Gaceta del FCE*, abril de 2013.

Zaid, G. (1985), “Daniel Cosío Villegas”, *Imprenta y vida pública*, Ciudad de México, FCE.





## Matrimonio



Boda de Arnaldo Orfila Reynal y Laurette Séjourné.



Retrato de la antropóloga y arqueóloga Laurette Séjourné



Los Orfila Séjourné.\*



Arnaldo Orfila Reynal y Lorette Séjourné a finales de los ochenta.

## Fundadores y colaboradores de Siglo XXI



Es una de las pocas fotografías públicas de Rodrigo Asturias, cofundador de Siglo XXI antes de pasar a la clandestinidad para dirigir al Organización del Pueblo en Armas (ORPA) en Guatemala.\*\*



*Che y Orfila en La Habana, Cuba.\*\**



Tres colaboradores históricos de la editorial Federico Mijangos, Eugenia Huerta y Martí Soler entre otros.\*\*\*



Orfila con Pancho Aricó, *Coco Zea* y Martí Soler.\*\*\*



Septiembre de 1984, aparecen Martí Soler, *Coco* Zea, Orfila y Eugenia Huerta.†



Orfila, Laurette Séjourné y Esperanza Rascón.\*



Orfila con Rigoberta Menchú y *Coco Zea*.\*\*\*



Orfila, Lorette Séjourné y Raúl Roa.\*\*\*

## **Elena Poniatowska Donó su Casa a la Editorial Siglo XXI**



**ELENA PONIATOWSKA** acaba de donar su casa para que sirva de sede a la nueva editorial que dirigirá el doctor Arnaldo Orfila Reynal y que se creó con el nombre de Editorial Siglo XXI. Muchos intelectuales muy importantes de México colaborarán también en esta empresa Helen Hernández de Yakin, directora de la Helen's School

*El Día*, domingo 21 de noviembre de 1965.

## Autores de Siglo XXI Editores



Orfila, Juan Rulfo, Marie José Tramini, Octavio Paz en la presentación del libro *Corriente alterna* en 1967.+



Alejo Carpentier en coctel de Siglo XXI, 27 de noviembre de 1975.



Rodolfo Mondolfo al habla durante la inauguración Siglo XXI  
en Buenos Aires, 1967.



Cortázar y Manja Offerhaus,  
París, 20 de febrero de 1995.



Orfila, 15 de marzo de 1971.



Orfila con Ezequiel Martínez Estrada en Bahía Blanca, Argentina.



Orfila y Menchú.\*\*\*



Orfila recibiendo la condecoración de la Legión de Honor de Francia, 1985.\*\*\*



Fachada de la sede de Siglo XXI a la que se trasladaron el 7 de agosto 1974.\*\*\*

ORFILA  Duplicado

**SERVICIO DE MIGRACION** FORMA B.

NUM. 199297

TRAMITE DE IDENTIFICACION EXPEDIDA POR el Consulado General de Mexico en la Argentina

1 Sr. JOAQUIN GONZALEZ RIVERO

BUVO ENTREGADO Y FIRMA CONSTAN EN ORIGINAL

ESPECIALIDAD	1774 hrs.	COMPLEJION	Piel Blanca
COMPLEJION	Blanco	OCULOS	Castaños
CEJAS	Castañas	OREJAS	Castañas
COMPLEJION	Puerta	COMPLEJION	Indiana
COMPLEJION	Blanco	COMPLEJION	Blanco
COMPLEJION	Blanca	COMPLEJION	Blanca
COMPLEJION	Blanca	COMPLEJION	Blanca
COMPLEJION	Blanca	COMPLEJION	Blanca

ESTADO POSTERIOR: **Blanca o la vista.**

OTROS COMPLEMENTARIOS

AÑO EN QUE NACIÓ: **1909** ESTADO CIVIL: **casado**

PROFESION, OFICIO O OCUPACION: **Comerciante**

OTROS NOMBRES QUE SE USAN: **Francisco** **español**

OTROS NOMBRES QUE SE USAN: **Francisco**

LUGAR DE NACIMIENTO: **La Plata, B. Aires, Argentina**

NACIONALIDAD: **Argentino**

RELIGION: **Catolico**

LUGAR DE RESIDENCIA: **Av. 16 de Julio, 1° B. Aires, Argent.**

**VISTOS** POR EL COMANDANTE EN JEFE DEL SERVICIO DE MIGRACION EN LA PLATA, **La Plata, B. Aires, Argent., el 10 de Junio de 1940.**

**EMISION** Y Ley Org. Poblacion, Autor.

CONSTANCIA SOBRE LEGAL INTERNACION

Deleg. N.º 1000, B. Aires, Argent., el 10 de Junio de 1940.

JOAQUIN GONZALEZ RIVERO



\* Archivo Fundación Orfila-Laurette.

\*\* Archivo personal de Tatiana Coll.

\*\*\* Colección personal de Eugenia Huerta

+ Imagen perteneciente al archivo de Siglo XXI Editores

† Fotografía de Rafael López Castro

Este libro partió, por un lado, de la tesis de Maestría en Historiografía de la UAM-Azcapotzalco (2015), y por otro, de la investigación de Doctorado en el Programa de Posgrado de Estudios Latinoamericanos, de la UNAM, en curso, que Erwin Nova adaptó para su divulgación.



Arnaldo Orfila, su labor, redimensionó las fuentes de la educación en nuestro continente. Con él, con su pasión que eran los libros, la educación superior se benefició del todo a partir del giro que significó la línea editorial que quería auténticamente reconstruir descolonizadamente al pensamiento latinoamericano. Esta biografía crítica, otrora tesis de distintos grados de su autor, por tanto, cumple el propósito de otorgarnos un mapa desde el cual la región comenzó a transformarse en el terreno intelectual.

Este libro se subió a la plataforma web el 17 de enero de 2022.

En su composición se utilizó el tipo Horley Old Style.

